



VALVANERA

BREVE HISTORIA
DE ESTE
MONASTERIO

POR EL
Reverendo P. Agustín Urcey y Prado O. S. B.

MONJE PROFESO DEL SANTUARIO

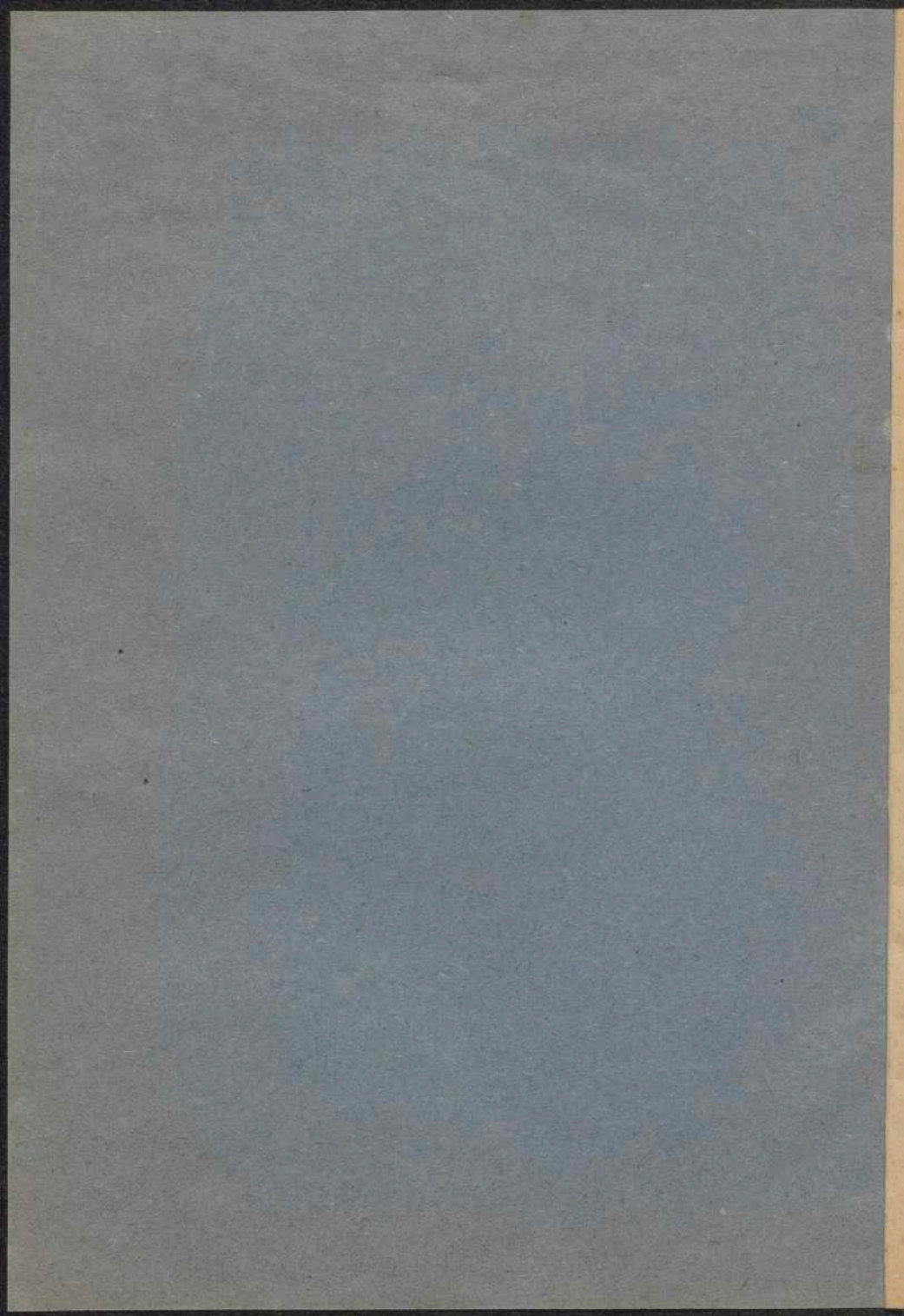


LOGROÑO:
IMPRESA Y LIBRERÍA MODERNA
1906

1875.2

E

1876



T. 187812

Breve Historia de Valvanera



NTRA. SRA. DE VALVANERA

*A D. Valentín Páez ofrece
este humilde obsequio su apuro*
BREVE HISTORIA

El Autor DE
VALVANERA

POR EL

Reverendo P. Agustín Urcey y Prado O. S. B.

MONJE PROFESO DEL SANTUARIO



Gobierno
de La Rioja

Desarrollo Económico
e Innovación

Dirección General de
Cultura y Turismo

Biblioteca de La Rioja

LOGROÑO:
IMPRENTA Y LIBRERÍA MODERNA
1906

12313.830

Censura y aprobación de esta obrita

*D. Maurus Maria Serafine, Abbas Generalis Congñis, Casinensis á
Primæva Observantia Ordinis Sancti Benèdicti.*

Cum censores librorum Provinciæ nostræ Hispánicæ examináverit opus, cui titulus = *Breve Historia de Valvanera* = á R. P. D. Augustino Urcey et Prado mónacho ejusdem Provinciæ elaboratum, nihilque in eo contra fidem et bonos mores deprehenderint, Nos quatenus ad potestatem nostram pertinet, permittimus ut prefatum opus tylis edatur, si us ad quos spectat ita videbitur.

Ad cujus rei fidem, &.

In Proto —Cænóbio Sublacenti Sanctæ Scholásticæ die 11^a mensis Augusti 1906.

DON MAURUS M. SERAFINI O. S. B.
ABBAS GEN

L. + S.

D. Leo Allodi O. S. L. Secriuts
Secretaria de cámara del obispado de Calahorra y la Calzada.

En vista de la favorable censura recaída en la obra *Breve Historia de Valvanera* del monje R. P. D. Agustín Urcey y Prado, damos nuestro permiso para que pueda imprimirse y publicarse. —Lo decreta y firma el Ilmo. Sr. Gobernador Eclesiástico Dr. Manuel San Román.

Por mandato del Ilmo. Sr. —DR. GERARDO ARENZANA.

Calahorra, 24 de Agosto de 1906.

PROTESTA

Aunque los estrechos límites fijados á esta breve historia me ha obligado á omitir un capítulo, consagrado expreso á narrar los milagros obrados por intercesión de la Santísima Virgen de Valvanera; como, sin embargo, apunto algunos en el decurso de la obra y aplico también el título de santo ó beato á personas no canonizadas todavía por la Iglesia: obedeciendo los decretos de Urbano VIII, de santa memoria, protesto que no es mi intento atribuir, lo mismo á los unos que á los otros, más autoridad que la puramente humana; y que todo ello, así como el resto de la historia, queda sujeto al juicio de la Sede Apostólica, columna firmísima y maestra infalible de la verdad.



PRÓLOGO

Ni por mientes pasó nunca al autor de esta Breve Historia, que, en las pocas primaveras que cuenta, pudiese figurar, siquiera fuese muy por bajo de todos ellos, entre los muchos y doctos escritores que se han ocupado de Valvanera.

Sentíamos, sí, y lamentábamos, la necesidad que tiene el Santuario de una buena historia que, no olvidando las glorias pasadas, diese á conocer á las futuras generaciones los nobles ejemplos de piedad y patriotismo con que la Rioja y Sierra de Cameros han demostrado, una vez más, su ardiente devoción á la Reina de los montes Distercios; pero ¿podía, ni siquiera forjase la ilusión de que poniendo manos á la obra, conseguiría satisfacer esa necesidad, un joven religioso, que aun no ha terminado su carrera eclesiástica, ni, por desgracia, ha leído más libros que los de texto? No necesita respuesta el interrogante.

Tan convencido estaba de mi incapacidad, que cuando hace unos meses me hizo algunas indicaciones en este sentido el Reverendo Padre Prior, no pudo arrancarme un compromiso formal: por única respuesta solté un ya veremos; probaré á ver. Y no era precisamente el escribir la historia la única, ni tampoco la principal montaña, que se me ponía ante la vista. Según el mismo Reverendo Padre, debía escribirla aprisa y corriendo y encerrarla en tan breves páginas que fuese un compendio de los muchos que ya corren, aunque sin ese título.

Condiciones á cual más duras eran estas: especialmente la segunda me parecía imposible tratándose de una historia que abarca tantos siglos como la de Valvanera: con todo empecé á hojear los autores que conserva nuestra biblioteca para ver si podía llenar los justos y razonables deseos de mi digno Superior.

En todos ellos leía quejas y lamentos de la obscuridad en que están envueltos los sucesos del Santuario. Quién lloraba la negligencia de los antiguos historiadores en transmitir á sus descendientes los acontecimientos más notables de su tiempo; quién la ruina y completa destrucción del archivo por los horrorosos incendios que en diversas épocas abrasaron el Monasterio; este parece que ofrecía datos importantes; aquél llegaba á señalar épocas y fijar años; pero cuando descendíamos á examinar los fundamentos de esas opiniones, sólo encontrábamos (y ellos mismos confiesan que no tenían otros) tradiciones más ó menos fundadas, autoridades hoy muy discutidas, si no rechazadas, por la sana crítica. En fin, amado lector; que de su lectura saqué el pleno convencimiento de que es imposible escribir una buena historia de Valvanera.

Esto que hubiese descorazonado y hecho retroceder á principio de camino á un escritor de vuelo que intentase presentar una obra científica, á mí parece que me animó y dió alientos. Ya no me parecía tan difícil el modesto trabajo que se me pedía. Escusaba de largas vigiliias, ni de detenido estudio en revisar archivos y descifrar manuscritos antiguos, pues, seguramente que no habían de ser más fructuosos mis trabajos que los de

muchos de esos autores, que á la galanura de la frase unían vastos conocimientos, y disponían, también, de más medios de información que yo. Así que dije para mis adentros y realicé en mis *añerás*: todos ellos abiertos sobre la mesa y pluma en ristre.

Esta ha sido, pues, mi labor, este mi trabajo; entresacar de esos autores lo que me ha parecido mejor y más conforme á la verdad histórica. Muchas veces, no fiándome de mi pluma, tomo hasta las mismas palabras, especialmente del señor Casas.

Siendo mi propósito escribir una historia popular, consigno en ella cuantas tradiciones corren entre los habitantes de la provincia, acompañadas, empero, de prudentes reparos para que nadie les atribuya más valor del que en realidad tienen. A fin de que todos puedan adquirirla por una módica limosna, he procurado reducirlas á su mínima expresión, omitiendo todo lo que juzgo superfluo; pero como apesar de mis esfuerzos, ha resultado, sin embargo, el trabajito algo más voluminoso de lo que se me pedía, para evitar escrúpulos, le niego el título de Compendio y sale con el de BREVE HISTORIA DE VALVANERA.

Supla la Santísima Virgen mi ignorancia y desaliño, y haga su Bondad que estas mal pergeñadas líneas, corriendo del uno al otro extremo de la provincia, enciendan en todos los corazones riojanos y en los que no lo son, el fuego santo de la devoción á Valvanera, algún tanto apagado en estos últimos años.

El Autor.



Breve Historia de Valvanera

CAPITULO I.

BREVE RESEÑA HISTÓRICO-GEOGRÁFICA DE LA RIOJA Y VALVANERA.—CARÁCTER Y COSTUMBRES DE LOS NATURALES DE LA REGIÓN.—SU RELIGIOSIDAD Y DEVOCIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

Es estilo común de los historiadores, antes de pasar al argumento de su historia, ofrecer á los lectores un plano ó mapa del escenario en que se desarrollan los sucesos, y al mismo tiempo describir con la fidelidad y colorido posibles el origen, carácter y costumbres de los habitantes cuyas hazañas é ilustres hechos quiere transmitir á la posteridad.

Y es, á nuestro parecer, estilo muy acertado, porque sólo de este modo puede comprenderse la importancia de algunos acontecimientos en los destinos de un pueblo; sólo así pueden explicarse algunos enigmas históricos, y presentarse como efecto y consecuencia natural de la misma constitución de ese pueblo, sucesos que la pasión

ó la maledicencia atribuían á inexplicables torpezas é inconcebibles aberraciones.

Atendiendo, pues, á estas razones, nos ha parecido conveniente dar algunas noticias sobre el asunto de este capítulo, para que los lectores puedan seguir paso á paso, y sacar sin interrupción el hilo de la historia de Valvanera.

En lo más profundo y escabroso de los montes Distercios, antigua línea divisoria de los Berones y Celtas, se encuentra un valle, célebre en la historia por la fragosidad de su sierras, y mucho más por contener en su seno una de las más antiguas y veneradas imágenes que nos legó la antigüedad cristiana: este valle se llama Valvanera.

Según la opinión más fundada, Valvanera es lo mismo que valle de las Venas, nombre que debe á la gran abundancia de cobre y hierro que contiene el subsuelo del valle y montes que lo aprisionan. La gran cantidad de escoria que se encuentra en las montañas y los restos de arruinadas terrerías que se descubre por doquiera, son prueba evidente de que en tiempos pasados se empleaba gran número de obreros en el laboreo de las minas, y de que con reconocida utilidad y provecho de la comarca se beneficiaban los metales en los mismos senos de los montes Distercios.

Más que de valle, merece el nombre de garganta ó desfiladero, pues no es otra cosa que una extensa agrupación de altos y escarpados montes, surcados por hondas quiebras y barrancos, sin más parte llana que el estrecho y angosto cauce del río, que del lugar se llama también Valvanera. Nosotros, sin embargo, queremos conservar ese nombre de Valvanera ó Valle de las Venas, pues está consagrado por tantas generaciones y encierra en sus pocas letras la historia de todo un pueblo noble y valiente.

El valle está rodeado casi por completo de elevadas montañas que la historia conoce con diferentes nombres. Por la parte Sur se alza la *Umbria*, tan triste como indica la misma palabra; *Ocijo*, que es el más alto y árido de todos, lo limita por la parte de Poniente, uniendo con sus

fuertes estribos la *Umbria* con el *Mori*; este lo aprisiona por el Norte, donde sale á darle la mano el *Escorial* ó *Cándalo* que lo cubre por parte del Norte y casi todo el Este.

El Monasterio está enclavado en las faldas del *Mori*, corriendo á sus pies el río Valvanera que tiene su origen en el *Ocijo*. Se desliza, pues, este pequeño río por la angostura del Valle en dirección de Oeste á Este, bajando á pagar tributo al Najerilla después de recibir á todos los bulliciosos arroyuelos que se desprenden de la montaña.

El terreno es tan frío y estéril, que llega á decir el P. Rubio: «dudo que haya otro que le exceda». Son frecuentes y copiosas las nevadas, llegando muchos años á aislar completamente el Monasterio, interceptando los caminos, especialmente por la parte de Ezcaray. Como consecuencia de esto, la vida es muy cara en Valvanera, siendo necesario proveerse de todo por el difícil y pesado medio del acarreo. Esto, antiguamente, originaba tan grandes y exorbitantes gastos al Monasterio, que, según afirma el citado P. Rubio, no bastaban las gruesas rentas que cobraba, y, sino por las limosnas de los devotos, no habría podido mantenerse la Comunidad.

A nosotros, sin embargo, nos parecen algún tanto exageradas las descripciones que hemos leído en los historiadores. Ciertamente que su cielo es triste, el clima, por efecto de la elevación del terreno, frío y desapacible; pero no es necesario recorrer mucho terreno para contemplar un cielo eternamente encapotado y *disfrutar* de inviernos mucho más largos y crudos que el de Valvanera. Hoy, además, la hermosa carretera que, bordeando en casi toda su extensión el río, va á empalmar en el Hospital de Anguiano con la de Lerma á la estación de San Asensio, ha quitado al Valle la *espantosa* soledad en que estaba envuelto, facilitando en gran manera las comunicaciones con el resto de la provincia.

Otra es la perspectiva que Valvanera ofrece en verano, pues esos mismos historiadores confiesan que resulta un lugar delicioso. La multitud de árboles que lo pueblan, entretejen unos con otros sus elevadas copas y ex-

tensas ramas, dando á la ladera el aspecto de una prolongada y mullida alfombra; por doquiera brotan copiosas fuentes de pura y cristalina agua; la vegetación se presenta exuberante, cubriéndose el valle y montes de verde yerba, tan nutritiva y sabrosa, que alimenta multitud de rebaños de toda clase de ganados; siendo de notar que ni aun en el invierno, por crudo y largo que sea, se piensan esos ganados, y con todo apenas muere res alguna. Hoy, por causa de talas inconsideradas y del immoderado afán de cultivar, ha perdido Valvanera aquella majestad silvestre que le dió universal renombre en siglos pasados. Era entonces tal la frondosidad de sus bosques, tan puro y fresco el aire, que algunos reyes hicieron de Valvanera su residencia veraniega.

De don Sancho el Noble y de su esposa la reina doña Plecia nos refiere la historia, que se trasladaron algunos veranos de Nájera á Valvanera para gozar de la frescura y delicioso ambiente del Valle de las Venas.

Pertenece el Monasterio al partido judicial de Nájera, y está enclavado en jurisdicción de Anguiano, del que dista casi quince kilómetros, siendo también corta la distancia que lo separa de Brieva, Las Viniegras, Tobía y Mátute. Todos estos pueblos, con otros muchos, se encuentran en angostos valles que dejan abiertos las distintas ramificaciones de la cordillera Ibérica.

Esta cordillera, una de las principales de nuestro sistema orográfico, nace en las montañas de Reinosa, sigue culebreando en toda su extensión (separando en el norte la cuenca del Ebro de la del Duero) hasta formar el cabo de Gata en el Mediterráneo. Es el límite de las provincias de Logroño, Burgos y Soria, formando en la nuestra la sierra de Ezcaray, San Millán de la Cogolla, Valvanera, Cameros y Cervera del Río Alhama. Todas ellas comprenden la parte *serrana* de la provincia, así llamada por contraposición á la *llana* ó Rioja propiamente dicha.

El clima es en todas destemplado, y pobre y estéril el terreno. Las muchas fábricas de tejidos de paño y fundición de metales que no há muchos años movían los ríos que portodas partes las surcan, han decaído mucho del es-

plendor que alcanzaron en siglos pasados; hoy sólo se ven restos en algún que otro pueblo afortunado. Por esta razón sus laboriosos é infatigables hijos tienen que emigrar en busca del sustento que les niega la amada patria, siendo en todas partes muy apreciados por su honradez y felices disposiciones para el comercio.

De estas sierras se desprenden ríos bastantes caudalosos, y en tal número, que los árabes llamaban el país *Veled Assikia*, tierra de regadío ó de acequias, en atención á los muchos ríos y arroyos que la bañan y fertilizan. Merecen especial mención los siguientes:

El Oja, que dió nombre al país, nace en la sierra de Ezcaray, y, después de recibir en Anguciana al Tirón que viene de Burgos, desagua en el Ebro cerca de Haro. El Najerilla tiene su origen en la célebre laguna de Urbión, corre á cinco kilómetros de Valvanera, y paga tributo al Ebro junto á Montalvo. El Iregua nace en las inmediaciones de Villoslada, y entra al Ebro por Varea. El Cidacos y Alhama nacen ambos en la provincia de Soria, y desembocan por Calahorra y Alfaro respectivamente. Todos tienen un curso rápido, por efecto de la elevación del terreno, hasta que llegan á la parte llana que, como hemos dicho, conocemos con el nombre de Rioja propiamente dicha.

A esta, ultra de los mencionados ríos, la fertiliza el Ebro, uno de los más caudalosos de España, que entra en la provincia más abajo de Miranda y la abandona en Alfaro.

Está limitada por las mencionadas sierras al sur y al norte por el Ebro. Comprende, pues, una larga y estrecha franja de terreno, ó sea lo que llamamos canal del Ebro. Hay, sin embargo, entre este río y las peñas de Alava una pequeña porción de terreno que también pertenece á la Rioja, y que por estar enclavada en territorio vasco y provincia de Alava se denomina Rioja Alavesa; aun la actual provincia de Logroño tiene á la izquierda del Ebro algunos pueblos como Brñas, San Vicente, etc.

Se divide generalmente la Rioja en *alta* y *baja*, siendo la capital la línea divisoria de entrambas. Su clima es templado y agradable, puro y diáfano su cielo, el terreno

sumamente rico y feraz, llegando á producir en abundancia casi todos los frutos del resto de la península. Lo mismo la llanura que las suaves colinas que la hermosean, se ven cubiertos de frondosos y tupidos viñedos, de los que se saca el rico mosto que, después de una esmerada elaboración, se presenta sin competencia en todos los mercados del mundo. Es considerable la cosecha de cereales. «Llamábase (Mariana, cap. XI fin) antiguamente aquel pedazo de tierra Berones, por lo menos, así lo llama don Rodrigo. Es grande su fertilidad y frescura. los campos tan á propósito para sembrados de trigo, que muchas veces acuden con veinte por uno».

Las frutas y hortalizas constituyen otra de las principales riquezas del país. En el verano se exportan cantidades enormes á otras provincias, y son muy raros los pueblos de alguna importancia que no cuenten con una ó varias fábricas para la preparación de conservas. La industria está bastante desarrollada, aunque no todo lo que fuera de desear, atendida la riqueza de su suelo y los muchos ríos que la bañan. Este cúmulo de favorables circunstancias debió hacer antiguamente de la Rioja la morada de un pueblo rico, valiente y generoso; pero, al mismo tiempo, presa codiciada de ambiciosos conquistadores, y así nos la presenta la historia.

Ignoramos por completo cual fué el primer pueblo que se enseñoreó de la actual Rioja. El origen de los pueblos se pierde en la noche de los tiempos, y algunos historiadores, so pretexto de realzar las glorias de la antigüedad, han venido á embrollar de tal modo el asunto con un sin número de cuentos y patrañas, que es punto menos que imposible discurrir con acierto ni dar un paso seguro en esa cuestión tan importante.

Nos consta, por testimonio de los historiadores romanos, que antes que la soberbia y poderosa ciudad del Tíber se apoderase de esta provincia, ocupaban las márgenes de río Leza los Berones y Vascones, pertenecientes á la raza céltica. Posteriormente recibió esta región el nombre de Cantabria. Son muchos los historiadores que afirman que, ya en tiempos de la dominación romana, pertenecía la Rioja á la antigua Cantabria, y por consi-

guiente, que sus valientes é intrépidos hijos fueron los que desafiaron repetidas veces todo el poder romano y gastaron la reputación de los más valientes y expertos generales de la dominadora del mundo. Si no en la época romana, es cierto que en tiempo de los godos era conocida esta región con el nombre de Cantabria.

El rey Leovigildo destruyó á Cantabria, la capital de la región, situada junto á Logroño, después de un largo y porfiado cerco, y se cree que fué el primer monarca godo que logró imponer su autoridad á los indomables cántabros.

Después de la rota del Guadalete, la Rioja, siguió la suerte de las otras regiones de España, siendo talada por los feroces hijos de Mahoma; más el inexpugnable baluarte de sus montes y el valor indomable de sus hijos, la libertaron muy pronto del poder sarraceno. El Conde don Tello arrebató á los infieles la parte montañosa. En sus valles y llanuras se decidió con frecuencia la suerte y porvenir de los dos pueblos, cristiano y musulmán; Viguera, Albelda y Clavijo son nombres que pronunciaron siempre con respeto y veneración todos los buenos españoles.

Libre del poder sarraceno, fué siempre la manzana de discordia entre los tres estados cristianos que se formaron en la península, Navarra, Aragón y Castilla. A Navarra cupo la gloria de conquistar casi toda la parte llana, quedando su rey don Sancho Abarca tan prendado del terreno, que no dudó trasladar su Corte al mismo corazón de la Rioja, á la ciudad de Nájera, haciendo así á esta insigne ciudad cuna de las dos poderosas monarquías de Aragón y Castilla, en sus hijos don Ramiro y don Fernando.

Con alternativas de triunfos y reveses, continuaron disputándose por espacio de muchos años tan preciosa joya los tres monarcas cristianos. Don Alfonso VI de Castilla logró dominar casi por completo la provincia, siendo de notar que en un privilegio de este rey, firmado en Miranda, es donde por primera vez se nombra á esta región con el nombre de Rioja. Posteriormente se apoderó de ella Alfonso I de Aragón, conocido con el

sobrenombre de el Batallador. Volvió á unirla á Castilla Alfonso VII, el Emperador. En tiempo de don Sancho el Sabio de Navarra, la vemos sujeta á ese reino, hasta que por fin, en el reinado de Alfoso VIII, el de las Navas, quedó definitivamente por Castilla. De nuevo quiso el navarro hacer valer sus pretensiones por la región, pero el poder creciente y amenazador de Castilla le obligaron á replegarse á la otra parte del Ebro.

No fué sólo la fertilidad del suelo, ni la excelente situación topográfica del país lo que dió excepcional importancia á la región de los Berones y Vascos, Cántabros, Rucones y actuales Riojanos en todas las épocas de la historia patria; el carácter noble y generoso, la constancia invencible y valor indomable de sus hijos, movieron, quizá más que esas circunstancias, á Sertorio y otros generales romanos á establecer su cuartel general en la provincia; á Leovigildo á no dejar piedra sobre piedra de la antigua Cantabria; á los reyes de la reconquista á debatir en sus campos los sagrados intereses de la patria, y finalmente, á todos los monarcas de España, á ennoblecer con notables privilegios y franquicias sus pueblos y ciudades y á entregar las riendas del gobierno á hijos de esta hidalga tierra.

Lo que eran y valían los moradores de esta región nos lo dice la historia con la sola lista de los hombres esclarecidos que han visto la primera luz bajo el esplendente sol riojano. Los nombres de Quintiliano, Berceo, Villegas, Bretón de los Herreros, Aguirre y Risco en las letras; los de Leiva y Merino en la milicia; los de Navarrete el *Mudo* y Esteban de Agreda en las artes; del Marqués de la Ensenada, Antonio Pérez y Carrero en la gobernación del Estado, y sobre todo los de San Millán, Santo Domingo de la Calzada, Santo Domingo de Silos y otros muchos que omito, nos darían una clave segura para explicar la historia de la Rioja y los gloriosos acontecimientos que se desarrollaron lo mismo en sus montes que en sus fértiles y risueñas campiñas.

Todos confiesan que, entre las bellas cualidades que adornaban á los antiguos habitantes de la región y aun brillan en los actuales riojanos, descollaban y sobresa-

lían su amor á la independencia y una piedad acrisolada y profunda reverencia hacia sus dioses.

Ya sabemos con qué bravura y tesón defendían la libertad de su patria cuando el tirano quería arrebatársela. Nobles y plebeyos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, todos se disputaban el primer puesto en la lucha contra el invasor. Si era necesario perder la vida, la daban hasta con alegría, y morían entonando himnos al valor y al heroísmo.

También nos dice la historia, que adoraban al Dios inominado, en las cavernas de sus montes, (quizá de los montes Distercios), lo mismo que en sus dilatados campos, donde no tenían otro altar que alguna suave colina, ni más templo que la extensa bóveda de los cielos. Afirma Estrabón de los Berones y Vascones, que en los plenilunios pasaban toda la noche bailando y cantando á las puertas de sus casas en honor de un Dios que no conocían con nombre propio.

No desmintió este pueblo su religiosidad cuando el Crucificado extendió sus brazos en el Gólgota para reconciliar al hombre con Dios. No sólo abrazó con entusiasmo la única verdadera religión, sino que parece que se constituyó apóstol de la buena Nueva. Es tradición del pueblo, que cuando Santiago el Mayor atravesó la Rioja, fueron muchas las conversiones, llegando algunos á despreciarlo todo y seguir al Santo Apóstol. Según esa tradición vulgar, Calahorra fué la primera silla episcopal de España. No puede comprobarse esto, ni son sólidos los fundamentos en que descansa esa tradición; pero consta por documentos históricos que la fundación de nuestra Iglesia catedral data de los primeros siglos del cristianismo y que es una de las más antiguas de nuestra patria.

Con la doctrina evangélica se propagó en la Rioja el culto de María, siendo tal el fervor y entusiasmo que manifestaron los religiosos habitantes de este país en honrar á la Santísima Virgen, que aun hoy día son muy raras las parroquias que no están dedicadas á la celestial Señora. A doscientas sesenta y cinco (entre parroquias y ermitas) hace subir el señor Garrán ese número en su precioso librito, *La Rioja azul*. Muchas de estas parro-

quias é iglesias, son celebérrimos Santuarios en que la Santísima Virgen recibe solemnísimos cultos desde los tiempos más remotos. Nuestra Señora de Castejón, entre Anguiano, Nieva y Ortigosa; Nuestra Señora de Carrasquedo, en Grañon; Nuestra Señora de Codes, en Torralba; de Allende en Ezcaray, la Virgen de la Arredaña, venerada antes en Moncalvillo y hoy en la ermita de Roble, término de Sorzano, la Virgen del Davalillo sobre el Ebro, Nuestra Señora de la Estrella en San Asensio, de Santa María la Real de Nájera, aparecida al rey don García, de la Vega de Haro, que se venera junto á esa hermosa ciudad, Nuestra Señora de las Tres fuentes, de los Parrales, del Patrocinio, de la Piscina, que se veneran respectivamente en Valgañón, Baños de río Tobía, Pedroso y San Vicente de la Sonsierra, Nuestra Señora de la Plaza, encontrada por Santo Domingo de la Calzada en las espesuras de la Bureba, y otros muchos que omito por no cansar al lector, tienen una historia antiquísima.

A todas excede en celebridad Nuestra Señora de Valvanera. Sentada sobre las crestas de los montes Distercios, como Reina y Madre de la Rioja y Sierra de Cameros, ha constituido siempre la esperanza segura de todos los riojanos y cameranos, el imán de sus corazones; su trono ha sido visitado en todas las épocas por multitud de fieles entusiastas, su nombre conocido y reverenciado donde quiera que un riojano haya puesto la planta.

En la Breve Historia que te ofrezco de esta Portentosa Imagen quiero, pues, amado lector, que comprendas y admires la gran devoción que siempre ha profesado esta provincia á la Santísima Virgen, Emperatriz de los cielos.



CAPÍTULO II

ORIGEN Y ANTIGÜEDAD DE NUESTRA SEÑORA DE VALVANERA. — DESCRIPCIÓN DE LA SANTA IMAGEN. — ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE SU ESCULTURA.

Varias y muy encontradas son las opiniones de los historiadores sobre el origen y antigüedad de la Perla de los montes Distercios.

Sostienen unos que es hechura de Angeles y que por estos celestiales espíritus fué milagrosamente colocada en el hueco del roble.

Afirman otros que fué fabricada por San Lucas, consagrada por San Pedro, y traída al Valle de las Venas por los santos Onésimo y Hieroteo, Xantipe y Polixena, discípulos de los Apóstoles. Los más guardan un profundo y significativo silencio sobre el asunto que nos ocupa.

Nosotros quisiéramos seguir el ejemplo de los últimos, pero hemos oído contar esas tradiciones á nuestros abuelos, las hemos visto expresadas en hermosas coplas populares, y, en gracia de los lectores, creemos necesario indicar los fundamentos en que se apoyan, y el juicio que nos merecen esos fundamentos. Los defensores de la primera opinión aducen en prueba de su aserto el testimonio de un antiguo pergamino que se conservaba en el archivo. Este pergamino, como observan Casas y Albors, debió de ser el borrador de la memoria que se presentó en Roma para obtener del Papa Paulo III la bula que dió á favor de Valvanera el año 1536. Dice así, traducido literalmente: «El célebre y santísimo Monasterio de Valvanera tiene origen y principio de un famoso ladrón, llamado Munio, á quien apareció la Santísima Virgen, y le dijo buscarse una imagen suya que estaba oculta en un Roble, y colocada en su hueco por manos de ángeles». También confirmaba esta tradición, según el P. Rubio, la historia

antigua que se conservaba en el archivo, y que le sirvió á él de norte para componer la suya.

La historia antigua, dice el citado Padre Rubio, da á entender que la Imagen vino del cielo, pues dice que fueron los ángeles los que la colocaron en el roble.

Rodeada de cierto aparato científico se nos presenta la segunda opinión. El Reverendo P. Silva, Obispo de Astorga, su fundador, no perdonó trabajo ni fatiga por darla ciertos visos de verdad histórica. Veamos si son sólidas las bases sobre que levanta su atrevido pensamiento:

A mediados del siglo XVII vivió un hombre de genio extraordinario, de un amor y constancia sin ejemplo en el trabajo. Consagró toda su vida al estudio de manuscritos y documentos antiguos, y llegó á gozar de universal fama entre sus coetáneos. Ese hombre se llamaba Lupián Zapata, y es conocido en el mundo de las letras con el seudónimo de *Antonio de Nobis*. Dió á luz infinidad de obras, todas á cual más célebres; pero las que principalmente le dieron á conocer, y llamaron hacia su persona la atención de todos los sabios de la época, fueron sus cronicones, en especial el de Hauberto Hispalense.

Se dividieron los pareceres de los hombres doctos sobre el mérito y autenticidad de sus obras. Para unos era Lupián Zapata un sol esplendente que, merced á largas vigiliass é infinitos desvelos, había logrado iluminar lo más obscuro y recóndito de nuestra historia, descifrar sus enigmas, y enseñar muchas é importantes verdades que guardaban pergaminos antiguos, llenos de polvo en los estantes de las bibliotecas. Para otros era un farsante, un sagaz embaucador que deshacía y maltrataba la historia con mil cuentos y patrañas que privaban de toda autoridad á esa *maestra de la vida*.

Según éstos, esos libros antiquísimos con que Lupián aparentaba ilustrar la historia patria, eran monstruosos engendros de la imaginación ardiente y calenturienta de ese hombre extraordinario.

El Reverendo Silva fué de los primeros, y, sobre las estupendas afirmaciones de Zapata, le pareció que podía basar la peregrina historia de que María de Valvanera

fué traída á los montes Distercios por los discípulos de los Apóstoles.

Unas palabras que Silva leyó en el Becerro, le decidieron, entre otras razones, á admitir como auténtico el cronicón de Hauberto, y por consiguiente, como verídica la historia de que la Santísima Virgen de Valvanera es escultura de San Lucas. «Hállanse, dice él, en el archivo de Valvanera, en el libro del Becerro, unas palabras concisas y tan ajustadas á lo que Hauberto monje nos dejó en su Cronicón grabado, que no puede ser más puntual el ajuste». Las palabras de referencia dicen así, traducidas en romance. «En el nombre de Dios. Esta es la tradición de este Convento. Hierroteo con otros compañeros colocaron en este lugar la Santa Imagen. Arturo la escondió. Nuño la encontró. Juan dió la regla. Pedro puso canónigos. Albaro los reformó. Deodato y Obdulio Obispos están sepultados en este sitio. Era de 672».

Estas palabras se leían también, según Silva, al pie de una donación original hecha al Convento de San Quirce de Nájera, anejo de Valvanera, por un vecino de la misma Ciudad en 1073, y, al decir de Rubio, parte de ellas en la margen de una Santa Regla de San Benito, escrita en letra gótica, con la fecha de 904.

Omitimos otros argumentos con que el Reverendo Silvo intenta corroborar su opinión, vervigracia, el testimonio del Martirologio antiguo de Gerona, pues todo se reduce á cuestión de nombres. A nosotros nos parece casi imposible fijar con precisión el nombre y extensión correspondientes á antiguas ciudades y comarcas. Por eso fiamos tan poco de esos argumentos.

Hace mención el Martirologio de referencia, en el día 23 de septiembre, de las santas vírgenes Polixena y Sarra Xantipa y dice, de ellas que, después de haber pasado cuarenta años en el yermo del *Pago Moritano*, volaron sus almas al cielo. Anguiano y Silva traducen el *Pago Moritano* por *monte Mori*, en cuyas faldas, como hemos dicho, está enclavado el Santuario de Valvanera: otros le dan distinto significado.

Hé aquí, amado lector, los fundamentos de esas tradiciones que han corrido y aun corren validas entre

nuestro pueblo. Yo, como tú, las respeto; pero, como historiador, no puedo dejar de escuchar la voz terrible y espantosa de la historia juiciosa é imparcial que amenaza con rayos á los que son pretesto de ensalzar á su pueblo, y dar antigua y venerable cuna á sus glorias, mezclan lo falso con lo verdadero, lo dudoso con lo cierto y la fábula con el hecho histórico. Me veo, por lo tanto, precisado á hacer algunas observaciones y á apuntar ciertos reparos que aconseja la sana crítica.

La primera opinión es una tradición piadosa, y como tal, nadie puede condenarla; más si podrían echarnos en cara que multiplicamos sin necesidad ni fundamento los milagros, si quisiésemos darla como verdad histórica, enteramente comprobada. Una tradición que encontramos consignada por vez primera en un pergamino del siglo XVI, á cualquiera le ocurre que es hilo muy tenue y delgado para atravesar, sin otro auxilio, tantos siglos como cuenta la historia de Valvanera. Nosotros no podemos tampoco admitir esa tradición, porque estamos firmemente persuadidos de que la Santa Imagen recibió solamente cultos antes de su aparición en el roble.

No son menores los reparos que pueden hacerse á la segunda opinión. El *Cronicón Hispalense*, según el parecer unánime de los críticos modernos, es de época muy posterior á la que se figuraron Silva, Argaiz y otros muchos historiadores. El verdadero autor de esa obra fué Zapata, y no Hauberto monje, como creían esos autores. Por consiguiente, el principal argumento de Silva claudica por su base.

No se necesitan tampoco ojos de lince para descubrir la mano de Zapata en ese testimonio del Becerro.

Sabemos que Antonio de Novis estuvo en Valvanera revisando su archivo y arreglando el órgano en el año 1657. El Padre Rubio afirma haberlo oído en 1714, de boca del Padre Bernardo Jiménez, anciano de 93 años, quien vió y trató á Zapata en nuestro Monasterio en el dicho año de 1657. Este dato es suficiente para hacernos sospechar que, como en otros muchos documentos, en el Becerro de Valvanera lució Zapata sus excepcionales habilidades para fingir toda clase de letras. De ser tan an-

tiguo, como se supone, ese testimonio ¿no habían de haber hecho siquiera mención de él los historiadores de Valvanera, anteriores á esa época?

En resumen: respetamos ambas opiniones, como tradición; pero la sana crítica, lejos de admitirlas como verdades históricas, debe rechazarlas.

Aunque también envuelta en densas nubes, no se presenta tan oscura como la del origen la cuestión de la antigüedad.

Fué grande, y casi puede decirse punible, el abandono de nuestros mayores en escribir las glorias de Valvanera. Por otra parte, las vicisitudes porque ha atravesado el Monasterio, y los horribles incendios que en diversas ocasiones abasaron el archivo, nos ha privado de preciosos datos para formar la historia del Santuario. A pesar de todo eso, la antigüedad de la Imagen se impone. Todos confiesan que es una de las primeras que recibieron culto en nuestra patria.

Dice el señor Casas á este propósito: «Si de la antigüedad se quiere hacer mérito de importante valor, antigüedad grande posee la Santa Imagen, pues todos convienen en lo remoto de su origen». Y no podía por menos.

Esas tradiciones que hemos apuntado arriba, aunque vagas de suyo, dicen bien á las claras á todo historiador juicioso, que la Virgen de Valvanera se pierde en la noche de los tiempos. Se habrá fantaseado sobre su origen, se habrá querido fijar la época y hasta el año en que recibió culto en los montes Distercios, todo lo que querais; pero esa misma diversidad de pareceres, esas mismas, si quereis, llamadlas exageraciones, son prueba fehaciente de que no es moderno su origen. Todas las imágenes antiguas tienen una historia tan oscura y enmarañada como la de Valvanera, y en todas han pretendido la fábula y la leyenda hermosear los hechos históricos, ya de suyo llenos de encanto y poesía.

Muchos de esos autores, por falta de datos, no se han atrevido á fijar la época en que recibió los primeros cultos, más no por eso dudaron nunca de la respetable antigüedad de la Santa Imagen.

Entre ellos figura el sapientísimo P. Antonio de Yepes, cronista general de la Orden de San Benito, «Después del Pilar de Zaragoza, copiamos al sobredicho Padre, que es la primera que se sabe que ha habido en España, no tenemos noticia de otra de quien antes haya memoria, que de Nuestra Señora de Valvanera, pues no sólo consta era ya venerada por los años de 570 en los tiempos del rey Leovigildo y aun en el de los romanos, sino que en los tiempos de San Atanasio, por los años de 340, fué también reverenciada y estimada por este glorioso Santo».

El insigne y concienzudo Esteban de Garibay, en su Compendio historial, es de opinión que los primeros cultos de Nuestra Señora de Valvanera, se remontan á los tiempos del rey Leovigildo, pero añade á continuación: «Mas no dudo que sea muy más antigua, fundado en las palabras de un privilegio del rey don Alfonso el sexto de Castilla que son muy notables».

El P. Rubio, despreciando los temores que ellos abrigan, no sólo señala la época, sino que llega á apreciar el año. «Por los años de Cristo, de 37, dice, son los principios del templo del Pilar de Zaragoza, y por los de 70, al de Valvanera; pues en estos ya estaba la soberana Reina venerada en estos reinos».

Ignoramos las razones que movieron al sabio hijo de este Monasterio á fijar en números redondos el año en que recibió sus primeros cultos en los montes Disterciso la Santísima Virgen de Valvanera.

Y aunque es de presumir que serían graves y poderosas, pues siempre se muestra muy comedido en sus afirmaciones, con todo, como no tenemos dato alguno para comprobarla, no nos atrevemos á seguir la opinión de dicho Padre, y nos contentamos con remontar el culto de Nuestra Señora á los primeros siglos del cristianismo, ya que como afirma el citado Padre Yepes, consta que en ellos era ya venerada.

No está sólo fundada esta nuestra opinión, de que el culto de Nuestra Reina dote de tiempos tan antiguos, en el testimonio de esos autores y de otros muchos que podíamos alegar; el irrefragable de los pergaminos y pri-

villegios dicen más aun que ellos en favor de esa respetabilísima antigüedad de María de Valvanera.

Ya que con la autoridad de Garibay hemos hecho mención de uno de esos privilegios, concedido al Monasterio por Alfonso VI, de Castilla, y, al decir de ese gran historiador, son muy notables sus palabras, démosle lugar preferente entre todos los demás.

Este privilegio está fechado el año 1092, y dice en sustancia, que, inspirado del Espíritu Santo, le vino el pensamiento de restaurar el Santuario de Valvanera como había hecho con otros muchos monasterios. Y se expresa con estos encarecimientos de su antigüedad y esplendor. «*Fundada de antiguo, casi por completo decaída de su antigua nobleza, volver á su primera y antigua grandeza*».

Según el P. Rubio, con este encarecimiento de palabras, pues la llama *antigua, anciana y distante de tiempo*, extendía la antigüedad de Valvanera aun más allá de lo que creían Yepes y Garibay; quiso expresar con ellas la tradición de la Casa que seguramente oiría de la boca de su padre Fernando el I, natural de Nájera».

Además de ese privilegio, tenía Valvanera, como refiere Bravo en su historia, y también admite el P. Rubio, una Bula de gracias y privilegios que le concedió el Papa Bonifacio II. Esta Bula fué expedida por los años de 500, y cualquiera puede comprender que, siendo ya conocido el Santuario por estos años en Roma, su origen data de mucho más antiguo. Concluyamos, pues, con las palabras que copiamos arriba del sabio catedrático de Zaragoza. «Si de la antigüedad quiere hacerse mérito de importante valor, antigüedad grande posee la Santa Imagen, pues todos convienen en lo remoto de su origen». Y nosotros añadimos que no sólo el consentimiento unánime de los historiadores, sino también documentos fidedignos y la tradición de todo un pueblo, los que pregonan esa antigüedad.

Así vivía tranquila la tradición de Valvanera y de toda la Rioja, confirmada por cuantos habían escrito sobre la Santa Imagen en particular ó sobre las apariciones y milagrosas efigies de María en general. Pero

el cielo ardoroso de nuestra época no podía contentarse con esc.

Voces que merecían ser escuchadas, hicieron notar el gran vacío y necesidad que se notaba en España de estudios concienzudos sobre la Arqueología sagrada, y en especial sobre la Iconología Mariana ó de las esculturas de la Santísima Virgen, que tanto abundan en nuestra patria. Como era de esperar, esas voces fueron atendidas; y hoy vemos á nuestras imprentas, con gran alegría de nuestra alma, publicar inmemorables libros sobre la materia, algunos de ellos de relevante mérito.

Como no podía por menos, Nuestra Señora de Valvanera, tenía que llamar la atención del sabio arqueólogo, someterse á su examen y por ende aparecer encasillada en su respectivo siglo. Para que nuestros lectores puedan comprender las observaciones de esos sabios, describiremos la Santa Imagen con la exactitud y colorido que sea posible á nuestra tosca pluma.

Está sentada sobre cuatro águilas, de vista al pueblo. Con la mano derecha sostiene al Divino Infante, y con tres dedos de la izquierda, un corazón de plata maciza; los otros dos dedos los tiene plegados. Representa una estatura regular, pues sentada, como decimos, mide cinco palmos. El rostro es todo gracia y donaire. Tiene frente espaciosa, cejas arqueadas y negras, ojos grandes, rasgados y hermosos en extremo. La nariz es aguileña y bien proporcionada, los labios parecen cintas de escarlata. Todo el rostro es ovalado, con pómulos algo salientes. El color es trigueño, un término medio entre el moreno y rubio. El señor Casas le compara con mucha propiedad al de una corteza de granada. En fin, es en extremo bella y hermosa, y no tememos decir con el P. Yepes que, «puede competir con cuantas hay en España y no sé si diga en Europa; y por eso me parece digna de ser retrato de la Madre de Dios».

Tan diversos afectos produce en el corazón el sólo mirarla, que al mismo tiempo consuela é infunde esperanza; aterra y pone espanto. Ha dicho de ella la Venerable Madre María de Agreda: «Que en el don particular de Madre de pecadores, en convertir sus almas y reducir-

las al verdadero dolor de sus pecados, ninguna puede competir con la de Valvanera».

Pero dejemos esas y otras consideraciones piadosas que el lector puede ver en el P. Rubio, y continuemos la descripción de Nuestra Señora, como objeto de estudio.

Cubre el sagrado bulto una túnica con pliegues bien formados que llega hasta los pies. Por delante se descubre la orla de otra túnica inferior, y también las dos puntas del calzado que son exactamente iguales en ambos pies. Las mangas de la túnica son tan anchas que cuelgan casi hasta la peana. En la orla tienen gran número de botones, hechos en la misma talla, lo mismo que la túnica por el ruedo y las costuras.

Además de estos adornos, tiene un manto muy ajustado en el cuello; y una toca, guarnecida también de botones, tallados en la misma madera, ciñe todo el rostro y parte de la garganta. El Niño es de la misma escultura que la Madre. Con marcada violencia está vuelto hacia la parte del Evangelio. Está en actitud de bendecir al pueblo con la mano derecha; y en la izquierda tiene un libro que recuerda el sacrilegio que, como nos refiere el P. Rubio, le obligó á volver su divino rostro, pues antiguamente descansaba en el regazo materno y miraba al pueblo.

Esto es Nuestra Señora de Valvanera para el sabio arqueólogo. Veamos el juicio que merece á esos sabios su escultura:

Don Pedro de Madrazo en la obra «España y sus monumentos», invocando los datos que suministra la indumentaria, no se atreve á decidir si es de procedencia bizantina ó visigoda. El señor Lafuente dice que «ningún artista ni arqueólogo admitiría la talla y los adornos de su traje como obra del siglo VII. Al señor Albers le parece es del tiempo de los imperiales».

Finalmente, el señor Pérez San Julián, celoso propagandista del culto de la Santísima Virgen, después de referir la historia de Valvanera, tal como nos la enseña la tradición, después de admitir como cierto que ya en los tiempos de Constantino el Grande era muy conocida Nuestra Señora en los montes Distercios, y hasta de con-

signar la estancia de San Atanasio en el Valle de las Venas, confiesa que no sabe el estado del original, pero que ha visto el ejemplar que se conserva en Madrid y, atendiendo lo primoroso y delicado de las labores del manto, le parece que no puede ser de época tan antigua como refiere la tradición.

Quizá los fervientes devotos de Valvanera se espanten y horroricen al leer estas líneas; mas la cosa no es para tanto. Afortunadamente para el arte y el recto juicio, los más brillantes astros de la arqueología, como de todas las ciencias, á los vastos y profundos conocimientos unen siempre una fe inquebrantable y una piedad acendrada.

Quisieran algunos impíos arrebatár la fe de nuestros corazones poniendo en solfa nuestra credulidad y superstición en venerar como hechura de ángeles ó de los apóstoles Imágenes que datan de época no muy lejana, y son obras, según ellos, de una piedad exaltada y de un celo indiscreto. Pero siempre, como decimos, ha estado la Iglesia rodeada de una brillante pléyade de sabios que salgan por los fueros de la verdad y la razón. Y esos sabios nos demuestran que la Santísima Virgen fué venerada por los primeros cristianos en las catacumbas y fuera de ellas; que al lado de la Cruz se levantó siempre la veneranda Efigie de nuestra Madre. Descubrimientos verificados en las catacumbas de Roma han puesto fuera de duda esa verdad.

No todas las imágenes de María tuvieron la dicha de librarse de manos ignorantes que las librasen de la primitiva rudeza en que las adoraron los primeros fieles.

El arte se iba perfeccionando, y las exigencias de la época rechazaban las toscas imágenes que nos legó la antigüedad. Por esta causa muchas de ellas fueron sustituidas por otras de mejor gusto artístico, y las más sufrieron notables reformas: especialmente en los siglos XIII y XVI se mutilaron horriblemente muchas de ellas con el fin de decorarlas y dar algún desahogo á la piedad, adornándolas con ropas sobrepuestas.

La de Valvanera creemos que corrió la suerte de las últimas. Aún como se conserva en el día, es en realidad

un verdadero enigma arqueológico. La violenta posición del Niño, (especialmente no admitiendo el milagro que apuntamos arriba, como no lo admiten los iconólogos), el manto ajustado al cuello, y los primorosos dibujos de pedería que adornan la túnica y toca ó rostrillo, le dan, como dice el sabio P. Naval, una forma excepcional. Con todo, tiene algunos detalles que huelen á época muy posterior á la que le atribuye la tradición; y por lo tanto creemos que ha sido reformada, aunque no podamos señalar la época. El mismo señor Lafuente dice que la Imagen debió de ser restaurada con posterioridad á su primitiva fundación, quizá cuando se le puso el pedestal que tiene con castillos y leones y el rostrillo ó toca de pedería.

Como ven nuestros lectores, no niegan esos sabios la tradición, sino únicamente la autenticidad de la Imagen, ó en otras palabras: creen que no la poseemos hoy tal como la veneraron nuestros padres en los primeros siglos, sino que está algo reformada. De modo que, como decíamos arriba, no era la cosa para horrorizarse. Y aunque negasen la antigüedad de nuestra Reina, tampoco teníamos por qué temer. Las reglas del arte tienen muchas excepciones, como reconocen los mismos arqueólogos. Además, para nosotros están por encima de esas reglas los testimonios de la historia y la tradición no interrumpida de todo un pueblo. El pueblo riojano venera muchas imágenes, todas ellas antiquísimas; y, sin embargo, á ninguna acude con mayor fervor, á ninguna invoca con más seguridad y confianza que á la de Valvanera.

Ninguno de esos santuarios ha llegado al grado de gloria y esplendor que el de Valvanera, ni de sus muros pendían tantos exvotos, ni ante sus imágenes lucían tantas lámparas. Y todo se debe á que siempre ha estado persuadido este pueblo de que su excelsa Patrona data de tiempo inmemorial; de que en los montes Distercios la adoraron sus padres ya en los primeros siglos del cristianismo.

Respetemos, pues, la tradición que nunca nace sin algún fundamento. La tradición ha sido y será siempre un

criterio histórico. Mucho más si está tan fundada como hemos visto está la de Valvanera, y lo irán demostrando aún más los capítulos siguientes:

CAPÍTULO III

PRIMEROS CULTOS QUE SE TRIBUTARON Á
NUESTRA SEÑORA DE VALVANERA. — VIDA EREMÍTICA EN
LOS MONTES DISTERCIOS. — ¿ESTUVO SAN ATANASIO
EN VALVANERA? — ESTABLECIMIENTO DE LOS BENEDICTINOS.
OCULTACIÓN DE LA SANTA IMAGEN.

La cuestión del culto está íntimamente relacionada con la del capítulo precedente; pues, es de presumir, atendida la religiosidad del pueblo riojano, que á poco de sentada la Santa Imagen en los montes Distercios, como Reina y Patrona de la Rioja, acudiría ese pueblo con fervor y entusiasmo, á prestarle sus homenajes, y darle rendidas gracias por el singular favor que le dispensaba. Y así sucedió, en efecto.

A los primeros siglos del cristianismo remontan la tradición y la historia el origen de Nuestra Señora de Valvanera y su venida á estas montañas; y en los mismos siglos, sabemos por la misma tradición y la historia, que los montes Distercios estaban poblados de fervientes anacoretas que pasaban los días y las noches en alabanzas de Dios y de su Santísima Madre.

Además del título de gratitud que obligaba á los riojanos, debió de contribuir también mucho á fomentar la vida eremítica en los montes Distercios, el espíritu religioso de la época, y las sangrientas persecuciones y vejaciones de toda clase, de que eran víctima los cristianos.

Los heraldos del Evangelio anunciaban, del uno al

otro extremo del mundo entonces conocido, la feliz nueva que había de reformar el mundo pagano, introducir la civilización cristiana y abrir á los mortales las puertas del Paraíso, que les cerraron su protervia y desobediencia. Tuvo que luchar con grandes y, al parecer, insuperables obstáculos, la nueva y única verdadera religión. Era una misma ley para todos los climas y países, para todo estado, sexo, edad y condición, refrenaba las malas pasiones, y predicaba la igualdad de todos los hombres ante Dios. Por consiguiente, tropezaba en el camino con la soberbia de los emperadores y nobles, con la desenfrenada licencia y corrompidas costumbres del pueblo pagano.

Al fin, como obra de Dios, logró vencer todos esos obstáculos. Sin otro auxilio que el Soplo Divino que daba vida y calor á la palabra de sus predicadores, se extendió, con prodigiosa rapidez, por todos los reinos y provincias. Y llegó, en todas partes, á convencer de tal modo á los hombres, de la vileza y pequeñez de las cosas de este mundo, de lo fugaz é inestable de sus goces, que á porfía se dirigían al desierto en busca de un asilo á la inocencia, y de un lugar á propósito para vacar á Dios y á las cosas celestiales.

En la Rioja se cumpliría esta regla general de todos los países. Y como los montes Distercios reúnen inmejorables condiciones para la vida contemplativa, serían el lugar predilecto de las almas devotas que quisiesen sacrificar su vida á Dios en el desierto.

Es también muy natural que la persecución aumentase el número de anacoretas.

Había cristianos tan valerosos é intrépidos, que cifraban toda su gloria en exhalar su último suspiro entre atroces tormentos por defender su fe. Otros, por el contrario, algo más tímidos, temblaban ante las amenazas del verdugo, huían despavoridos y buscaban en las cavernas de los montes, á la sombra de una cruz solitaria, la paz y sosiego para servir á Dios, que no encontraban en su amado pueblo, al lado de su familia. Las sierras de Valvanera por su escabrosidad y pobreza del terreno, no podían excitar la codicia de los conquistadores; ni por otra

parte era fácil que las eligiesen estos como puntos estratégicos para sus operaciones militares, pues no las necesitaban en aquella época. Por lo tanto, ofrecían á los afligidos cristianos un refugio seguro contra la persecución.

Sea de ello lo que fuere, hayan sido estas ó las otras causas, lo que dió principio á la vida eremítica en Valvanera; lo cierto es que, según afirman la tradición y la historia, vivía por estos siglos un gran número de anacoretas dedicados á cantar los loores de nuestra excelsa Patrona.

No queremos citar nombres de autores. Baste decir que, á excepción del señor Casas, todos cuantos han escrito de Valvanera ó de la orden de San Benito, reconocen esa antigüedad de la Tebaida riojana.

Era austerísima la vida de esos ermitaños; vivían á la intemperie, sin otro abrigo que alguna piel carcomida ú otro vestido andrajoso. Su único alimento eran las yerbas del monte, y cuando más, algún mendrugo de pan que les ofrecía la caridad de los fieles. Pero gozaban de una paz inalterable y de una pura y eterna alegría. Encendidos en el amor de María, y fija siempre la vista en la eterna recompensa que la Celestial Señora les reservaba en el Cielo, con el mismo entusiasmo y júbilo cantaban sus alabanzas, cuando el sol primaveral matizaba de flores el bosque, que cuando el hórrido invierno lo cubría con densas capas de helada nieve y el viento huracanado se desgajaba por los riscos y barrancos.

Corrió en alas de la fama, la santidad y rigurosas penitencias de estos fervorosos anacoretas, traspasó los límites de España, y llegó á naciones extranjeras, donde un hombre extraordinario estaba desterrado por la causa de Dios y de su Iglesia. Este hombre, era San Atanasio de Alejandría, el cual, oyendo la santa conversación y ejemplar trato que se guardaba en los montes Distercios, entró en deseos de servir á Dios en compañía de esos fervorosos ermitaños, asegurando al mismo tiempo su vida contra las asechanzas de sus pérfidos enemigos.

Doce son, al decir del P. Rubio, los autores que defienden la estancia de San Atanasio en España, y siete de ellos afirman que también vivió en Valvanera. Nosotros

por no dar indebidas proporciones á este pequeño trabajo, nos limitaremos á exponer los muchos y graves testimonios que confirman la inmemorial y nunca interrumpida tradición del Monasterio, de que San Atanasio estuvo en Valvanera (1)

Antes, (porque alguno podría objetarnos la imposibilidad del hecho), permítasenos cuatro palabras sobre la vida de ese glorioso Doctor.

Era Atanasio un joven, dotado de ingenio agudo y perspicaz, de una alma grande y elevada, lo que, unido á su ardiente amor á la Iglesia y santo celo por la causa de la religión, hizo de él muy pronto el adversario terrible y enemigo irreconciliable de los arrianos, quienes, como afirma San Jerónimo, habían inficionado todo el orbe con su venenosa ponzoña. Así lo comprendieron los herejes ya en el concilio de Nicea, y, por consiguiente, todos estaban conformes en que era necesario deshacerse de Atanasio á toda costa

Atentaron varias veces contra su vida, hasta el punto de verse el Santo precisado á vivir oculto por algunos meses en el sepulcro de sus padres. Dios lo tenía destinado para ser el martillo del arrianismo, y no consiguieron su perverso intento. Más afortunados con la calumnia y mentira, alcanzaron carta de destierro contra él del magnánimo emperador Constantino el Grande.

Arrepentidos los hijos de ese emperador, llamaron repetidas veces á Atanasio, que ya era Arzobispo de Alejandría; pero otras tantas se vió precisado á abandonar su Patria y Sede.

Osio, el gran Obispo de Córdoba, que presidió el concilio de Nicea y era íntimo amigo de San Atanasio, escribió una célebre carta al emperador Constante, diciéndole que había propuesto varias veces á los enemigos del Santo, que expusiesen con libertad las quejas que tenían contra él, en la seguridad de que haría justicia si llegaban á probar los cargos que le imputaban, y de lo contrario, que aconsejaría á San Atanasio se viniese con él

(1) Advertimos que, á nuestro parecer, no ocupaba entonces el Santuario el lugar en que al presente está emplazado.

á España para evitar contiendas y disensiones. No aceptaron los arrianos la propuesta de Osio, pero sí San Atanasio.

Ves, pues, amado lector, fuera de duda la piedra de toque, de todo hecho histórico, que es la posibilidad. San Atanasio pudo estar en Valvanera, porque para ir á visitar á su amigo y protector el Obispo de Córdoba, como es muy probable que fué, al pasar de las Oyalias á España, le era no sólo posible, sino muy fácil, visitar los montes Distercios. Si de hecho los visitó, lo dirán los argumentos que aduce Valvanera en prueba de la constante tradición, que siempre lo ha afirmado.

En el archivo se conservaba, según el P. Rubio, una memoria antigua de las reliquias que guardaba este Monasterio, y en ella, después de la Santa Imagen, se leían estas palabras: «Hay en este Monasterio muchas reliquias que trajo aquí San Atanasio de la ciudad de Roma, cuando, huyendo del furor de los arrianos, llegó á esta santa casa; y fueron escondidas en el altar mayor de la misma, donde se veneraron después la cabeza y la lengua del Doctor supra dicho».

«Item en el dicho altar (continúa en el Índice indicado), hay una rueda que trajo San Atanasio, á hechura, de la ciudad de Ostia, y en medio de la rueda una paloma *insignida* de la sangre y agua que salió del costado de Nuestro Señor Jesucristo».

No se admire el lector, á quien, como á nosotros, le parecerá imposible, que se pudiese recoger una sola gota de sangre de la preciosísima que derramó Jesucristo en el Calvario. San Atanasio fué testigo ocular de la abundantísima que, por un milagro, salió del costado de un Crucifijo, maltratado por los judíos en la ciudad de Berito; y es tradición que el Santo recogió cuanta pudo y enriqueció con ella varias Iglesias, entre otras á la nuestra de Valvanera.

También conservaba antiguamente la casa en su relicario la cabeza y lengua de tan glorioso Doctor, donadas por Inocencio III, historiador de la vida del gran Arzobispo de Alejandría.

La autenticidad de estas reliquias está comprobada por un milagro. Se encontraba en Valvanera el día nueve de mayo (octava de la fiesta del Santo) del año 1607, un hombre, natural de tierra de Agreda (Soria), llamado Mateo Pérez. Estaba poseído del demonio y padecía una parálisis general, con los más horribles sufrimientos. Lo exorcizó un monje y le intimó en nombre de San Atanasio que se levantara y fuese por su pie hasta el lugar donde estaban las reliquias, y allí se santiguara. Así lo hizo, y al punto quedó sano y salvo, á vista de infinidad de testigos.

Estas reliquias dicen muchó en favor de la tradición de Valvanera; pues, seguramente, que el Papa Inocencio III, conocedor, como ninguno, de la vida de San Atanasio, por haberla escrito de su propia mano, no habría concedido tan rico tesoro al Monasterio, á no estar persuadido de que honró con su presencia el Valle de las Venas. Y que realmente lo estaba, pruébalo suficientemente la Bula de gracias é indulgencias que otorgó al Monasterio. Concede en ella cien años y cuarentenas, á los que visiten la casa de Valvanera, y otro tanto, á quienes visitaren también el altar de San Atanasio en el día de este Santo; dice «que las concede por haber vivido y honrado este Monasterio San Atanasio, Obispo de Alejandría, que venció á Arrio».

No le parecía menos fundada esa tradición al Papa Paulo III (1534 á 1549), uno de los más santos Pontífices que ha tenido la Iglesia. Expidió también este Pontífice una Bula en favor de Valvanera, en la que concede varias gracias é indulgencias para el día en que celebra la Iglesia la fiesta de San Atanasio. Y el motivo impulsivo «por haber estado el Santo oculto cierto número de años en este Monasterio», según lo dice y refiere la fama.

Podríamos aducir otras muchas pruebas, pero las dichas bastan y sobran para confirmar la tradición. El testimonio del archivo, y sobre todo, el de los dos Sumos Pontífices, son mayores que toda excepción.

No queremos, sin embargo, pasar en silencio la gran devoción que siempre se ha tenido en Valvanera á San Atanasio. Porque, el haber sido venerado como Patrón y

Padre del Monasterio; el haber tenido siempre altar particular; el haberse celebrado su fiesta con rezo propio, y rito doble de primera clase con octava; y el venir figurando en el Martirologio de la casa desde el siglo XIII, ó quizá desde el XII, parece que ponen el hecho fuera de toda duda.

Y á la verdad, ¿qué pudo mover á los antiguos moradores del Valle de las Venas á venerar á San Atanasio, como Patrón del Monasterio? ¿Por qué no eligieron otro cualquier Santo, teniendo tantos y tan célebres la orden de San Benito y la provincia de la Rioja? ¿No parece verosímil que, á no admitir como cierta esa tradición, fundada en sólidos argumentos, hubiesen preferido algún santo nacional, v. g., Santo Domingo de la Calzada, de quien consta positivamente que se santificó en Valvanera? Y si se cree que fué una fábula ó leyenda lo que movió á aquellos Padres á declarar Patrón del Monasterio al glorioso Arzobispo de Alejandría, ¿cómo no señalan algún dato de la vida y milagros del farsante y embaucador?

Nadie podrá ver aquí la mano de Luplián Zapata, maltratando el archivo y forjando Bulas de Sumos Pontífices. La tradición de Valvanera es anterior, con muchos siglos, al XVII en que floreció Zapata. Ni puede tampoco sostenerse, como han querido algunos, que el San Atanasio que venera el Monasterio, no sea el gran Doctor, martillo de los arrianos, sino algún ermitaño ó monje de ese mismo nombre, muerto en olor de santidad.

Esos autores, no pudiendo negar los graves testimonios que confirman la tradición de la casa, ni eludir su fuerza, y, empeñados, por otra parte, en privar á Valvanera de ese título de gloria, se agarraron, como suele decirse, á un hierro ardiendo, multiplicando los Atanasios.

Pero cuán desacertados anduvieron en ello, y el ningún fundamento de esa multiplicación de Atanasios, nos lo dirá claramente la misma tradición.

Acostumbraban antiguamente los monjes, hacer todos los días conmemoración del Patrono del Monasterio después de vísperas, (ahora lo hacemos al terminar las completas); y en esa conmemoración siempre se llama á San

Atanasio *Obispo y Confesor*. Además el Martirologio citado dice el día dos de mayo, «fiesta de nuestro Santo Patrono P. Atanasio, *Obispo de Alejandría*».

No queremos atribuir á esos testimonios más valor del que en realidad tienen. Estamos convencidos de que no son suficientes para elevar al rango de verdad histórica la estancia del glorioso Doctor en Valvanera; pero también creemos que lo son para confirmar la tradición y darla cierta probabilidad, para que, fundada en ellos y en la misma tradición, pueda ostentar Valvanera ese noble blasón de su antigüedad y gloria, hasta que la historia juiciosa é imparcial venga á desmentirnos con razones tan poderosas y evidentes, que no dejen lugar á duda.

Ignoramos si llegará ese día. Por hombres de la reputación del Sr. Lafuente (D. Vicente), hemos visto calificada de anacronismo y consejo la venida de San Atanasio á Valvanera; él mismo felicita calurosamente al P. Villafañe, por haber sido el primero en negarla. Pero las razones que alegan para oponerse á la tradición, no sólo nos parecen flacas y débiles, sino indignas de tan esclarecidos ingenios.

Se va haciendo muy largo este capítulo, y no podemos detenernos á responder á esos autores. Sólo, porque algunos historiadores de nota, lo han querido relacionar con la estancia de San Atanasio en el Valle de las Venas, y porque el caso nos parece digno de mención en esta historia, vamos á decir cuatro palabras sobre una de sus objeciones; sobre *la cocina santa*.

Ya saben nuestros lectores, que existió antiguamente en Valvanera una cocina, que llamaban santa, por el constante prodigio que se observaba en ella, de no producirse más ceniza que la necesaria para conservar el fuego, por más carros de leña que se quemasen en ella. El prodigio es cierto; lo atestiguan infinidad de personas que lo vieron con sus propios ojos: no así el origen del mismo.

Lo atribuyen algunos á San Atanasio, suponiendo que, cuando al igual de sus compañeros, ejerció el Santo el oficio de cocinero en Valvanera, para servir y obsequiar á los peregrinos, pidió y obtuvo de la Santísima Virgen este singular favor, para que no fuese tan molesto el ser-

vicio á los penitentes. Otros creen que el prodigio comenzó en siglos muy posteriores al del glorioso Arzobispo de Alejandría. A nosotros nos parece esta segunda opinión no sólo probable, sino cierta. Pero ¿puede inferirse de esto nada absolutamente en contra de la tradición del Monasterio? Creemos que no. No puede confundirse, en modo alguno, la opinión de algunos autores con la historia del Santuario.

Y aunque todos los que han escrito de Valvanera diesen tan antiguo y noble origen al prodigio, tampoco podría negarse por eso la estancia del Santo en los montes Distercios. Una prueba débil no quita la fuerza á las demás; y nosotros, sin mentar siquiera la cocina santa, hemos aducido bastantes para confirmar la tradición. ¿O es que hemos de rechazar la verdad histórica, porque otro la haya falseado, rodeándola de circunstancias inverosímiles y hasta imposibles? Tendríamos que renunciar entonces á todo conocimiento de la antigüedad.

Mas dejémonos de contiendas, impropias de un compendio, y cojamos de nuevo el hilo de la tradición. Ella nos dice que el Santr Arzobispo vivió con los ermitaños de Valvanera, que cantó con ellos las glorias de nuestra Reina, y que al despedirse para volver á su amada Patria, les dejó en prenda de amor y cariño, la regla del glorioso P. San Antonio, cuya vida él mismo había dado á conocer en Europa.

Continuaron los anacoretas en la estricta observancia de la regla que habían recibido de tan gran Padre y Maestro, hasta que se establecieron en los montes Distercios canónigos regulares de San Agustín. Otros quieren que á los ermitaños hayan sucedido inmediatamente los hijos de San Benito. Lo cierto parece que antes de la ocultación de la Virgen hubo benedictinos en Valvanera. Si siguieron á los ermitaños ó á los canónigos regulares, no podemos decirlo á nuestros lectores por falta absoluta de datos.

Los benedictinos eran los más á propósito para custodiar el Santuario; la santa regla les prescribía el trabajo de manos; el servicio de la Iglesia era la principal ocupación de los monjes; es por lo tanto de presumir que

aquellos santos ermitaños, como terreno tan bien abonado, recibirían la santa regla del glorioso Patriarca de Occidente que tan á maravilla llenaba los fines que ellos perseguían.

Esto se hace más creíble si se considera la proximidad de San Millán de la Cogolla, en que consta, como afirman todos los historiadores de la orden, que se guardó ese santo instituto á poco de promulgarlo el inmortal Abad de Montecasino. Tan posible y hasta natural parece que se estableciesen los benedictinos en Valvanera, que, á pesar de no conservarse ningún testimonio que dé fe de ello, la orden de San Benito lo admite como una tradición, y nuestros más ilustres cronistas afirman que entre los monjes que acudieron á las exequias del fundador de la vida monástica en la Rioja, figuraban los del Valle de las Venas.

Con el establecimiento de los hijos de San Benito, llegó Valvanera al grado de esplendor y lustre que podía esperarse en aquellos siglos. Era solemnísimos y casi continuo el culto que tributaban á nuestra Madre. Con su trabajo roturaban el monte y desembrozaban las sendas, facilitando así á los peregrinos la visita al Santuario. Viñendo del oficio de Marta al de María, vivían dichosos bajo el amparo y protección de la Santísima Virgen, cuando la invasión agarena vino á turbar su santo retiro.

Destruída la monarquía goda, y dueños los feroces hijos de Mahoma de la mayor parte de la Península, no podían aquellos santos monjes perseverar por más tiempo en los montes Distercios, á menos de quedar expuestos á ser víctimas inocentes del fanatismo de aquellos bárbaros. Acordaron, pues, ocultar la santa Imagen y ponerse á salvo de la persecución musulmana.

La tradición supone que huyó con ella, y la escondió en el hueco de un frondoso roble, un piadoso ermitaño, conocido con el nombre de Arturo, el que sería indudablemente monje bien probado, á quien los superiores autorizarían para vivir en el yermo, separado de sus hermanos, costumbre muy en boga en la orden benedictina desde su fundación.

De esta tradición se infiere que el lugar originario de Valvanera, no estuvo en el lugar que al presente ocupa el Monasterio; porque no es creible que hubiese junto al Santuario robles tan corpulentos, ni, aunque los hubiese, eran lugar seguro contra los ultrajes y escarnios de los infieles. Lo más probable es, que Arturo, ayudado de otros ermitaños, y por encargo expreso de la Comunidad, se internaría en el Valle, con la santa Imagen y las reliquias que guardaban los Padres en su Iglesia, hasta donde ahora está enclavado el Santuario; y allí, en corpulento y frondoso roble, depositaría el precioso Tesoro.

También es probable que quedarían algunos en las cavernas de los montes para honrar del modo posible á la Reina de los Cielos; pero la historia no nos dice una palabra de esos santos varones. Lo cierto es, que con el tiempo decayó mucho el culto, y hasta casi se llegó á olvidar el nombre de Valvanera. Sólo el murmullo de los arroyos y el canto triste y monótono del buho se oían en los montes Distercios, hasta que la divina Providencia, compadecida de nuestras miserias, se dignó revelar el Augusto Simulacro de Nuestra Señora.



CAPÍTULO IV.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE NUÑO. — LE REVELA EL
CIELO EL LUGAR DONDE ESTABA OCULTA LA SANTA IMAGEN.
MILAGRÓSA INVENCION DE NUESTRA SEÑORA
DE VALVANERA.

Dios aprieta, pero nunca ahoga. Se hunde la monarquía goda en las cristalinas ondas del Guadalete; los cristianos, no pudiendo resistir á la muchedumbre é impetuosidad de los sarracenos, huyen despavoridos á los montes; el estandarte de Mahoma tremola sobre las torres de los Templos cristianos, y los valientes generales berberiscos pasan sus banderas victoriosas del uno al otro extremo de la Península: todo parece definitivamente perdido. El temor y el espanto se apoderan de todos los corazones; ayes lastimeros, suspiros desgarradores se oyen por todas partes; el pueblo cristiano se cree en la dura y triste necesidad de someterse al ominoso yugo del vencedor, y quedar para siempre sepultado entre aquellas oleadas de cieno y lodo. Pero entonces brilla esplendoroso, como nunca, el Dedo de la Divina Providencia.

En la abrupta cueva del Auseva, en Covadonga, un puñado de valientes, al mando del invicto y esforzado Pelayo, derrota y obliga á retroceder á los orgullosos hijos del Islám.

Corre la noticia del triunfo con la velocidad del rayo por toda la montaña; la esperanza renace en los corazones; los aturdidos godos acuden á alistarse en las banderas del esforzado caudillo que lucha por la libertad de su Patria; y ya Pelayo, con su aguerrido y valiente ejército, logra infundir respeto al agareno, ofreciendo á los cristianos un lugar seguro en el diminuto reino de Asturias. Agradecido el piadoso monarca al Cielo, á cuya visible

protección, más aún que al arrojó de sus tropas, debe las muchas victorias que alcanza de los infieles; restaura los Templos arruinados y levanta otros de nuevo; en especial el culto de la Santísima Virgen le merece todos sus cuidados. En el mismo Covadonga, cuna veneranda de la nacionalidad española, edificó una pequeña Iglesia en honor de María, que constituyó siempre la primera etapa de la reconquista.

Imitadores de la piedad y valor de Pelayo, no cesan sus descendientes de extender los límites del reino cristiano, llevando sus armas victoriosas hasta el centro de la Península.

Libre ya el Norte del poder agareno, vuelven á resonar los cánticos sagrados en las bóvedas de los Templos profanados por los infieles. Las preciosas Imágenes de Nuestra Madre ocultas en tiempo de la persecución, reciben de nuevo las fervorosas y entusiastas súplicas de los fieles en sus gloriosos y antiguos tronos.

La de Valvanera, como los montes Distercios, formaban una excelente posición estratégica para ambos ejércitos, estuvo bastante tiempo oculta, aunque, como diremos adelante, no podemos determinar los años.

Pero también amanecían días claros para la Rioja; el Cielo había escuchado sus clamores; y la Reina de nuestras montañas, quería de nuevo extender su mano para bendecir al pueblo riojano. He aquí el modo milagroso como quiso manifestarse á nuestros antepasados.

Vivía en la villa de Montenegro, (1) su pueblo natal, un hombre llamado Nuño Oñez; era hijo de padres cristianos y bien acomodados, los que procuraron educarlo en el santo temor de Dios y religiosas costumbres. No correspondió Nuño á los cuidados y desvelos de sus cristianos padres; antes por el contrario, esclavo de sus pasiones y sin otro norte que sus desarreglados apetitos, determinó abandonar la casa paterna, para poder entregarse con más libertad á los desórdenes de una vida criminal y licenciosa.

(1) Pertenece á la provincia de Soria y dista unas cuatro leguas de Valvanera.

Mal avenido con el trabajo, como todo hombre vicioso, ideó el medio único de satisfacer sus caprichos.... el del robo y el pillaje. Y salió tan aventajado, y por otra parte tan audaz, que llegó á ser el espanto de toda la comarca. Día y noche pasaba en los montes y selvas acechando ocasión oportuna para realizar sus perversos designios.

Acaeció, pues, que un sencillez labrador marchaba un día con su magnífica yunta de bueyes á sembrar una heredad cercana. Nuño, escondido en un espeso matorral, seguía con ojo vigilante al labriego desde la altura, revolviendo en su corazón, con natural complacencia, lo fácil que le sería apoderarse de los bueyes y hasta asesinar al humilde hijo del trabajo, si éste intentaba oponerle resistencia.

Llega el labrador á su heredad, y Nuño se oculta en una espesura contigua. Ya desenvaina el cuchillo homicida, separa las zarzas que le estorban el paso, quiere abalanzarse sobre la indefensa presa con la velocidad de un rayo cuando he aquí que el venerable anciano, hincando reverente su rodilla en tierra, y, con los ojos levantados á lo alto, ofrece al Señor *que alimenta á toda carne*, el sudor de su trabajo, suplicándole que multiplique aquellos granos para sustento de su familia.

Atónito quedó Nuño á vista de semejante espectáculo.

Cae el puñal de sus manos; ideas terroríficas, siniestros fantasmas agitan su mente. ¡Quizá la desesperación quiere precipitarlo en algún abismo, dando así trágico fin, con una muerte desgraciada á aquella vida consagrada al crimen y al vicio! ¡Pero un rayo celestial consuela á aquél corazón vacilante!

Recuerda la educación cristiana que le dieron sus padres, levanta la vista al Cielo... y ese Cielo le dice que Dios hace salir el sol para justos y pecadores, y que se extiende *de fin á fin* su misericordia.

Corre, pues, á los pies del labrador, y todo bañado en lágrimas, le pide perdón del horrible crimen que maquinaba contra su persona. Como fuera de sí, viendo á sus pies al célebre facineroso, quiere huir el venerable anciano; Nuño protesta de su arrepentimiento, se revuelve

en la tierra pidiéndole una y mil veces con sollozos y gemidos le perdone su culpa. Comprendiendo el labrador, que aquellos suspiros no podían proceder sino de un corazón arrepentido y embargado por el dolor, le perdona misericordiosamente y le excita con afables y blandas palabras, al dolor de sus pecados. Dale Nuño rendidas gracias y despídese cortesmente, no sin antes rogarle, con mucho encarecimiento, que se dignase encomendarle al Señor en sus fervorosas oraciones.

Sin otro pensamiento que su escandalosa vida, ni más deseos que el de satisfacer lo antes posible á la Divina justicia con rigurosas penitencias, anda Nuño errante por los montes Distercios en busca de una lóbrega cueva en que sepultarse. Guiado por la casualidad ó por la inspiración del Cielo, dió con una muy á propósito para cumplir sus ardientes deseos. Está situada como media legua Sur de Anguiano, sobre la margen izquierda del Najerilla, y es conocida con el nombre de Trónvalos (trium Vallium), por dar cara á tres amenos y pintorescos valles. Es honda y oscura; vista desde la carretera parece un horrible despeñadero. No asustó, sin embargo, á Nuño; en ella determinó pasar todos los días de su vida, ejercitándose en la más rigurosa penitencia.

Como necesitaba salir de cuando en cuando á los pueblos comarcanos para proveerse del sustento necesario, labró en la misma roca dos escaleras que le facilitasen la entrada y la salida.

Cuenta la historia, que Nuño había dejado un hijo en Montenegro, y, considerando los peligros que correría en su juventud sin el freno de la autoridad paterna, determinó traerlo consigo para instruirle de palabra, y mucho más con el ejemplo, en los deberes de la vida cristiana.

Tenía que servirle de gran consuelo al austero anacoreta la presencia de su único hijo, y no menor se lo producía la gracia y diligencia con que procuraba proveerle de todo lo necesario; pues mientras él conversaba con Dios, arrebatado en altísima contemplación, salía el niño á los pueblos á recoger las limosnas con que ambos se sustentaban.

Luego le privó Dios de ese consuelo y satisfacción; no quería el Señor que estuviese dividido el corazón del que El había elegido para instrumento de sus maravillas.

Venía un día el niño, como de costumbre, de recorrer los pueblos, y al entrar en la cueva resbaló en la escalera con tan mala suerte, que dió consigo en el Najerilla, quedando muerto en el acto, de resultas de los tremendos golpes que recibió, rodando por el peñasco. Notó Nuño la falta de su hijo, buscólo con diligencia, encontrando al fin el cuerpo, todo magullado, al pie de la dura peña. Atormentó grandemente al padre la desgraciada y prematura muerte del inocente niño, obligándole á exhalar hondos suspiros, y convirtiendo sus ojos en dos fuentes de lágrimas; mas entendiendo que era voluntad y disposición del Cielo, se resignó, adorando humildemente los altos designios de Dios que todo lo ordena á nuestro mayor bien y provecho. Reprimió, pues, las lágrimas, dió honrada sepultura al hijo, y, penetrando de nuevo en la angosta cueva, se entregó tan de veras á la oración y ejercicios penitentes, que espantan las austeridades con que procuraba reducir á servidumbre su extenuado y débil cuerpo. Desligado con la muerte del hijo, de todo lo terreno, entregó por completo su corazón y su vida á Dios, hasta el punto de olvidarse del mismo sustento necesario para la vida.

Dios que ensalza á los humildes, quería que esa brillante antorcha *luciese* sobre el *celemín*.

Cuando Nuño se creía olvidado de todos los hombres, notó con admiración y extrañeza que sus admirables virtudes y extraordinarias penitencias, le habían hecho tan célebre en la comarca, como antes sus vicios y horrendos crímenes. Todos los días acudía al santo retiro del ermitaño una considerable multitud de fieles, ansiosos de escuchar la palabra y contemplar los raros ejemplos de virtud de aquel hombre del Cielo. La historia, empero, sólo nos ha conservado el nombre de Domingo, virtuoso y ejemplar sacerdote de Brieva, el cual, prendado de la santa vida y loables costumbres del penitente anacoreta, le rogó con muchas veras que le admitiese en su compañía. Accedió Nuño gustoso, á la petición de Domingo, pare-

ciéndole que sólo podía guiarle el espíritu de Dios, pues abandonaba todas las comodidades de su casa y pueblo, por vacar á la oración y al ayuno en aquel apartado retiro, y porque, siendo sacerdote, podía dirigir su conciencia é instruirle en las sagradas escrituras, que tantos y tan inefables consuelos proporeionan á las almas devotas.

Dice el P. Rubio, que ambos vivieron desde aquel día sirviéndose el uno al otro de ejemplares de virtud y penitencia.

Muchos años pasaron en Trónvalos los dos santos ermitaños; y seguramente que era su intento depositar allí sus huesos; pero el Cielo lo tenía dispuesto de otra manera.

Compadecido de tantos estragos, desolación y ruinas como había ocasionado á la Rioja la invasión agarena, levantó un poco la mano: y ya los nobles hijos de este país ocupaban de nuevo, tras larga y titánica lucha, los hogares de sus antepasados.

En todas partes se levantaban suntuosos Templos en que resonaban los himnos de alabanza al Dios de los ejércitos por las victorias sin cuento que concedía á su pueblo. ¿Había, pues, de continuar arruinado el Santuario de los riojanos y cameranos, y oculta la santa Imagen que constituía todos sus encantos, toda su esperanza? ¿Cayó sobre esta tierra la maldición que el Dios de Israel fulminó contra el templo de Jerusalén? No, ciertamente. Grandes fueron nuestros pecados, cuando el Señor quiso borrarlos con ese diluvio de calamidades; pero clamaba perdón la sangre de tantos héroes vertida en defensa de su fe y de su Patria; y multitud de santos anacoretas exhibaban en el retiro los pecados de su pueblo.

De esas almas privilegiadas eran los dos austeros penitentes de Trónvalos. Todos los días enviaban al Cielo fervientes súplicas y encendidos suspiros para que el Señor se apiadase de esta desgraciada región, que tanto tiempo hacía lloraba su triste horfandad. Fueron oídos sus gemidos. En una de las muchas revelaciones con que el Divino Espíritu recreaba á aquellas piadosas almas, fuéle revelado á Nuño el gran tesoro que ocultaba el Valle de las Venas, mandándole al mismo tiempo, que, con

toda prisa y diligencia, procurase descubrirlo á los afortunados habitantes de este país.

Así refiere esta revelación la historia antigua, que nosotros copiamos del P. Rubio:

«Habló interiormente un angel á Nuño y le dijo: «Deja estos riscos, sal de esta estrechura, y sube por lo áspero y oculto de los montes río arriba, hasta llegar al Valle que llaman de las Venas. En él, cerca de un peñasco, al Mediodía, hallarás un roble, que por la corpulencia de su tronco y ramas, excede á todos. De su raíz verás que nace una fuente cristalina, y en el hueco de su tronco hace enjambre un ejército de abejas, que con su labor ostenta mil panales de dulzura. Sobre él admirarás un hermoso simulacro de la Reina de los Cielos, tan parecido al original, tan prodigioso y tan bello, que juzgues ser el mismo; tan portentoso y afable, tan hermoso y resplandeciente, que con solo él se ilustran estas Sierras y exceden en riquezas á todo el mundo. La Divina Providencia quiere que se descubra este tesoro escondido, para refugio y socorro de esta tierra. No te detengas: parte á gozar de esta dicha y dar un día feliz á tus paisanos. Después se te dirá lo que resta, hasta que veas logrados todos los fines que Dios tiene en hacer tan singular favor á esta Comarca.»

Escuchó Nuño con atención la voz del angel, y, comunicando la visión á su compañero Domingo, ambos se apresuraron á cumplir el celestial mandato.

No reparan en las muchas dificultades que ofrece el camino; con el corazón encendido y el alma abrasada, se internan por aquellos bosques impenetrables, sin otra conversación que el anuncio del Cielo. Ocho días les costó salvar la corta distancia que separa á Trónvalos de Valvanera; pero estos no eran obstáculos para pechos tan valerosos como los de Nuño y Domingo.

A duras penas llegan á dominar el *Prado del Arbejal*, desde donde descubren un roble esbelto, que yergue su frondosa copa sobre todos los demás, y extiende sus vigorosas ramas por el espacio, ufano de cobijar en su seno á la Reina de las montes Distercios. Póstranse de rodillas, (comprendiendo que aquel roble era la señal del angel),

y con los ojos bañados en lágrimas, bendicen al Señor que los ha querido elegir por instrumentos de un tan singular prodigio.

No pueden contener el gozo, y el fervor no les consiente retardar por más tiempo el precioso hallazgo. Aceleran el paso, salvan la corta distancia que los separa del inapreciable Tesoro; y, ya á los pies del bendito roble, lo abrazan y lo besan entre sollozos y suspiros, arrebatados en transportes de la más pura alegría.

Era al caer la tarde, cuando los últimos resplandores del astro del día, luchaban con las tinieblas de la noche; las estrellas comenzaban á centellear en la bóveda celeste, y no creen conveniente descubrir entonces el celestial Tesoro. Postrados, pues, de hinojos, pasan toda la noche en oración, acusándola de tarda y perezosa porque retardaba el fin de sus deseos.

Al día siguiente, muy de mañana, cuando la aurora comenzaba á esparcir sus dorados cabellos, y las simples avecillas en dulce contento, alegraban el Valle con sus arpadas lenguas, se dirigen al roble, ahuyentan el enjambre, y registran el arbol venerando. Cuando llegaron á descubrir la santa Imagen, salió del hueco del roble un resplandor de luz, que los bañó en celestiales dulzuras. Nuño suplicó á Domingo que, como sacerdote, sacase él el Celestial Simulacro, y dice la historia que lo ejecutó sin trabajo alguno, para que entendiese «no era peso material, sino peso de gloria el de la santa Imagen.»

Colocaron al Sagrado Bulto sobre un hermoso, á la par que sencillo, dosel, formado con las mismas ramas del roble, adorándola reverentes en aquel rústico trono.

Dejamos á la consideración de nuestros lectores, los muchos pensamientos é infinidad de afectos que ocuparían el alma y abrasarían el corazón de aquellos santos y austeros penitentes. ¡Cuántas veces beberían de las cristalinas aguas de la fuente santa! ¡Cuántas gustarían los dulcísimos panales que ocultaban el Sagrado Bulto! Y sobre todo; ¡con qué amor y reverencia mirarían el rostro maternal de María! ¡Qué dulces coloquios, qué amorosas pláticas no tendrían con su Virgen adorada!

La historia nos dice, que pasaron todo aquél día en oración ante la santa Imagen, ponderando con cuantas expresiones les dictaba su piadoso corazón, el gran beneficio que Nuestro Señor había dispensado á la Rioja y Sierra de Cameros con el descubrimiento de María de Valvanera, y á ellos en haberlos elegido por ministros de tan trascendental suceso.

Por la tarde trasladaron la Imagen á una cueva próxima, formada en el peñasco donde hoy se encuentra la Ermita del Santo Cristo; y como el día anterior, toda la noche emplearon en alabanzas á Nuestro Señor y á su Santísima Madre.

En esta noche tuvo Nuño segunda revelación, que le mandaba registrar más detenidamente el roble. Hizo el santo ermitaño lo que el Cielo le ordenaba, encontrando en el prodigioso seno de ese bendito roble, una pequeña arca llena de reliquias. No atreviéndose á abrirla, la presentó á Domingo, quien, después de examinar su contenido, la depositó cerrada de nuevo, á los pies de María de Valvanera.

Tan inmóviles como el arca, quedaron Nuño y Domingo á los pies de su amantísima Madre, no cansándose de admirar las infinitas perfecciones de su Divino rostro; pero su corazón ardía en deseos de honrarla y extender su culto. Concibieron, pues, la grandiosa idea de edificarle un trono, digno de su soberana grandeza, y como veremos en el capítulo siguiente, llevaron á cabo su feliz pensamiento.

Antes, es necesario que hagamos algunas observaciones sobre el presente, y respondamos á ciertas preguntas, que seguramente habrán asomado á los labios de nuestros lectores.

Los que conserven ejemplares de la historia del Padre Rubio, notarán alguna diferencia entre la relación de dicho Padre y la nuestra. Así, v. g., hablando de la relación en que el Cielo descubrió á Nuño el lugar donde estaba oculta la santa Imagen, dice el P. Rubio, que Domingo se encontraba recorriendo los pueblos, como tenía de costumbre, para recoger las limosnas de los fieles; y que Nuño, sin dar aviso á su compañero, partió á poner en eje-

cución el mandato del Angel. De vuelta á Trónvalos, notó Domingo la falta de Nuño, y todo pesaroso se echó á buscarle por montes y barrancos, hasta que al fin, siguiendo las huellas del animoso compañero, logró alcanzarlo en el Prado del Arbejal. Allí mediaron entre ambos amorosas quejas y justas excusas, como refiere el sobredicho Padre. A nosotros nos parece mucho más natural la relación que apuntamos arriba, por cuya razón y por verla recibida de los mejores historiadores de Valvanera, la hemos preferido á la del P. Rubio.

Es este, sin embargo, un detalle que en nada afecta á la sustancia del hecho. Otras diferencias más notables nos separan del citado Padre, como, seguramente, habrán también observado nuestros lectores.

¿En qué época se ocultó la santa Imagen? ¿Cuánto tiempo estuvo oculta? ¿En qué año descubrieron Nuño y Domingo el Sagrado Bulto?

Según el P. Rubio, se ocultó el año 200, tuvo lugar el milagroso hallazgo el 300, y por consiguiente estuvo cien años oculta en el hueco del roble. El P. Antonio de Yepes afirma que fué la aparición en los tiempos de la reconquista, y la ocultación en la invasión agarena. Nosotros hemos aceptado la segunda opinión; y, aunque sea muy sucintamente, debemos decir el por qué de esa determinación.

Ambos autores sostienen que el motivo y causa de esconder la santa Imagen, fué sin duda, algún acontecimiento que tomase el carácter de persecución religiosa; pero mientras el primero atribuye el suceso á las persecuciones que promovieron los judíos contra la Iglesia en los primeros siglos del cristianismo, el segundo, como hemos dicho, supone que ocurrió en la invasión de los moros. La razón y la mayor parte de los historiadores que nosotros hemos leído, confirman la opinión de Yepes.

Es cierto que la Iglesia de Dios ha tenido que sufrir, en el transcurso de los siglos, horribles y crueles persecuciones; pero hasta los Iconoclastas, ninguna, que sepamos, revistió carácter especial contra el culto de las imágenes: en cambio, de los musulmanes todos los historiadores están contestes en afirmar, que era tal el odio que

profesaban á la religión cristiana, que cifraban toda su gloria en reducir á pavesas sus templos y formar inmensas hogueras con las imágenes de sus santos, esparciendo después al viento sus cenizas.

Por otra parte: los nombres de Nuño y Domingo y sobre todo el apellido Onez que lleva el primero, contradicen también á los defensores de la opinión contraria. Porque esos nombres no suenan en la historia patria hasta después de la reconquista, y los apellidos derivados del nombre del padre, como el de Onez, se comenzaron á usar en Castilla.

Aunque estamos convencidos de que tanto la ocultación como el descubrimiento tuvieron lugar en la invasión agarena y en los tiempos de la reconquista, respectivamente, no podemos, sin embargo, fijar el año en que ambas se realizaron, ni por consiguiente, decir á nuestros lectores cuánto tiempo estuvo oculta la santa Imagen. Sólo guiados por conjeturas, más ó menos probables, podríamos señalar los años de 714 y 814, poco más ó menos, para ambos acontecimientos; elevando, por consiguiente, á cien los que estuvo oculta Nuestra Reina en el hueco del misterioso roble. Este lapso de años sería ciertamente muy corto, en tiempos normales, para que en él se llegase á olvidar el nombre de Valvanera y el lugar en que se ocultó la Santísima Virgen; pero no en aquella triste época, sin ejemplo en la historia por lo desgraciada y luctuosa.



CAPÍTULO V.

FERVOROSO CULTO QUE RECIBIÓ NUESTRA SEÑORA
DESPUÉS DE SU MILAGROSA INVENCIÓN. — PRINCIPIOS DEL
SANTUARIO. — OTROS SUCESOS
HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LOS BENEDICTINOS.

Oficiosos, dice el P. Rubio, que quedaron Nuño y Domingo en la veneración de la santa Imagen, procurando disponerle un trono y Oratorio con la mayor decencia que pudieron. Este Oratorio, que hoy ocupa la Ermita del Santo Cristo, fué el primitivo Santuario de Valvanera en su segunda época.

Colocaron la santa Imagen en una peana que formaba la misma roca, y con el gusto y decencia que les sugería su piadoso corazón, arreglaron un altarcito en el que Domingo ofrecía el Santo Sacrificio de la Misa. Para poder gozar de la presencia, y acudir con mayor presteza al culto de María, fabricaron en la misma piedra y en el interior de la cueva, dos pequeñas celdas, en que pasaban los días y las noches, desprovistos de todo humano consorcio, y faltos hasta de lo más indispensable para el sustento corporal; pero alegres y contentos con la posesión de tan precioso Tesoro.

Podían suponer Nuño y Domingo que muy presto sería turbado su santo retiro por la afluencia de romeros que de todas partes acudirían á reverenciar á María de Valvanera, é implorar su misericordia. ¡Cuántas almas estarían esperando el dichoso acontecimiento con ansias vehementes de su corazón!

El castigo hizo fijar todas las miradas en la Santísima Virgen: en todas partes se la invocaba con fervor; en todas recordaban con placer sus antiguas misericordias; era ya universal la tradición; de boca en boca corrían las mercedes que María de Valvanera dispensó á nuestros ante-

pasados: la aparición, pues, de la Imagen era el recuerdo y confirmación de un pasado glorioso y el principio de una nueva era de venturas sin cuento. Todos los corazones riojanos tenían que latir al unísono, todas las lenguas pronunciaban con entusiasmo el nombre de Valvanera, y despreciando incomodidades y fatigas, todos debían trepar por aquellas escabrosas sierras á postrarse ante la Virgen de sus encantos, y á interrumpir con vítores atroadores el eterno silencio del Valle de las Venas.

Coloma, hermana de Nuño, tuvo la dicha de ser la primera que veneró el celestial Simulacro.

Vivía esta santa mujer, según unos, en los montes Distercios, reclusa en alguna angosta cueva, á ejemplo de su santo hermano. Otros quieren que viniese desde Montenegro, su pueblo natal. Esto no hace mucho al caso.

Lo cierto es que llegó muy pronto á su noticia el singular favor que el Cielo había dispensado á Nuño, y, ardiendo en deseos de contemplar las maravillas que le habían contado, salió de su casa, camino de Valvanera. Separando maleza y venciendo otras mil dificultades, consiguió dominar la altura; y, ya se aproximaba al término de sus deseos, cuando, al querer vadear el barranco que llaman del Bañadero, comenzó á sentir un fuerte dolor de ojos, que la obligó á postrarse en tierra.

La noche, extendiendo su denso y oscuro manto, venía con pasos agigantados á dar la última mano á ese cuadro de tristeza y desolación. Una piadosa mujer rodeada de las sombras de la noche, en medio de un horrible desierto, para ella desconocido, privada hasta de la luz de los ojos que la había guiado por aquellas gargantas y desfiladeros, ¿qué había de hacer ahora sola y abandonada como se veía? Toda deshecha en lágrimas comenzó á exhalar sentidos ayes y lastimeros gemidos, señales evidentes del grande y profundo dolor que embargaba su alma.

Por fortuna se encontraba Domingo fuera de la cueva, y pudo oír los lamentos de Coloma. Aunque receloso no fuese alguna treta y lazo del enemigo, pues la voz parecía de mujer, corrió Domingo al lugar del suceso, atento sólo á los impulsos de su tierno y compasivo corazón, que no le consentía dejar abandonada en lugar tan desierto y de-

sapacible una alma que se veía privada de todo humano auxilio.

Llegado al Bañadero, preguntó á Coloma quién era y qué motivos la habían traído á tan apartada soledad. Ella, pareciéndole que tenía en su presencia algún angel del Cielo, le suplicó reverente que se apiadase de su desgracia, y que, alargándole la mano, la condujese á un lugar seguro y resguardado, pues estaba ciega y no podía moverse por su pie. Convencido Domingo de la verdad del caso, pasó el barranco, levantó á la desgraciada mujer y guióla hasta el pequeño Templo de María. Durante el camino, contóle Coloma cómo era hermana de Nuño; y que, oyendo la gran merced que el Cielo había dispensado á su hermano, determinó visitar la santa Imagen y ofrecerse por su esclava para cantar sus glorias juntamente con Nuño, su santo hermano. Procuró Domingo consolarla, inspirándola confianza en el poder y misericordia de María de Valvanera, que para consuelo y amparo de esta comarca se había dignado manifestarse, poco tiempo hacía, en el hueco de un corpulento roble.

En esas pláticas llegaron al Oratorio, donde Nuño reconoció á su hermana. Postráronse los tres á los pies de la Santa Virgen, suplicándola con ferviente oración, que restituyese la vista á aquella infeliz, que la había perdido con ocasión de venir á honrarla en su mismo trono. Coloma, como más necesitada, pedía con más fervor, llegando á prometer su vida á la Virgen Santísima, si le alcanzaba que sus ojos volviesen de nuevo á ver la luz del sol.

Mientras se abrasaba el corazón de esta piadosa mujer en esos encendidos deseos, notaron Nuño y Domingo, que del rostro de la santa Imagen se desprendía un resplandor lucidísimo que llegaba hasta los ojos de la ciega. Pronto se convencieron de que aquel era el primer milagro con que la Santísima Virgen quería glorificarse ante su pueblo en la segunda aparición; porque Coloma, toda alborozada y como fuera de sí, prorrumpió en gritos de alabanza y acción de gracias. «¡Oh belleza de los Cielos! exclamó. ¿Quién, si no Vos, puede apiadarse de los pobres afligidos, y socorrerlos en sus necesidades? ¿Quién, si no Vos, dar vista á quien no la merece para veros? Bendita

y alabada seais, Princesa del Cielo, de todos sus moradores, ya que como indigna pecadora no puedo bendeciros y alabaros como vuestra misericordia merece.

No eran menos fervientes y rendidas las gracias que Nuño y Domingo tributaron á Nuestra Señora. ¡Qué de afectos, qué de suspiros no exhalaría su tierno y compasivo corazón á vista de tan manifiesto y sorprendente milagro! Revolvían en su mente todas las circunstancias de la prodigiosa invención; bendecía con gozo aquellas gotas de sudor que en gran cantidad corrían de sus curtidos rostros, cuando en cumplimiento del mandato del angel, trepaban por los horribles despeñaderos de la montaña y aquellas austeras penitencias que aplacaron la ira de Dios, y merecieron tan gran recompensa como la milagrosa aparición de Nuestra Señora, que ya comenzaba á mirar con ojos de Madre á su pueblo. Poco les duró, sin embargo, esa alegría.

El Señor, que arrebató á Nuño su único hijo, para que despegado de todo lo terreno, se entregase por completo á la oración, quiso también privarle del consuelo que le proporcionaba la compañía de su santa hermana. Aquella misma noche se apoderó de Coloma una ardiente calentura, que puso término en pocas horas á su preciosa existencia. Diéronla honrada sepultura los santos ermitaños, depositando el cadáver en la Ermita del Santo Cristo, á los pies de la Santísima Virgen.

La desgracia acaecida á Coloma parece que infundió temor á las mujeres, y que ya estas recelaban visitar el Santuario. No obstante, andando el tiempo, creemos que perdieron el temor, y que acudían á visitar la santa Imagen y entraban en el Templo lo mismo que los hombres. Según afirma la tradición y varios historiadores, se llegó á prohibirles la entrada en un concilio celebrado en Valvanera el año 1000, según el P. Rubio. A lo que se cree, dió origen á esta prohibición el escandaloso sacrilegio cometido en la Iglesia por dos jóvenes desposados, que hizo volver el rostro al Niño, y tomar la violenta posición que aún conserva. Asistieron al concilio los Obispos de Pamplona, Alava y Calahorra, D. Sancho, D. García y D. Gomesano, juntamente con Domingo, Abad del Monas-

terio. Más tarde confirmó la prohibición el Rey D. Alfonso el VI de Castilla, según parece desprenderse de uno de los muchos privilegios que otorgó al Santuario, en el que dice: «Mando, que como se estableció en el día de la consagración de dicha Iglesia.... ninguna mujer ose entrar en este término (de Valvanera)». Hacían, pues, oración las mujeres desde las Cruces-Blancas, colocadas en todos los caminos, al dar vista al Santuario; y desde allí se volvían á sus casas. Afirma el P. Rubio, que, deseando vivir en estas cumbres dos señoras de Segovia para poder visitar con frecuencia á la Santísima Virgen desde la cruz del camino de abajo, hoy carretera, edificaron en 1090 el Hospital de Anguiano, donde también recibían y agasajaban á las demás mujeres. La Iglesia se mostró algo más indulgente, consintiéndolas después la entrada, con tal que no morasen en el término del Monasterio, por más de nueve días; y cuentan que murieron algunas que osaron exceder ese número. En la actualidad entran y viven lo mismo que los hombres.

Si la muerte de Coloma retrajo á algunas personas de Valvanera, como decíamos, en cambio el portentoso milagro que en su persona obró la Santísima Virgen, restituyéndole la vista, divulgando de uno al otro extremo de la provincia, vino á aumentar el entusiasmo que despertó la prodigiosa invención.

Ese milagro era para todos los riojanos el eslabón que unía la larga cadena de beneficios que nuestra Madre dispensó á esta comarca en siglos pasados, con los que de nuevo quería honrarse como especial Patrona y protectora de la Rioja y Sierra de Cameros. Ese milagro significaba que María de Valvanera, compadecida de la triste horfandad en que lloraban sus hijos, quería de nuevo sentarse sobre las crestas de los montes Distercios, para bendecir y colmar de favores á su pueblo elegido.

Corrían, pues, en confuso tropel todos los fieles de la provincia á exponer sus necesidades ante el celestial Simulacro que veneraron sus padres; hurras atronadores y vivas entusiastas resonaban sin cesar en los montes Distercios. Muchos de esos romeros no podían separarse de estas montañas; puestos de rodillas y con los ojos baña-

dos en lágrimas, pedían á Nuño y Domingo que se dignasen admitirlos en su santa compañía. Rehusaban ellos al principio, pareciéndoles que esto turbaría el santo retiro en que tan inefables consuelos encontraban sus almas; pero, al fin, tuvieron que acceder á los vehementes y justos deseos de los piadosos y devotos romeros.

Era esto providencia de Dios Nuestro Señor, para que renaciese la vida eremética en los montes Distercios.

Aquellas lóbregas y espantosas cavernas, desiertas tanto tiempo hacía, volvieron á escuchar las purísimas oraciones de almas enteramente consagradas á Dios. A ciento hacen subir los historiadores el número de anacoretas que servían á la Santísima Virgen en esas cuevas, siendo su vida tan penitente y mortificada como la de los ermitaños de los primeros siglos. Se alimentaban de las yerbas del monte; los ayunos eran continuos y su morada tan fría y desapacible, que aun hoy horroriza la sola vista de esas cavernas. Entre ellos había muchos sacerdotes, los que todos los días acudían al Oratorio para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Los seglares sólo se reunían los domingos y días festivos, en que recibían los Santos Sacramentos y oían la explicación del Evangelio y Doctrina Cristiana, volviendo después á su acostumbrado retiro, para engolfarse en la contemplación de las cosas divinas.

No era solo el oficio de María la ocupación ordinaria de los ermitaños; su deseo de honrar á la Santísima Virgen y de obsequiar á los numerosos peregrinos que todos los días acudían á visitar el Santuario, les obligaba á hermanar la solicitud de Marta con una sublime contemplación.

Abrían sendas por aquellos bosques impenetrables, y roturaban las proximidades del Oratorio, facilitando así á los romeros sus visitas á Valvanera. Pero aún era esto poco. La Reina de nuestras montañas exigía un Templo digno de su grandeza; por otra parte, la vida de los anacoretas sería imposible para hombres que no fuesen del temple de los actuales ermitaños.

Comprendiendo todo esto Domingo, expuso á sus compañeros la urgente necesidad de hacer frente á esos in-

convenientes. Todos ellos aprobaron la feliz idea de su maestro, y, diciendo y haciendo, ayudados de otros muchos fieles, comenzaron y dieron feliz término á una buena Capilla, en el lugar que hoy ocupa la Ermita del Santo Cristo. Ensacharon las habitaciones, ó mejor tugurios, que los defendían del frío é inclemencias del aire, formando un modesto, pero decente albergue. El Templo juzgaron, con buen acuerdo, que debía estar emplazado en el lugar mismo en que apareció la santa Imagen; desmontaron, pues, el terreno y quitaron la maleza que lo cubría, y con los escasos recursos de que disponían, fabricaron una Iglesia bastante capaz para contener á los romeros que de todas partes acudían á postarse á los pies de María de Valvanera, adonde trasladaron la santa Imagen, colocándola en el hueco del misterioso roble. Contigua á la Iglesia construyeron la hospedería para descanso y solaz de los romeros. También encauzaron la Fuente Santa por medio del Templo, dándola salida por la parte del Sur, á fin de que los fieles pudiesen satisfacer su devoción, pues eran ya muchos los milagros obrados por las aguas que brotan en el tronco del santo roble. Según afirma la tradición, de la madera de ese roble formaron un devoto Crucifijo, que colocaron en la Capilla donde recibió Nuestra Madre los primeros cultos; y de ahí el nombre de Ermita del Santo Cristo con que es conocida en la historia de Valvanera.

Veía Nuño, con inexplicable consuelo de su corazón, el incremento que iba tomando su amado Santuario, y el fervor y entusiasmo con que de todas partes acudían á Valvanera, atraídos por los continuos milagros de María y la santidad y afable trato de los ermitaños; pero aún le punzaba agudamente la memoria de los crímenes y escándalos de la vida pasada. Aquellas modestas habitaciones que acababan de construir, parecieronle mucho regalo para un tan pecador como él. Determinó, pues, abandonar aquella santa compañía y sepultarse en alguna horrorosa cueva en que poder despedazar á mansalva su cuerpo ya bastante estenuado por las duras penitencias de Trónvalos y Valvanera.

Sin comunicar á nadie su animosa resolución, marchó río arriba, hasta encontrar la Cueva de los Alambres, (así llamada por contener minas de ese metal). Es de lo más triste y espantoso que puede verse en la montaña. No le toca el sol en todo el año, y parece imposible que hombre alguno pudiese vivir en aquella estrechura, que por otra parte, es manantial perenne de agua frigidísima. No arredraron, sin embargo, estas dificultades á Nuño. En ella quiso consagrar los últimos años de su vida al llanto y á la penitencia más austera. Fijo el pensamiento en la eterna recompensa, quiso aventajarse á los más célebres penitentes de la Tebayda. Entra, pues, en la Cueva de los Alambres: no da punto de reposo á su fatigado cuerpo; sus ojos son dos fuentes de lágrimas y tiene el corazón herido de dolor.

Cuando él más engolfado estaba en sus tétricos pensamientos, un mensajero celeste le anuncia el próximo y dichoso fin que le espera. Entonces, postrado de rodillas, con los ojos y las manos levantados al Cielo, exhala su último aliento, que es un encendido acto de amor de Dios.

Sintieron mucho los ermitaños la partida y ausencia de tan gran Padre, como Nuño; y anduvieron buscándolo por todo el contorno, no pudiendo dar con su paradero, á pesar de todas las diligencias.

Una visión que tuvo Domingo vino á sacarlos de esas angustias y perplejidades. Revelóle el Señor el glorioso tránsito de su antiguo y fiel compañero, y, comunicando la noticia á los otros ermitaños, todos se dieron á buscarlo, en la seguridad de que no consentiría el Cielo que quedasen privados para siempre del santo cuerpo. Así fué, en efecto.

Uno de ellos advirtió que salían brillantes luces y fulgentes resplandores de la Cueva de los Alambres; avisó á sus compañeros, los cuales viendo en la velación del afortunado ermitaño un indicio manifiesto de que Nuño había volado al Cielo desde aquella estrechura, se apresuraron todos á rendir el último homenaje á su antiguo Maestro.

Demostró la experiencia que eran fundadas y verdaderas sus sospechas, porque entrando en la cueva, encon-

traron el santo cuerpo en actitud reverente, arrodillado en tierra, con los brazos y ojos levantados á lo alto y el rostro todo encendido. Semejante actitud y el suave olor que despedía el difunto, convencieron á todos, y especialmente á Domingo, de que su dichosa alma se encontraba en las eternas mansiones de la Gloria, gozando de la clara unión de Dios. Acordaron, por lo tanto, darle honrada sepultura, cual demandaban su santidad y el haber sido el instrumento de que se valió la Divina Providencia para descubrir á la Rioja y á la Sierra de Cameros el gran tesoro que ocultaba el corpulento roble del Valle de las Venas.

En respetuosa é imponente procesión conducían el cadaver para depositarlo á los pies de la Santísima Virgen, junto al sepulcro de su hermana Coloma, y cuenta la historia que, al querer pasar el río, las campanas del Monasterio, sin que nadie las moviese, quisieron celebrar las honras fúnebres del fundador de Valvanera, pero con un himno de gloria cual convenía á la muerte del justo.

Poco sobrevivió Domingo á su amado compañero, siendo tan feliz y dichosa su muerte como la de Nuño. Juntos quisieron los ermitaños que descansasen en muerte, pues tan unidos vivieron durante su vida. Abrieron un pequeño y humilde sepulcro en la dura roca, junto á los de Nuño y Coloma, y en él depositaron á su querido Maestro. En ese pequeño recinto, descansaron, pues, los fundadores de Valvanera. El olor de su santidad embalsama los montes Distercios, y su augusta sombra ilustra estos vetustos muros.

Andando el tiempo, se trasladaron los santos cuerpos á uno de los paños del claustro, por cuya razón es conocido con el nombre de Claustro Santo. En él permanecerán seguramente hasta que la trompeta del Angel venga á vivificar sus cenizas y juntar sus huesos dispersos para que, juntamente con sus almas, gocen del eterno premio que merecieron sus rigurosas penitencias.

Golpe terrible fué para los ermitaños la muerte de sus Padres y Directores; mucho más habiendo acaecido, como hemos dicho, en un lapso tan corto de tiempo. Según afirma la tradición, Domingo hacía entre ellos las veces de

Superior; tenían, por lo tanto, que elegir otro que llenase el gran vacío que dejaba ese exclarecido Maestro de la vida espiritual. Perplejos andarían en la elección; pues, aunque no faltaban entre ellos sujetos de relevantes prendas, las de Domingo eran tan especiales, tan grande el lustre y autoridad que le dieron los sucesos de la milagrosa invención de la santa Imagen, que era punto menos que imposible el sustituirle dignamente. Ignoramos el nombre del sucesor de Domingo. Afirman autores tan respetables como Garibay, que hubo hasta seis ermitaños que rigieron á todos los demás que poblaron los montes Distercios con el título de Superior; pero no pueden aducir ningún testimonio que lo confirme. En la misma oscuridad nos encontramos respecto á la regla ó forma de vida que guardaban esos penitentes anacoretas. Quieren algunos que volviese á renacer el Instituto de San Antonio, importado al Valle de las Venas por San Atanasio, y guardado religiosamente por los ermitaños que honraron á Nuestra Señora en los primeros siglos; hasta llegan á afirmar otros que, antes de los benedictinos, ocuparon el Santuario de Valvanera los canónigos regulares de la Orden de San Agustín. Nosotros carecemos de datos para dirimir la contienda, pero creemos mucho más probable que se rigiesen por constituciones establecidas por ellos mismos, hasta que recibieron la regla de nuestro R. P. San Benito.

Hemos corrido, amado lector, la parte más oscura y enojosa de nuestra historia. Hasta aquí parece que andábamos por entre densas nubes ladeándonos de una á otra parte y como tanteando el terreno á ver si descubríamos un rayo de luz que nos guiase por ese intrincado laberinto en que se encuentran todas las historias antiguas. Y no decimos esto porque dudemos de alguna de las verdades sentadas en artículos anteriores, no. Nosotros estamos convencidos de que la Virgen de Valvanera cuenta una antigüedad tan respetable como le atribuye la tradición; estamos convencidos de todo cuanto hemos dado como cierto en esta historia; pero á cada paso teníamos que lamentarnos de la falta de datos; á cada paso nos encontrábamos con autores, unos descreídos, otros eminentemen-

te religiosos, pero que sólo quierén admitir aquello que venga rodeado de la evidencia histórica, y encuentran fundados reparos en todas las tradiciones, aunque estas sean tan respetables como la de Valvanera. Y esto es muy triste para uno que quiere depurar los hechos y presentarlos al público en su realidad histórica, desnudos de toda exageración y cuento fabuloso. ¡Hartas dificultades lleva anejas el estudio de la antigüedad, sin que la diversidad de opiniones, ni la duda sistemática venga á embrollarlo más, y á hacer imposible su conocimiento!

En cambio, en lo que resta de este pequeño trabajo, podrá solazarse nuestro espíritu y discurrir sin contradicción alguna por un vasto campo de glorias enteramente comprobadas, y por nadie puestas en tela de juicio.

CAPÍTULO VI.

VUELVEN LOS HIJOS DE SAN BENITO Á VALVANERA.
ESPLENDOR Y LUSTRE QUE ALCANZÓ EL SANTUARIO. — VICISITUDES POR QUE HA PASADO HASTA LA ÉPOCA
DE LA INVASIÓN FRANCESA.

Ya hemos dicho en otro lugar que los hijos de San Benito eran los más á propósito para honrar y servir á Nuestra Señora la Santísima Virgen de Valvanera, en su excelso trono de los montes Distercios.

El coro y la biblioteca han constituido siempre el patrimonio de los benedictinos. Desde que el inmortal Patriarca de Occidente promulgó su inspirada regla en la cumbre de Monte Casino, son proverbiales la pompa y solemnidad con que se celebran las sagradas funciones en sus Monasterios: aun hoy día, á pesar de no encontrarse la Orden tan floreciente como en tiempos antiguos, es es-

ta una brillante aureola, que todos admiran en la cabeza de los hijos de San Benito. Bien conocidos son de todos, para que nos detengamos á referirlos, los profundos y concienzudos estudios de los Reverendos P. P. Benedictinos sobre la música religiosa, estudios que han arrancado entusiastas aplausos de labios de todas las eminencias músicas y hasta del Romano Pontífice.

Empero, el culto de María fué, por decirlo así, el objeto preferente de sus vigiliias y continuos desvelos.

A ellos debe la Iglesia de Jesucristo las principales festividades con que honra y conmemora los misterios de la Santísima Virgen y sus celestiales prerrogativas; á ellos esas tiernas é inspiradas oraciones con que la saludan todos los cristianos. La Concepción Inmaculada de María, su Natividad, Presentación, Expectación, Anunciación y Asunción á los Cielos, fueron establecidas y propagadas por los Benedictinos. La Salve, el Oficio del Sábado y el Oficio Parvo de cada día, nacieron en la Orden Benedictina, lo mismo que el Angelus ó las tres Ave Marías que se rezan al mediodía y á la salida y puesta del sol. Justo era, pues, que esos santos varones que tanto celo desplegaron por extender el culto de la Santísima Virgen, ocupasen sus principales Santuarios para que en ellos, postrados á sus plantas, cantasen noche y día sus loores.

En Valvanera no era solo la conveniencia la que reclama á los Benedictinos en la época que nos ocupa, sino también la justicia; aquí se habían santificado muchos de sus hermanos: aquí descansaban aun sus huesos: por lo tanto, debían los hijos de San Benito posesionarse del venerando Santuario, á título de herencia, tan pronto como las circunstancias políticas les consintiesen entablar todo el rigor de la regla, como exigía la historia de los montes Distercios. Y así fué, en efecto.

Garibay afirma que en el año 800 había Abad en Valvanera, y por consiguiente, una respetable Comunidad religiosa. El P. Yepes asegura que vió en el archivo del Monasterio una regla de San Benito, escrita en letra gótica y rubricada el año 996 «reinando Ordoño en León y Fernán González en Castilla». Sin embargo, fundándose en la historia latina antigua, niega que pudiese haber Abades

en el año que afirma Garibay. Hablando esa historia del Abad Juan Sánchez, dice que gobernaba la Casa en 1282 y que fué el 18.º en el número de los Abades; y al citado P. Yepes le pareció que, no habiendo más que diez y ocho Abades hasta el año 1282, no podía señalarse el primero hasta los de mil. Grande es la autoridad del sabio cronista general de nuestra Orden; con todo, fundados en esa misma regla latina, nos atrevemos á contradecirle.

Al Abad Juan Sánchez sucedieron D. Lupercio, D. Blas, D. Pedro, D. Martín, D. Rodrigo y D. Sancho, seis en número; y el año 1419, D. Domingo Castroviejo, autor de esa historia, pone estas palabras textuales traducidas al castellano: «A tantos padres sucedió en la Abadía el que esto escribe, D. Domingo Castroviejo, vigésimo quinto en el número de los Abades. Año 1419». De manera que, desde 1282 hasta 1419, ó sea en el espacio de 137 años, sólo hubo en Valvanera seis Abades. Divididos estos años entre seis, corresponden 23 de gobierno próximamente á cada Abad; y conforme á esta cuenta, pudo muy bien tener Abades el Monasterio en el de 867, porque, sin descontar el de 1419 en que ya gobernaba D. Domingo Castroviejo, sólo los 24 que habían muerto hasta esa fecha, á razón de 23 años de gobierno, suponen un lapso de tiempo de 552. Añádase á esto, que no es raro encontrar Abades en los anales de nuestra historia con 30 y más años de gobierno, y se comprenderá que se acerca más á la verdad Esteban de Garibay que el sapientísimo P. Yepes.

Nos convenceremos más aún de que los Benedictinos volvieron á Valvanera antes de lo que supone el P. Yepes, si consideramos que, según esa misma historia latina, hubo algún tiempo en que no tenía Abad Valvanera: «Nandum erat, dice, abbas aliquis creatus». ¿Sería entonces nuestro Monasterio filiación de alguna otra Abadía, San Millán por ejemplo? No tendría nada de particular que lo hubiesen repoblado monjes de este celeberrimo convento, y por consiguiente, que Valvanera reconociese cierta dependencia á San Millán, hasta que pudo formar una poderosa y rica Abadía.

Es también de notar que el catálogo de referencia no se encuentra en la historia de Juan Sánchez, sino en la

traducción de Castroviejo; y no sería extraño que este santo se dejase algunos Abades en el tintero, pues sabemos que se olvidó de otras cosas importantísimas que sucedieron durante su gobierno. El mismo P. Yepes notó que omitía cinco Abades, y al P. Rubio le parece que podrían añadirse otros siete.

A nuestro parecer se deduce, con harta claridad, de esa misma regla latina, que se posesionaron los Benedictinos de Valvanera antes de terminar el siglo noveno; no podemos, sin embargo, fijar el año en que se restauró la observancia regular.

Dueños los hijos de San Benito del venerando Santuario, rivalizaron con sus antepasados en celo y amor por la gloria y culto de María. No cabe duda que se excederían los ermitaños en honrar y cantar las alabanzas de Nuestra Madre; pero todos los autores convienen en que el esplendor y lustre que alcanzó Valvanera, data del establecimiento de los Benedictinos. Porque era tal el fervor, tal el entusiasmo que animaba á aquellos antiguos Padres por las cosas de Valvanera y la santa Imagen, tal también su afabilidad en obsequiar y servir á los peregrinos, que de todas partes acudía una considerable multitud de fieles, atraídos por los continuos milagros de María de Valvanera y la santidad que admiraban en sus fieles servidores. Profesaban á la Santísima Virgen casi el mismo respeto y veneración que al augustísimo Sacramento del altar; jamás se descubría la santa Imagen sin que todos, poseídos de un santo temor, descubriesen reverentes sus cabezas y se postrasen de hinojos ante el sagrado Simulacro; el culto era perpetuo y solemne; noche y día pasaban cantando sus loores y pidiéndola bendiciones para su pueblo; á todas horas venía á interrumpir el silencio del bosque la voz de la campana que llamaba á los monjes á coro; los cánticos é himnos de alabanza no cesaban de resonar en el Templo sagrado desde que el sol asomaba en el Oriente, hasta que cortaba sus brillantes rayos el empinado y escabroso Oeijo.

Y no era sólo la obligación de la regla; su ardiente celo les hacía multiplicar los actos de devoción en honra de su excelsa Patrona.

Todos los sábados, por especial privilegio, se cantaba la Misa propia de la Inmaculada Concepción, y todos los demás días del año la votiva de la Santísima Virgen. La Salve benedictina era indispensable cuando el astro del día, fatigado de su carrera pasaba á iluminar otros horizontes, y el aura suave del crepúsculo vespertino venía á tributar los primeros honores á María con sus blandos ecos en el campanario del Monasterio. Los días festivos, estas Misas y Salves se cantaban con diversidad de instrumentos, manejados por los mismos monjes, y aun en los más principales se invitaba á alguno de los Obispos comarcanos, para que con su presencia diese mayor realce y pompa á las funciones. Todo esto atraía tan numerosos concursos de peregrinos en los días festivos, especialmente en el de la Natividad de Nuestra Señora, que era el principal, que, según afirma el P. Rubio, «pasaban de millares de personas; y no alcanzando la casa, hospedería é Iglesia para alojarlos, se poblaba todo el campo de cuadrillas, que formaban un ejército vistoso ó un pueblo de Israel en Palestina, guiados por la columna y milagrosa piedra de María».

No bastaban los sagrados cánticos. Para atender á las necesidades del culto, era preciso construir un Templo esbelto y capaz y al mismo tiempo magníficas hospederías para descanso y solaz de los romeros. Este fué también uno de los principales cuidados de los Padres Benedictinos.

Nos consta por testimonios que se conservaban en el archivo cuando escribió su historia el P. Rubio, que en tiempo del Rey D. Sancho, hijo de D. García, se fabricó una hermosa y suntuosa Iglesia, que consagró el Obispo de Alava, con asistencia del mismo Rey y de muchos pueblos de la comarca, que celebraron gran fiesta. Posteriormente se amplió el mismo Templo, y lo consagró D. Rodrigo de Cascante, Obispo de Calahorra. Finalmente, en la época de Alfonso VI de Castilla, y á expensas de este magnánimo Rey, se construyó otro aún más suntuoso que los pasados, el que perseveró hasta los años de 1419, á pesar de haber sucedido dos horribles incendios, que abrasaron casi por completo la Casa. En ese año se cebó de nue-

vo el voraz elemento en el Monasterio, y con tal furia, que no perdonó archivo ni Templo; del archivo sólo quedaron algunos preciosos legajos, que á duras penas pudieron librar los monjes. Entre los privilegios que otorgó D. Juan II, nieto de D. Juan I, al Monasterio de Valvanera, encontramos uno en el que concede á su Abad D. Rodrigo de Matute las alcabalas que pagaban los judíos de Burgos «para que restaurase el Templo abrasado en el año 1419». Es por lo tanto evidente que en esa época se estaba edificando nuevo Templo, que es el que hoy persevera y pueden admirar nuestros lectores.

No debe extrañar á nadie que el Abad D. Domingo de Castroviejo, autor coetáneo, pase por alto sin ni siquiera mentar sucesos de tanta monta é importancia como los que ahora nos ocupan.

Este Abad fué Provisor del Obispo de Calahorra, señor D. Diego de Estúñiga, quien, á su vez, era íntimo y confidente del Antipapa Benedicto XIII (Pedro de Luna), en especial durante su residencia en el Castillo de Peñíscola. A nuestro parecer, y es también sospecha del P. Rubio, este señor Obispo debió de conseguir la Abadía de Valvanera para su Vicario General, D. Domingo de Castroviejo. Fué, pues, uno de esos Abades que en aquellos aciagos tiempos sólo se cuidaban de chupar las gruesas rentas de los Monasterios. No dejó nunca el cargo de Provisor, y es muy probable que no haría á Valvanera más visitas que la que le trajo á tomar posesión de la Abadía. Entonces los monjes, comprendiendo la supina ignorancia de su Abad en las cosas tocantes al Monasterio, le entregarían la historia antigua que escribió en romance el Abad Juan de Sánchez en 1282 para que se enterase de Valvanera, la que él con mal acuerdo tradujo al latín y anotó.

Respecto á la hospedería, consta también que las tenía magníficas el Santuario. La que nosotros llamamos de los franceses, por haberla reducido á pavesas los soldados de Napoleón I, impone aún en nuestros tiempos á todos los romeros por la grandiosidad de sus líneas. Su construcción puede decirse que es moderna, pero es de

suponer que no serían menos espaciaosas y cómodas las antiguas.

Y no se contentaron los Padres Benedictinos con sólo edificar.

La ornamentación del Templo era tan variada y rica, que podía competir con la de nuestras mejores Catedrales. Lámparas, gradas, atriles, frontales, candeleros, jarrones, ramilletes y cuanto se empleaba en el adorno del altar de la Santísima Virgen, todo era de plata maciza. Las preciosas coronas que ceñían las sagradas sienes de Nuestra Señora y de su Divino Hijo, eran de oro purísimo y estaban cuajadas de diamantes, esmeraldas, topacios, rubíes y otras piedras de gran valor y vista. Un solo dato dirá á nuestros lectores, con más persuasiva elocuencia que cuantas minuciosas y prolijas listas pudiéramos nosotros presentarles, la gran riqueza y variedad de ornamentos que nuestros Padres depositaron en Valvanera para honra y culto de su Virgen adorada. En la invasión francesa, después de incendiado el Santuario, aseguran que se recogieron en las enfriadas ruinas más de trece arrobas de plata fundida. ¡Y cuánta más se perdería como observa el Sr. Albors, entre los escombros y la evaporación á que está sujeto este metal al someterlo á una alta temperatura!

Donde más brilló la esplendidez de nuestros antepasados en honrar á su celestial Patrona fué, sin duda, en el retablo ó altar mayor y en el Camarín de la Santísima Virgen. Estos dos monumentos eran, según nos refiere la historia, un verdadero derroche de lujo, arte y buen gusto; por lo que, aunque sea traspasando algo los estrechos límites de este compendio, queremos describirlos, tal como lo hemos leído en el P. Rubio. A lo que juzgamos, satisfaremos con ello ardientes deseos y justas exigencias de nuestros lectores.

«La Capilla ó Camarín (dice el P. Rubio), está adornada de una rica colgadura de damasco carmesí, y tiene en los costados dos corredores hermosos con balaustas dorados en que penden doce lámparas de plata, seis en cada uno, y entre ellas doce ángeles de metal, con sus luces puestas en cornucopias. El techo de la Capilla es cielo ra-

»so con sus molduras, y en la cornisa hay un ejército de
 »ángeles de bulto, en ademán de tañer sus instrumentos
 »músicos, que tienen en las manos. Adornan el pavimento
 »cinco arañas de plata de arroba cada una y doce luces, con
 »las que, y las del altar y las de las dos arañas del trono
 »de la Imagen, le iluminan de tal modo, que es un Cielo
 »abreviado.»

«La obra del tabernáculo y retablo (seguimos copian-
 »do del citado Padre), era tan ostentosa, que no es razón
 »omitir algo de su pintura para los que no la vieron (1).
 »Levantábase en medio del pavimento de la Capilla ma-
 »yor sobre un pedestal cuadrado que formaba cuatro al-
 »tares, en cuatro arcos de madera á la perfección labra-
 »dos, que llegaban á la cornisa de la Capilla, cubriéndose
 »con una media naranja ó cascarón de madera elevado
 »hasta el techo, con su talla dentro y fuera primorosamen-
 »te ejecutada. Los cuatro ángulos de esos arcos se forma-
 »ban de seis columnas cada uno, y en ellos, repartidos en
 »sus urnas, los Reyes progenitores de María Santísima que
 »refiere el Evangelio, en estatuas pequeñas pero muy per-
 »fectas. En el centro de los arcos, sobre la mesa del altar,
 »se formaba el sagrario en cuatro caras y las estatuas de
 »San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo. En el rema-
 »te del sagrario nacía el pie de un roble bien imitado, y
 »en su hueco, colocada la Imagen de María Santísima. Del
 »pie del roble salían cuatro urnas que descansaban en las
 »cuatro caras del sagrario, y en ellas estaban colocados
 »los cuatro Evangelistas. Sobre el frontis de cada arco,
 »arrimadas al cascarón que las cubría, estaban colocadas
 »otras cuatro urnas con Santa Gertrudis, Santa Ana, San
 »Milán y Santo Domingo de Silos. Esto era el tabernácu-
 »lo separado de la pared del frontis de la Capilla mayor
 »como vara y media. Toda ella se vestía de un primoroso
 »retablo con las estatuas de Nuestro Padre San Benito,
 »Santa Escolástica, San Atanasio y San Gregorio; y, ha-
 »ciendo juego con el tabernáculo, los dos juntos hacían
 »una cosa sola.»

(1) En tiempo del P. Rubio retocaron, ó mejor, echaron á perder este hermoso y artístico retablo.

Esto y mucho más fué Valvanera en sus mejores tiempos, merced á la munificencia y religiosidad de nuestros Padres y al celo y constancia de los hijos del inmortal Patriarca de Occidente.

Como empresa colosal, ha sido obra de muchos siglos. Tuvo sus principios, época de desenvolvimiento y progreso, y días de gloria y grandeza en que nadaba en la opulencia, y se mostraba á los ojos del peregrino ufana y orgullosa como las agujas de sus esbeltas torres que talladraban las nubes. Debemos, pues, volver la vista atrás y echar una rápida ojeada sobre las causas que la encumbraron á tal grado de majestad y gloria, y hacer, aunque no sea más que breves indicaciones, de las vicisitudes porque han pasado los fieles custodios y diligentes servidores de Nuestra Señora.

Pobres y humildes fueron los principios del Santuario. Limpiando maleza, desmontando el terreno, consiguieron edificar los ermitaños aquel antiquísimo y sencillo Templo, en que las lágrimas suplían con creces á las armoniosas voces del órgano y á la imponente masa coral que después lucía en las grandes solemnidades. Con el establecimiento de los Benedictinos, dió principio la era de prosperidad, y con ellos llegó también el Santuario á la cumbre de su grandeza. Muchas eran las circunstancias que favorecían á los hijos de San Benito en su secular empresa.

Los continuos milagros obrados por intercesión de Nuestra Señora y el espíritu profundamente religioso de aquella época, tenían que hacer necesariamente de Valvanera el gran Templo de los riojanos y cameranos. Al Valle de las Venas acudían cuantos, deseosos de volar á las regiones del espíritu, huían del *mundanal ruido* en busca del retiro y de la soledad en que Dios habla á los corazones, y todos los que, heridos en los más tiernos sentimientos de su alma por la desgracia, reconocían en la Santísima Virgen de Valvanera la única que, después de Dios, podía enjugar sus lágrimas y consolar su afligido corazón. ¡Todos veían cumplidos sus ardientes votos, á todos extendía nuestra Reina su mano y cobijaba bajo su manto! La gratitud, pues, obligaba á esas personas á le-

vantar un suntuoso palacio á la Reina de los montes Dis-tercios, y á depositar en manos de sus servidores cuantiosas sumas de dinero con que atender al esplendor y pompa de su culto. La gran influencia de que gozaba entonces la Orden Benedictina debió de contribuir también de una manera poderosa al engrandecimiento del Santuario.

No podemos, sin embargo, privar á esos Padres de la parte y mérito que les cabe en la restauración y engrandecimiento de Valvanera.

La observancia regular estuvo siempre en su punto en el Monasterio. Ya hemos visto el celo que desplegaban los monjes en el culto divino, y el número de esclarecidos varones que florecieron en el Santuario nos dirá cuán dignos se hicieron los Benedictinos del alto fin para que los trajo al Valle de las Venas la Divina Providencia. Esto atraía las bendiciones del Cielo sobre aquel campo del Señor, y la pequeña grey iba en aumento, y el tronco de nuestra Madre se levantaba más cada día.

No fueron, por otra parte, pocas ni leves las dificultades y obstáculos de toda clase con que tuvieron que luchar los hijos de San Benito, y de todos les sacó victoriosos su abnegación y constancia.

En aquellos siglos antiguos no estaban bien definidas ni determinadas las jurisdicciones de Obispos y Abades, lo que originaba entre ellos frecuentes contiendas y ruidosos pleitos. Valvanera debió de sufrir esos inconvenientes, pues, según afirma el P. Rubio, para remediarlos pidió y obtuvo del Papa Inocencio III en 1213 una bula, por la que le declaró exento de la jurisdicción episcopal é inmediatamente sujeto á la Sede Apostólica; notable privilegio y singular favor que los Romanos Pontífices concedían á las principales Abadías. Nosotros no hemos podido encontrarle en ninguno de los otros historiadores de Valvanera, lo que es causa de que lo consignemos con cierto temor y miedo, pues no deja de llamarnos la atención, que autor de la sabiduría y diligencia en registrar archivos que todos reconocen en el P. Antonio de Yepes, ignorase privilegio tan codiciado y que tanta influencia ejerció en todos los Monasterios que lograron conseguirlo. Sin embargo, apoyados en la autoridad del citado P. Rubio,

quien podía conocer, como ninguno, el archivo de Valvanera, lo damos á conocer á nuestros lectores.

Con otros obstáculos mucho más graves tropezaron los Benedictinos en siglos posteriores.

Hacia el año 1350 se introdujo en España la costumbre de nombrar protectores ó defensores de los Monasterios Elegía cada uno al que más gustaba, pero convenía que el defensor fuese persona de autoridad y prestigio; y por eso siempre recaía la elección ora en el mismo Rey, ora en príncipes, duques, marqueses y otras personas ilustres Esta costumbre, acertada en un principio por el celo y buena intención que guiaba á los defensores, fué, andando el tiempo, la ruina de muchas Abadías. El título de protector abría á estos nobles las puertas y cajas de los Monasterios, donde la codicia de muchos encontraba seguros recursos con que cubrir los excesivos gastos que ocasionaba á la nobleza el ostentoso lujo de los tiempos feudales. En demanda de remedio á tamaño abuso, acudieron á las Cortes celebradas en Medina del Campo el año 1370, no sólo Valvanera sino todos los demás Monasterios de la corona de Castilla; y D. Juan I, que reinaba á la sazón en estos reinos, proveyó por cédula real expedida en la misma ciudad y año, en la que se declaraba patrono y defensor nato de todos los Monasterios.

En los aciagos tiempos del *Cisma de Occidente*, debió de padecer mucho nuestro Monasterio, tanto en la parte moral como en la material. Ya hemos apuntado arriba nuestra opinión, de que el nombramiento de D. Domingo Castroviejo ocasionó graves disgustos á los monjes; opinión que parece confirmarla el P. Yepes cuando dice, que la Casa estuvo en pleitos con D. Rodrigo de Portugal y don Domingo de Castroviejo.

Desde esta época hasta el año de 1509, parece que las cosas siguieron su curso natural, pues no encontramos en ese lapso de tiempo acontecimiento alguno que merezca ocupar nuestra atención. En el sobredicho año de 1509, quiso el Rey D. Fernando el Católico obligar á la Comunidad de Valvanera á admitir la reforma de San Benito el Real de Valladolid; reforma que ya antes había intentado la magnánima y piadosa Reina D.^a Isabel la Cató-

lica. Cuando visitó ésta el Santuario en 1482, notó con pena y dolor que estaba vacante la Abadía y dada en encomienda al Cardenal de Santa Práxedes. Deseosa de remediar tal abuso, conferenció con Fray Pedro de Anguiano, docto monje de Valvanera, quien la persuadió que, el medio más expedito y seguro para alcanzar la suspirada unión á San Benito de Valladolid, era, indudablemente, pasarse él mismo á Roma y solicitarla personalmente del Sumo Pontífice. Agradó el consejo á la cristianísima Reina; y, en virtud del acuerdo, marchó Fray Pedro camino de Roma, donde con su buena industria y las cartas de D.^a Isabel, alcanzó del Sumo Pontífice, que el mencionado Cardenal renunciase la Abadía en su persona. Ya Abad de Valvanera, volvió Fray Pedro de Roma en 1495, para que le bendijese el Obispo de Calahorra, acto que no pudo realizarse hasta el año de 1497. Después que tomó posesión del Monasterio, á pesar de haber sido él uno de los principales promotores, se cuidó poco de introducir la reforma, especialmente desde que murió D.^a Isabel en 1504; por lo que y á causa de algunos reparos que oponía la Comunidad, tuvo que tomar cartas en el asunto D. Fernando el Católico en 1509, y más tarde en 1523 Carlos V Emperador, este último en carta dirigida al Abad y monjes, que por cierto es muy laudatoria para el Santuario.

No necesitaba nuestro Monasterio de reforma, pues nunca decayó en él el espíritu monástico que nuestro P. San Benito comunicó á sus hijos, como lo demuestra con harta claridad la misma carta de Carlos V. Pero el Rey estaba empeñado en que todos los Monasterios formasen un cuerpo de Congregación y se rigiesen por los mismos estatutos y constituciones, y era necesario unirse á Valladolid.

Acató, en efecto, Valvanera la voluntad de D. Fernando, pero no sin oponer á sus pretensiones y justos deseos dura y porfiada resistencia. Esta oposición no dice nada en contra de los monjes de Valvanera: á nosotros nos parece muy explicable y hasta muy natural.

A diferencia de las demás Ordenes y de las congregaciones modernas, entre los Benedictinos cada Monasterio constituía una familia completamente distinta é indepen-

diente; el Abad con sus monjes disponía á su arbitrio de la hacienda de la Casa, sin tener que rendir cuentas á nadie; y no se reconocían más leyes que las generales de la Iglesia, la santa regla y las santas y loables costumbres de los antiguos Padres de la Casa. Este tenor de vida que se desprende de la misma santa Regla, y que observó el mismo P. San Benito, fué necesario modificarlo en siglos posteriores.

Comprendiendo los Monasterios que en la unión está la fuerza, determinaron unirse en congregación, para ver si de ese modo podían librarse de la terrible plaga de los defensores (de que hablamos arriba), y de la no menos terrible de los Abades comendatarios. Otras veces les movía á unirse en congregación, la vida austera y ejemplar que observaban en los Monasterios principales: este fué el origen de la de Cluny, Cister y otras muchas. Finalmente, hemos de confesar que los mismos abusos que se introdujeron en algunas Abadías, hicieron necesaria la intervención de otros Superiores más altos. Reconociéndolo así los Reyes y Sumos Pontífices, obligaron á algunos Monasterios á entrar en alguna congregación reformada, en la que estuviesen sujetos á las visitas ordinarias de los Superiores jerárquicos.

Esta última causá, ya hemos dicho que no se daba en Valvanera. Sólo las dos anteriores podían mover á aquellos venerables Padres á abrazar la reforma de Valladolid; mas, por grandes que fuesen las ventajas que de la unión había de reportar el Monasterio, á nadie se le oculta que tenía que hacérseles muy cuesta arriba admitir unas constituciones que no habían profesado, y someterse á las decisiones de Superiores que no fuesen de Valvanera: por eso, repetimos, que nos parece muy natural la resistencia y oposición que encontró en Valvanera la reforma de Valladolid.

El Abad D. Pedro de Anguiano que, como ya saben nuestros lectores, gobernaba entonces la Casa, no quiso renunciar la Abadía, y se marchó con otros dos monjes al pueblo de su nacimiento. Entonces Cisneros, Abad de Montserrat, que era el encargado de introducir en Valvanera los usos y costumbres de Valladolid, nombró Pre-

sidente del Monasterio á D. Diego de Sobrerías, el cual murió pronto, entrando á sucederle con el mismo título D. Pedro de Arenzana. No sabemos los años que gobernó éste la Casa con el título de Presidente. En la segunda parte de su historia que dejó manuscrita el P. Rubio, hemos leído que fué elegido Abad en el año 1524 por renuncia del sobredicho D. Pedro de Anguiano, mientras que en la primera, ó sea en la impresa, se afirma que lo fué en el de 1530, por muerte del mismo D. Pedro; pero de todos modos, es cierto que fué el primer Abad temporal de Valvanera.

En un principio sólo duraba tres años el gobierno de estos Abades temporales; después, en el año de 1613 se extendió á cuatro, siendo de notar que eran elegidos por los capítulos generales de la congregación, y antiguamente los perpétuos lo eran por las mismas comunidades.

Materia abundantísima, que no podríamos agotar en muchos capítulos, nos suministraría el considerable lapso de tiempo transcurrido desde esta memorable fecha, hasta la ruina del Santuario en 1809; pero, las cortas páginas en que nos hemos propuesto encerrar toda la historia de Valvanera, detienen y cortan el vuelo á nuestra pluma. Bástenos saber que siguieron fielmente las huellas y altos ejemplos de sus antepasados en honrar y servir á su excelsa Patrona la Reina de los montes Dis tercios. Para los Benedictinos era cuestión muy secundaria esta ó aquella forma de gobierno, este ó aquel instituto y modo de vivir; todo lo subordinaban al culto y gloria de su Madre la Santísima Virgen de Valvanera. Pegados al roble venerando, como la hiedra á los vetustos muros de ruinas seculares, nada podía apartarlos de su Virgen adorada, nada podía entibiar el celo en que ardían sus almas por el esplendor y lustre de su amado Santuario. El rigor de las estaciones, que hace en Valvanera en extremo penosa y difícil la vida benedictina, ya de suyo austera y penitente; los frecuentes incendios que en distintas épocas privaron á los monjes de sus celdas, obligándoles á vivir en fríos y desabrigados tugurios, no pudieron quebrantar en siglos antiguos la férrea voluntad y esforzado corazón de aquellos santos religiosos: y aho-

ra ¿un pequeño contratiempo había de perturbar su santo retiro y hacerles olvidar las sagradas obligaciones contraídas con Dios y su Santísima Madre? Nadie que haya saludado la historia de la Orden Benedictina, podrá ni siquiera sospecharlo: acostumbrados están los hijos de San Benito á hacer frente y superar mayores obstáculos que ese.

Con la constancia y abnegación de los Benedictinos, corrían parejas la piedad y entusiasmo de nuestros Padres por Valvanera; y no es justo que terminemos este capítulo sin tributar un entusiasta elogio á la gloriosa memoria de aquellas generaciones.

El que visite á Valvanera sin conocer su historia ni pararse en las condiciones del terreno, quizá tenga por fingida la decantada devoción de riojanos y cameranos á María de Valvanera, y por exagerado el prodigioso número de peregrinos, que no sólo de la provincia sino de toda España subía frecuentemente á implorar la misericordia de nuestra Madre y darla rendidas gracias por los beneficios recibidos. Porque no admiramos en el Monasterio esa majestad de líneas, esas soberbias cúpulas y caprichosos chapiteles que han adornado siempre las opulentas Abadías y sobre todo los celebrados Santuarios; y parece que Valvanera, Templo sagrado de país tan rico como la Rioja y Sierra de Cameros, debía ostentar esos artísticos monumentos, á ser verdadera la fervorosa devoción que, según afirma la historia, profesaba este pueblo á su celestial Patrona. Bastan, sin embargo, algunas breves reflexiones para convencernos de la falsedad y poco fundamento de esas apreciaciones.

No podemos comprender los esfuerzos y sacrificios de toda clase que supone la construcción de nuestro Santuario en las condiciones en que hoy se encuentra Valvanera; es preciso remontarnos á aquellos antiquísimos tiempos para poder apreciar debidamente toda la fe, todo el entusiasmo de nuestros Padres.

Sin vías de comunicación, en un horrible desierto que carecía de todo lo necesario para el edificio, levantaron nuestros mayores el trono excelso de su Virgen adorada. ¿No supone solo esto más crecidos caudales y más cuan-

tiosas sumas que los invertidos en otros Santuarios de mayores proporciones y más gusto artístico que el de Valvanera? Tanto más, cuanto que fué necesario construir grandes muros de contención, pues el terreno es pizarroso y movedizo, y levantar en diversas ocasiones otras fábricas no menos esbeltas y suntuosas que las antiguas abrasadas por horrorosos incendios. Y, sin embargo, aquella fe inquebrantable, aquel amor ardiente á María de Valvanera, supo y pudo vencer todos esos obstáculos. Sobre las humeantes ruinas se erguía majestuoso el nuevo Santuario que venía á sustituir al antiguo, y lámparas riquísimas lucían ante el augusto Simulacro de nuestra Madre, y florones de plata y oro finísimo adornaban su altar y trono, y preciosísimas coronas más resplandecientes que las estrellas, brillaban sobre su cabeza y la del Divino Infante, su Hijo.

¡Cuán lejos estaban del pensamiento de aquellos venerables ancianos los días de luto y soledad que esperaban á Valvanera! ¡Quién les había de decir que, debilitándose la fe con los años, y apagándose el entusiasmo, sus mismos hijos echarían por tierra el Santuario, arrojarían al viento las cenizas de sus mayores, y, sobre todo, que obligarían á abandonar su amado retiro á los fieles servidores y custodios de María de Valvanera, á los hijos de San Benito, el Gran Patriarca de Occidente?

¡Esto que no cabía en el religioso pensamiento de nuestros Padres, lo hemos visto nosotros realizado con profundo dolor de nuestra alma! ¡Un informe montón de ruinas era poco há Valvanera, por culpa de hijos ingratos y descreídos! Pero, harto tendremos que llorar esa desgracia: dejemos para entonces las lágrimas, que aun tenemos que contar muchas glorias de los buenos tiempos del Santuario.

CAPÍTULO VII.

PERSONAJES ILUSTRES QUE HAN HONRADO (1) EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE VALVANERA

La ciencia y la virtud huyen ordinariamente del bullicio y en especial del estruendo de las armas.

Esta proposición, cuya verdad y fundamento están confirmados por el testimonio de todos los sabios y la experiencia de todos los siglos, es, en compendio, la historia de todas las Órdenes religiosas. Particularmente explica á maravilla el número prodigioso de santos y sabios que han florecido en la de San Benito, pues esta Orden, por razón de su antigüedad y especial carácter, ha sido la destinada á enjugar las lágrimas de la humanidad, en los períodos más críticos de la historia.

Vivía en el centro y norte de Europa una muchedumbre de hombres denominados con el nombre de *pueblos bárbaros*. El hambre, y sobre todo el Dedo de Dios, indicó á estos hijos del bosque y de la niebla, el camino recto y seguro que debía conducirlos á los risueños valles y fértiles campiñas de las regiones meridionales. Resistióse la Señora del Mundo; hubo momentos en que pareció que iba á ahogarlos entre sus nervudos brazos; pero, al fin, el vicio y la molicie tuvieron que ceder el terreno al valor y al número; y el trono de los Césares se derrumbó con ruido estrepitoso, para no volver á levantarse jamás.

Todo sufría un general trastorno con la invasión de los bárbaros. Los incendios, el robo y el asesinato, estaban á la orden del día. Una nube obscura y tormentosa se cernía sobre las cabezas del pueblo romano, lloviendo calamidades sin cuento sobre esas generaciones corrompidas y degradadas que creyeron en su malicia, que podrían provocar incógnitas las iras del Todopoderoso.

(1) Como notará el lector, no todos son hijos de Valvanera.

La virtud que tenía que vivir oculta y disfrazada, el saber, que contemplaba pasto de las llamas los esfuerzos y trabajos de siglos pasados, y veía con dolor cerradas para siempre las puertas del Templo de la ciencia, corren presurosos al desierto en busca de un lugar seguro, que los ponga á cubierto de esas furiosas oleadas de sangre y fuego. Un joven noble y rico, el Glorioso Fundador de la Orden Benedictina, que también buscó el desierto huyendo de la corrupción y licencia del pueblo romano, ofrece á esas almas nobles y generosas, el reposo y paz que buscan. Pronto la inocencia y la sabiduría pueblan los claustros benedictinos; esas moradas santas, fueron el refugio del saber antiguo y el asilo donde se acogió la civilización cristiana.

Comprendiendo su alta misión, los hijos de San Benito despliegan una prodigiosa actividad en todos los órdenes de la vida. Hay que conservar y hacer florecer de nuevo la agricultura; los Benedictinos, allanando montes, roturando selvas, forman alrededor de sus Monasterios esas hermosas quintas que, andando el tiempo, serán florecientes ciudades, emporio de las artes y la industria. Las crueles guerras encienden el odio entre ambos pueblos, se persiguen á sangre y fuego vencedores y vencidos; es preciso, por lo tanto, unirlos á todos con el lazo indisoluble de una misma fe, que les haga olvidar los rencores é injusticias pasadas; de los Monasterios Benedictinos sale ese ejército valeroso que lleva la luz y la verdad á las inteligencias extraviadas y extiende el Evangelio por todo el Mundo, entonces conocido. Perecen en aquel general naufragio todos los conocimientos de los siglos antiguos, nadie se cuida, ni lo permiten las circunstancias, de recoger esa preciada herencia; sólo los hijos de San Benito pueden salvar, y salvar de hecho, la civilización antigua.

Y no sólo recogen entre el fragor de la lucha y las huelas ensangrentadas de los combatientes, los preciosos legajos que perdonan el fuego y la ignorancia; compartiendo el tiempo entre la oración y el estudio, llenan los estantes de sus inmensas bibliotecas de obras admirables, que constituirán siempre el *libro de consulta* de todos los sabios. La historia ha hecho justicia á los hijos de San Be-

nito. Para expresar de algún modo los meritorios trabajos é invicta constancia de esta Orden admirable, ha dejado en proverbio la *paciencia benedictina*.

No había de ser Valvanera una excepción vergonzosa de esta regla general. Sensible es ciertamente que la injuria de los tiempos y el descuido y negligencia de los historiadores antiguos nos hayan privado de interesantes datos biográficos sobre los ilustres personajes que en todas épocas florecieron en nuestro Santuario: así y todo, por los pocos que han llegado á nuestra memoria, podrán nuestros lectores convencerse de que los monjes de Valvanera, al igual que la virtud y penitencia, cultivaron siempre con ardor y esmero las ciencias eclesiásticas y profanas. Iremos dando breve noticia de los principales, por el orden en que los encontramos en la historia del docto catedrático de la Universidad de Zaragoza.

Exprofeso omitimos los nombres de Nuño, Domingo y Coloma, «de quienes ya sabemos lo bastante para tenerlos por insignes en virtud, santidad y dicha». No es poca gloria de Simón Pérez, hijo preclaro del Monasterio, el haber merecido entusiastas elogios de hombres como el P. Yepes y Morales. Era varón doctísimo, versado en todas letras, humanas y divinas; sus contemporáneos llamáronle por autonomasia *el escritor*. Dos obras meritísimas han llegado hasta nosotros, debidas á la docta pluma de este sabio monje de Valvanera. Es una, la antiquísima Biblia gótica, que hoy se conserva en la Biblioteca del Escorial. Tiene anotadas en las márgenes las diferentes ediciones y traslaciones que se habían hecho hasta entonces del sagrado texto, apuntando al mismo tiempo cuál es de los setenta, cuál de Aguila, cuál de Teodoción y lo mismo de todas las otras, notando de paso la correspondencia y discrepancias que se observan entre ellas. Con sólo decir que Felipe II la creyó digna de figurar en la Biblioteca de San Lorenzo, y que para ese fin la pidió con instancia á los monjes, hemos hecho el más cumplido elogio de esa obra.

La otra es una Regla de San Benito, escrita también en letra gótica y de no menor mérito y trabajo que la anterior.

Del Abad D. Domingo, sabemos que era peritísimo en la ciencia moral. Fué confesor del Rey D. García de Nájera, y recibió otras muchas distinciones de este desgraciado Monarca.

D. Alvaro, Abad también del Monasterio, gozó de gran reputación, y era muy estimado en la Corte. Asistió á la coronación de Alfonso VI en Burgos, juntamente con Santo Domingo de Silos y San Sisebuto, Abad de Cardenas. El Rey le nombró su confesor, y acompañaba de ordinario á la Corte.

A ambos excedió D. Inigo, sucesor de este último.

Grande debió ser su virtud, cuando la historia latina, que tan lacónica se muestra en prodigar elogios, le llama *santo á boca llena*. Según parece indicar la historia, era natural este esclarecido varón de la villa de Ballueranas. Vistió el santo hábito en Valvanera, y fué elegido Abad en 1092, cargo que desempeñó hasta el de 1117.

Ponemos estos datos, siguiendo al P. Rubio en su historia impresa; por lo demás, estamos convencidos de que D. Inigo tomó posesión de nuestra Abadía algunos años antes de 1092, pues ya en el 1087, encontramos una donación hecha á este santo Abad por Santo Domingo de la Calzada. El mismo P. Rubio parece reconocerlo así en su historia manuscrita: D. Inigo, dice, sabemos por la donación de Santo Domingo de la Calzada, que lo era en el año 1087 y que murió en 1117.

Cuéntanse milagros de este santo varón, que le igualan con Eliseo y San Benito.

Lleváronle un día los negocios del Monasterio al lugar de Salguero, donde los pastores de la Casa apacentaban los grandes rebaños que entonces poseía el Santuario. Llegó la hora de comer, y sentóse el santo Abad con los dos monjes que le acompañaban en una de aquellas mesetas tapizadas de flores y de verde yerba; acudieron los pastores con lo único que tenían: un poco de pan y leche de ovejas. Mientras comían, notó el santo, que se turbaban los dos monjes, sus compañeros, viendo que privaban del sustento necesario á los pastores, por tomarlo ellos. No menos que los monjes se condolía Inigo de la falta y privación de sus criados; y no contentándose con

una compasión estéril, rogó al Señor, que socorriese la dura necesidad de los sencillos pastores. Penetró los Cielos la pura y ferviente oración del santo abad; y al instante un águila, cortando los aires con rápido vuelo, bajó á depositar un gran péz en la rústica mesa: singular regalo que Dios hacía á sus siervos.

Dice el P. Rubio, que Iñigo confuso, temeroso y humilde, se retiró á dar gracias á la Divina Clemencia, por el favor recibido.

Un beneficio agradecido suele ser, aun entre los hombres, el principio y origen de otros muchos. Así le sucedió á nuestro santo Abad.

Estando en oración, le reveló el Señor el próximo y dichoso fin que le esperaba; y aquella misma noche le sobrevino una ardiente calentura, que segó en cuatro días su preciosa existencia. Murió en una Ermita próxima, dedicada á San Juan Bautista, á donde mandó que le trasladasen sus discípulos.

Había junto á esta Ermita, según cuenta la historia, una gran balsa poblada de muchas ranas, las que con su fastidioso *canto*, molestaban grandemente al enfermo. Todas aparecieron muertas al día siguiente.

Consternados y afligidos quedaron los monjes con la pérdida de su santo Prelado; y, como en aquel lugar no podían darle honrosa sepultura, cual convenía á las ilustres virtudes de Iñigo, determinaron trasladarle al Monasterio, extrayéndole antes las entrañas, para evitar la corrupción del cadáver, muy fácil en el rigor del verano. Sepultáronlas en la Ermita de San Juan y el resto del cuerpo en el *claustro santo*, después de tributarle toda la Comunidad solemnes honras fúnebres.

El Señor, que le había honrado en vida, obrando por intercesión del Santo estupendos milagros, quiso glorificarle también después de muerto, para que durase su memoria hasta la consumación de los siglos. En todo el tiempo que descansaron sus cenizas en el *claustro santo*, cuantas caballerías pisaban el lugar, caían al punto muertas; por lo que los monjes acordaron trasladarlo á sepultura más decente en la Capilla de San Benito.

La vida del Abad Iñigo, nos trae á la memoria el nombre bendito de uno de los santos más venerados en la Rioja: el de Santo Domingo de la Calzada. No vistió la cogulla benedictina, como algunos han creído, pero no por eso dejará de ser siempre una gloria inmarcesible del Santuario de Valvanera y de Iñigo, su santo Abad.

Este glorioso Santo nació en Vitoria el año 1019. Sus padres, Jimeno y Orodulce, que eran nobles y ricos, quisieron darle una educación esmerada, cual convenía al rango de la familia. En Valvanera, como en otros muchos Monasterios de la Orden Benedictina, debía de haber entonces célebre y floreciente escuela pública; pues no encontraron los padres de Domingo lugar más á propósito, para el logro de los fines que perseguían en su amado hijo. Y no salieron fallidas las esperanzas de Jimeno y Orodulce.

Bajo la sabia dirección de Iñigo, hizo el tierno mancebo tales progresos en las artes liberales y sobre todo en la ciencia de los santos, que hoy es el orgullo y noble blason de todos los hijos de esta hidalga tierra. Bien conocidos son de todos, los ilustres hechos del Abraham de la Rioja; por esta razón, y por no ser del argumento de mi historia, omito ciertos detalles de su vida, en que correría con placer nuestra pluma. Sólo nos resta felicitarnos de que Valvanera, el Santuario venerando de los riojanos, haya dado á la provincia en Santo Domingo de la Calzada, uno de sus más ilustres hijos, quien, aun en la parte material, la enriqueció con notables mejoras y esbeltos monumentos, que son la admiración de propios y extraños.

Merece figurar entre los ilustres hijos de Valvanera, el Abad Juan Sánchez (1282 á 1300), autor de la primera historia que se conserva del Monasterio.

Está escrita esta obrita en el estilo de aquellos siglos. La relación es escueta, desnuda de galas retóricas, pero fiel y puntualísima. Parte de la invención de la santa Imagen, y es sensible que no señale el tiempo en que tuvo lugar, ni declare otras circunstancias que la hermosearon. Mereció á sus contemporáneos el dictado de escritor *lucidísimo*. Esta historia la tradujo al latín, en los tiempos de

adelante, D. Domingo Castroviejo, vigésimoquinto Abad del Monasterio (1419 á 1430).

Fué este Abad, monje profeso de Santa María la Real, de Nájera, y hemos dicho algo de él en el capítulo precedente.

En su tiempo se llevaron á cabo obras de importancia, de las que ni siquiera se acuerda en las notas que puso á la historia de Juan Sánchez. El P. Yepes supone que trajo pleitos con D. Rodrigo de Portugal, sobre el título de Abad de Valvanera.

Otros dos Abades celebra nuestra historia, por haber conseguido para ellos y sus sucesores dos gracias y prerrogativas que siempre han estimado en mucho todos los Conventos. Es el uno, D. Juan Díez, Abad de 1430 á 1434, á quien nombró D. Juan II de Castilla *Capellán del Rey*, y el otro D. Juan Martínez (1451 á 1473), que consiguió del Papa Nicolás V, que le consagrara el Obispo de Calahorra.

Después de D. Iñigo, es seguramente el más célebre hijo de Valvanera, D. Fray Sebastián de Nájera, apellido que cambió después por el de Villoslada, del pueblo de su naturaleza. Gozaba de varios grados por las Universidades de Zaragoza y Alcalá de Henares.

En esta le sucedió un caso curioso, que cuenta el señor Casas: «Tuvo un lance de honor con un compañero de estudios, á quien esperó cuatro horas en el lugar destinado al desafío. No compareció su rival, y Villoslada reconoció el yerro de su amor propio, ilustrado por Divina gracia».

Comprendiendo el poco fundamento de la gloria terrena, y bien desengañado del Mundo, renunció al glorioso y halagüeño porvenir con que le brindaban sus riquezas y brillante ingenio, vistiendo la cogulla benedictina en Valvanera, el año 1561».

En el Monasterio era la admiración de todos, por la fiel observancia de la santa Regla y por las rigurosas penitencias con que maceraba su delicado cuerpo. Trafa siempre un áspero cilicio ceñido á las carnes, ayunaba á pan y agua tres días á la semana, sólo dormía como dos horas, y esto más para mortificar que para dar algún alivio á su fatigado cuerpo, pues dormía sobre la dura tabla, con la cabeza reclinada en una piedra. Su humildad no tenía lí-

mites, ni su obediencia otra regla que la que San Benito prescribe á sus monjes, mandándoles que no haya intervalo alguno entre el mandato del Maestro y la obediencia del discípulo. En opinión del P. Rubio, no le falta otra cosa para el culto de Santo en los altares, sino que la Cabeza de la Iglesia le declare por tal.

Pueden ver nuestros lectores otras muchas hazañas de este santo monje en su vida, escrita por el Reverendo P. Fray Pedro de la Asunción.

Le ofreció Felipe II el Obispado de Palencia, en premio de sus merecimientos, pero el Santo se negó á aceptarle, con entereza.

Sóla la obediencia pudo obligarle á desempeñar el cargo de Abad en San Juan del Poyo, Nuestra Señora del Be-so y San Martín, de Madrid, donde entregó su alma al Criador, después de fundar el Hospital de la Buena dicha, para socorro de los desheredados de la fortuna.

D. Lorenzo Nieto, Abad desde 1602 á 1605, llegó á ser Visitador general de la Orden. El Rey Felipe III le presentó para la Silla de Ales, en la Isla de Cerdeña. El cargo de Visitador general, gozólo también su sucesor en la Abadía, Fray Bartolomé de Matute.

Fray Gregorio Bravo de Sotomayor, fué varón eruditísimo y muy observante. Publicó una historia de Valvanera en 1610, que, en opinión del Sr. Casas, es más artística y acabada que las anteriores. Es de notar, que se halla consignada en ella, la estancia de San Atanasio en Valvanera.

No ha faltado quien busque el origen de esta afirmación en un supuesto pergamino que, al decir de esos autores, ingirió Fray Pedro de Arenzana en la Historia latina de Castroviejo. Nosotros creemos haber demostrado suficientemente la solidez é indestructibles fundamentos en que descansa la antiquísima tradición de Valvanera; no es, pues, del caso volver sobre la materia, para rechazar infundadas sospechas.

Fray Juan de Valenzuela, fué también varón eminente en santidad y letras. Las altas dignidades que obtuvo en la Orden, suponen en él dotes excepcionales. Además de la Abadía de Valvanera, gobernó las de Montserrat y

San Feliu de Guixols. Fué Procurador general en la curia romana, y Visitador de la Congregación en España.

Merece especial mención entre los ilustres personajes de Valvanera, Fray Luis Ariz, hijo profeso del Monasterio. Fué de los monjes que por orden de Alfonso VI. pasaron de Valvanera á la ciudad de Avila, para restaurar en ella la vida monástica con la perfección y veras con que se practicaba en nuestro Santuario. Correspondió muy bien á la confianza que en él habían depositado el Rey y sus Superiores, pues, con su prudencia y alta sabiduría, llegó el Monasterio de Nuestra Señora de la Antigua (lugar de su residencia), á un extraordinario grado de esplendor y grandeza.

Ilustró el título de Santo, con que le reconocían sus contemporáneos, con vastos y profundos conocimientos en todos los ramos del saber humano. La historia de Avila, que publicó estando en esa ciudad, le dió universal renombre.

Fray Luis Florez, Abad de 1625 á 1629, conquistó muchos é inestimables lauros en el púlpito. Debía de ser varón de relevantes prendas, pues explicó Teología en las principales Universidades de la Orden, y le honraron los Superiores con importantes cargos, entre ellos el de Definidor y el de Abad del célebre Monasterio de Sahagún.

Fué notable y distinguido por muchos conceptos, según dice el Sr. Casas, el Maestro Fray Mauro Olavarrieta, natural de Santo Domingo de la Calzada. Y ciertamente que no se excede en las alabanzas el sabio catedrático de Zaragoza; porque su gobierno es de los que forman época en la historia de Valvanera. En su tiempo se llevaron á cabo muchas é importantes reformas, así en la parte material, como en el régimen interior de la Casa. Adornó el Camarín, aumentó considerablemente el servicio de la Iglesia, mandó labrar el artístico retablo, de que hablabamos en el capítulo anterior, sin que se escapase á su solicitud y vigilancia, el cómodo alojamiento de los peregrinos. En premio y reconocimiento de tan grandes servicios, tuvo la Abadía por espacio de 16 años, aunque no consecutivos. También desempeñó los cargos de Definidor, Visitador y Predicador general de la Orden.

Pasando por alto á Fray Antonio Barnuevo, que gobernó tres cuadiennios la Casa y fué uno de los mejores Abades de Valvanera, nos parece que debemos colocar al lado de Olavarrieta, á Fray Benito Rodríguez, que también, como el anterior, desempeñó por doce años el cargo de Abad de nuestro Monasterio. Silva le conocía personalmente, y sabía muy bien, como testigo de vista, lo mucho que ilustró y engrandeció el Santuario. Por eso, y porque prueba con harta evidencia los exorbitantes gastos que tuvieron que hacer los monjes para la construcción del Monasterio y hospederías, creemos conveniente trasladar á nuestra historia un largo párrafo de ese autor, que también copia el Sr. Casas.

Oigamos, pues, al sabio Obispo de Astorga:

«Con el celo santo de ampliar el Santuario, dió principio y concluyó casi del todo, continuando la antigua hospedería, un cuarto tan ilustre, que es de tanta magnitud como todo lo restante del Convento, con disposición hermosa de comodidad para huéspedes, bagaje y celdas de religiosos, con número tan crecido, que llegaron á treinta y dos aposentos en dos órdenes de la fábrica, toda de piedra, guarnecidas las ventanas y divisiones de cintas rojas de mármol bruto. Aquí desahució la bizarría de su corazón, facilitando tantos imposibles como estorbaban á lo grandioso de este edificio. Porque fué necesario deshacer de un monte entero las cuevas, para que quedase capacidad á otro monte de hermosura y habitación. Consumó la obra del panteón, concluyendo lo que faltaba á una torre, y cubriendo las dos. En la Iglesia añadió el ornato más célebre de un órgano, con la mayor diversidad de registros y músicas..... Mejoró las celdas de los dormitorios..... Enlosó la Iglesia y claustros, que es el adorno más vistoso y de más calidad para su mejoría. Y así el cuarto que fabricó de nuevo, como todas las demás mejoras de edificios, las concluyó con perfección y generoso corazón, modestia religiosa, cordura humilde y gobierno liberal, procurando á un mismo tiempo la observancia monacal y el consuelo de sus monjes, con la templanza agradable de su trato».

Además de los pasados, ilustraron á Valvanera tres excelentes sujetos, que llegaron á obtener el cargo de Generales de la Orden y otras encumbradas dignidades. Estos son: Fray José Ruiz de Sotillo, natural de Alfaro, Fray Melchor de Morales, tan amante de Valvanera, que renunció los Obispados de Ampurias y Jaca, por pasar sus días en el retiro, á la sombra del manto de María y Fray José Barnuevo, que murió Obispo de Osma. Confidente de éste fué el P. Benito Rubio, autor de la mejor historia que poseemos del Santuario.

Tenemos noticia de otro ilustre sujeto, hijo de Valvanera, aunque no se acuerda de él el Sr. Casas. Este es el Reverendo P. Giménez Barranco, Predicador general de la Orden, Abad del Monasterio y de San Esteban de Rivas del Sil, de quien conservamos una buena disertación latina intitulada *Incognitus per se notus*, que revela en el autor mucha erudición y dotes nada comunes. Trata de probar, con testimonios tomados de otras obras de Pedro Bechior, que la exposición de los salmos que corre con el anónimo de *Incognitus*, es parto del privilegiado ingenio de este esclarecido monje. La dedicó al mencionado Abad, Reverendo P. Melchor de Morales, de quien hace grandes elogios en la dedicatoria. Termina el Sr. Casas su lista, con Fray Carlos de San Millán, Abad general de la Congregación de 1824 á 1828; pero á nosotros nos parece que podemos añadir los gloriosos nombres de San Millán y Santo Domingo de Silos. Más que probable, es casi seguro, que ambos estuvieron en Valvanera.

El P. Rubio trae algunas razones no despreciables, para demostrar que San Millán, vivió retirado en el Valle de las Venas.

De Santo Domingo, baste decir que han querido algunos hacerle Abad de nuestro Monasterio, fundados en el testimonio de Gonzalo de Berceo, el cual le llama Abad, antes de abandonar la Rioja y pasarse á los dominios de Fernando I de Castilla. Según estos autores, precisamente porque era Abad antes que pasase á Castilla, huyendo de la persecución de D. García, el de Nájera, le encargó el Rey D. Fernando el gobierno de San Sebastián de Silos.

Creemos que esta afirmación es algo aventurada y flacos los fundamentos en que estriba, pues en la vida del Santo, que escribió Grimaldo, su discípulo, nunca le da el título de Abad, sino de Prior; y además no falta quien, como Garibay, ese título de Abad que le da Berceo, lo entiendan de San Millán y no de Valvanera.

Apesar de esto, es cierto que Santo Domingo de Silos, si no vivió en Valvanera, se arrodilló repetidas veces ante el altar sagrado de Nuestra Madre, y honró con su presencia estas montañas.

CAPÍTULO VIII.

FERVOROSA DEVOCIÓN Á MARÍA SANTÍSIMA DE VALVANERA. — LAS ROMERÍAS. — PROPAGACIÓN DEL CULTO DE NUESTRA SEÑORA.

La fervorosa y entusiasta devoción que siempre han profesado la Rioja y Sierra de Cameros á María de Valvanera, tiene una explicación muy natural.

La Santísima Virgen se sienta sobre la cumbre de los montes Distercios: extiende su mano para bendecir la comarca, y con un rostro sonriente, dice á los nobles hijos de esta provincia: *Soy vuestra Madre*. En los brazos tiene á su Divino Hijo, no llagado ni echando en cara al pecador sus horribles crímenes, con dolorosa y aterradora figura, sino tierno niño, con los labios sonrosados por la inocencia, y que con fija y atenta mirada está observando los movimientos de la Madre, para otorgar todo cuanto Ella le pida. ¿No había, pues, de subir el pueblo riojano y camerano á este monte? ¿No había de postrarse ante su Madre y besar reverente ese trono de Misericordia? Tanto más, cuanto que con el tiempo, la misma experiencia de

los beneficios pasados, le aseguraba el socorro y protección de la Santísima Virgen.

Para este pueblo debía ser, pues, Valvanera, el *Templo de Dios colocado en la cumbre de los montes, al que acudirían todas las gentes*, y con gozo y fervor santo, debían decirse todos, unos á otros: *Venid, y subamos al monte del Señor y á la Casa del Dios de Jacob*.

Por testimonios antiguos, nos consta que esto fué, en realidad, nuestro Santuario.

Era tal el número de peregrinos que todos los días subían á visitar rendidos la Soberana Imagen, que fué necesario colocar las cruces que hoy se conservan, (esto decía el P. Rubio), para que desde allí hiciese la gente oración y se volviesen á sus casas, sin llegar al Monasterio. Y no era este ó aquel pueblo, no esta ó aquella clase de la sociedad; venían de toda la provincia y de fuera de ella; venían pobres y ricos, sanos y enfermos, nobles y plebeyos.

Comenzaba la concurrencia de romeros, con los primeros días de la primavera. Libres y expeditos los caminos, con la lieuefacción de la nieve, adornados monte y valle con las galas de su lozana y exhuberante vegetación, esas sendas y esos bosques se veían animados por numerosos grupos de peregrinos, que, despreciando las fatigas de un largo y pesado camino, querían venerar á su Soberana Madre en el trono de sus misericordias. Muchos venían descalzos, no pocos con ásperos cilicios ceñidos á las carnes; todos penetraban en el Templo con el corazón abrasado, y se arrodillaban ante la sagrada Imagen, exponiéndole con toda confianza sus cuitas y necesidades.

Era espectáculo conmovedor, á la par que imponente y magestuoso, contemplar á la apiñada muchedumbre de usos y costumbres tan diferentes, y adornada con los respectivos trajes típicos de su país, postrada reverente ante el altar de Nuestra Señora, emulándose los unos á los otros en la devoción y tierno afecto hacia su celestial Madre. ¡Qué suspiros más encendidos, qué expresiones más afectuosas escuchaba entonces el devoto observador! Este clamaba pidiendo misericordia y auxilio en sus nece-

sidades; aquel, inundado en transportes de alegría, y no pudiendo contener el gozo de que rebotaba su pecho, presentaba á su Madre el ser querido, sacado por su mediación de las regiones de la muerte, el miembro imposibilitado que por su intercesión recobró el natural juego y ordinarios movimientos. De todos los ojos brotan raudales de lágrimas, que á unos arrancaban el dolor y la desgracia, y á otros la alegría y el entusiasmo; pero que no por eso eran éstas más gratas ni desahogaban menos el corazón que aquellas; porque todas caían á los pies de María, y todas las recibía la clementísima Madre, despachando favorablemente á las que suplicaban, y guardando las otras como signo de reconocimiento y título para mayores beneficios.

Poseídos de un dulce embeleso, no podían separarse de su amada Virgen; noche y día gastaban en afectuosos coloquios, cada uno á su modo y conforme le sugería su piadoso corazón. Sólo faltaban de la Iglesia el tiempo necesario para tomar el necesario sustento, en las magníficas hospederías que les tenían preparados los caritativos Padres. Ninguno volvía á su pueblo, sin haber lavado antes sus culpas en el tribunal santo de la penitencia y recibido en sus pechos á Jesucristo, en el augustísimo Sacramento de la Eucaristía.

Aunque, como decimos, era muy frecuente esta confusión y mezcla de distintos pueblos, comarcas y clases en las peregrinaciones á Valvanera, tenían, sin embargo, señalados sus días, riojanos y serranos, en los que generalmente predominaba uno de los dos pueblos.

En el día de la Anunciación de Nuestra Señora, concurrían millares de pinariegos, siendo, por lo tanto, la fiesta predilecta de los habitantes de la Sierra. Además de los pueblos hoy enclavados en las provincias de Burgos y Soria, acudían en ese día y siguientes, los de Anguiano, Brieba, Ortigosa, Mansilla, Canales, Las Viniegras, Ventrosa, Lumbreras, Villoslada, Laguna y Torrecilla de Cameros, todos pertenecientes á la de Logroño.

Los riojanos comenzaban en mayo, y andando el tiempo, dieron á sus anuales visitas á Valvanera, esa forma en extremo poética y encantadora, que llamamos *romería*,

en el sentido estricto de la palabra. De ellas hemos de tratar adelante. Ahora, para curiosidad del lector, y para que todos vean la gran devoción que antiguamente profesó á Valvanera la nobleza española, queremos poner una breve lista de los principales personajes que visitaron al Santuario.

De los primeros que consta con certeza, son los Reyes de Navarra, D. Sancho el Mayor; después de trasladar su Corte á la ciudad de Nájera, sabemos que le visitó muchas veces, retirándose al Valle de las Venas, siempre que se lo consentían los negocios del Estado. Según afirma el Padre Moret (Anales fólío 779), siguió fielmente los pasos de ese gran Monarca, su hijo, el infortunado D. García; y aventajó á padre y abuelo, respectivamente, D. Sancho, hijo de este.

Con los de Navarra, compitieron en fervor y devoción á Valvanera, los Reyes de Castilla, D. Alfonso VI; su yerno el Rey de Aragón y D. Alfonso VII, veneraron en su mismo trono, á la Reina de los montes Distercios.

De la visita de los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel, había claros testimonios, como afirma el P. Rubio, en dádivas y mercedes, fundaciones y experiencias. De otros muchos Monarcas hay tradición, pero no lo sabemos con certeza.

Suele decirse que á donde va el Rey, va la Corte.

Al ejemplo, pues, de los Monarcas, subían á Valvanera, en número considerable, los nobles y magnates, lo mismo del estado eclesiástico, que del secular. De los primeros, ya hemos dicho en otra parte, que en los días festivos solían venir á celebrar de pontifical, para dar mayor realce y solemnidad á las funciones del culto.

De los segundos, no pudiendo nombrarlos todos, por no dar indebidas proporciones á nuestro trabajo, nos contentaremos con poner los más principales:

Por encargo de Felipe II, que se encontraba en la Estrella, vino á Valvanera la Serenísima Condesa de Chinchón. Trajo la misión de llevar unas vasijas llenas de agua de la Fuente Santa, con la que curó el Rey del terrible mal de la gota, que cruelmente le atormentaba; y al mismo tiempo, aprovechando la buena conjuntura, trasladó al

Monasterio el cuerpo de su noble adeudada D.^a Beatriz de Bobadilla.

D. Juan Ramírez de Arellano, Señor de Cameros, Conde de Aguilar, Marqués de Hinojosa y descendiente de regia prosapia, estuvo muchas veces en Valvanera, acompañado de toda su familia.

D. Mateo Hurtado de Mendoza, Conde de Lodosa, no sólo fué devotísimo del Santuario, sino que se retiró á él á hacer vida penitente y mortificada.

Los Marqueses de Neila, figuran entre los principales bienhechores de Valvanera, y tenían en el Monasterio el panteón de familia. No fué menos devota la noble casa de los Mansos de Zúñiga.

D. Diego Fernández de Bobadilla, Secretario de Carlos II, enriqueció el Santuario con cuantiosas donaciones; son regalo suyo los seis preciosos cetros de plata que se encontraron en la sacristía, al comenzar las obras de la restauración. Merece también honroso puesto en esta lista, la familia de los Solos.

Además de estas, son muchas las personas nobles que quisieron dormir á la sombra del Santuario, el sueño de los justos. El Sr. Casas nombra entre ellas á la Infanta Aurea, hija de D. García, de Nájera, sepultada el año de 1047; á D.^a Bronilda, de nobilísimo linaje y portentosa fortuna, enterrada el 1091; D.^a Sancha y D. Aderazo, que legaron á la Casa la antigua aldea de Morcuera; los citados D. Mateo Hurtado de Mendoza, D.^a Beatriz de Bobadilla y D. Sancho Manso de Zúñiga; D.^a Catalina de Castilla, hija del Rey D. Pedro y su sobrina; D.^a María, señora de Bobadilla; D. Blas y D. Lisardo Sánchez, hijos de D. Lupa de Torrecilla; D. García Iniguez, que lo era del Señor de Vizcaya; con este termina el docto catedrático de Zaragoza, advirtiéndome que omito otros muchos de prolija enumeración, cuyos nombres, como afirma el Reverendo Silva, guardaban las relaciones del Monasterio.

Nosotros, por no cansar á los lectores, queremos seguir el ejemplo del Sr. Casas: hemos dicho lo bastante para que puedan formarse cabal idea del entusiasmo con que todos nuestros antepasados acudían á Valvanera.

Réstanos ahora hacer una breve y sencilla descripción de esa forma poética, de que hablamos arriba, ó sea de las romerías. No podemos asegurar á punto fijo la época en que se establecieron; pero es de suponer que tienen un origen muy antiguo.

Las romerías son una de las más bellas manifestaciones del culto; ninguna contribuye, como ellas, á confirmar al hombre en sus creencias religiosas, á unir sus corazones y reunirlos en un solo pueblo; como que han bastado muchas veces para formar grandes imperios al rededor de una muralla ruinosa; por eso las vemos practicadas en la infancia misma de los pueblos.

A los sepulcros de sus héroes acudían las naciones gentílicas, para que la memoria de esos grandes hombres, encendiese en los jóvenes el amor á la Patria; se dirigían sobre todo á los templos de sus dioses para aplacar su ira, cuando los creían ofendidos, y para implorar su auxilio y protección, cuando el enemigo invadía el suelo patrio, ú otra calamidad general azotaba á los pueblos. Y es de notar aquí, que generalmente esos sepulcros y esos Templos se encontraban en elevadas y ásperas montañas; así las hacían más interesantes, y excitaban más el entusiasmo en los peregrinos. Porque la altura parece que nos aproxima á Dios; el silencio del bosque sólo interrumpido por la ondulante copa de los árboles y el gorjeo de las aves, nos permite escuchar más atentamente la voz del Cielo, y la misma fatiga, el sudor y trabajo que nos cuesta la visita al Santuario, nos parece que son títulos para ser oídos.

Estas manifestaciones, que en los pueblos antiguos sólo eran desahogo natural de los corazones, los ha perfeccionado el cristianismo, colocando en los más altos montes á la Madre de Misericordia; así es que vemos practicadas las romerías en esta única verdadera religión, con más fervor y entusiasmo que en los pueblos gentiles.

No obstante todo esto, que como á las demás romerías, da á las de Valvanera un origen remotísimo, carecemos de noticia alguna sobre las que visitaban nuestro Santuario, hasta época muy posterior á la Invenición de la santa Imagen.

Esta falta queda subsanada, con las hermosas relaciones que conservamos de las que realizaban muchos pueblos de la comarca, después que la Santísima Virgen de Valvanera se dignó librarlos de una terrible y contagiosa epidemia, que diezmaaba los habitantes de la provincia. En honor de esos pueblos, de los que muchos llegaron á hacer voto de venir en romería, queremos que consten aquí sus nombres.

Eran los siguientes: Tobía, Matute, Villaverde, Badarán, Cordovín, Bereao, Estollo y San Andrés; San Millán, Ollora y Pazuengos, Cárdenas, Bobadilla, Villar de Torre, Villarejo, Cañas, Canillas, Cirueña, Torrecilla sobre Alesanco y Manzanares.

¡Y con qué alegría, con qué entusiasmo venían todos ellos! Las Valvaneras (que así llamaban á los días de la romería), eran las fiestas más alegres de esos pueblos.

Apenas apuntado el día, un repique general de campanas, llamaba á los fieles á la Iglesia. Cuando ya el sol asomaba en el Oriente, plateando con sus fulgentes rayos las risueñas campiñas de esos pueblos, salía la muchedumbre del Templo del Señor, en bien ordenadas filas, llevando los pendones desplegados al viento, y se dirigía á las afueras del pueblo, donde en el hueco de algún árbol corpulento, se conservaba un hermoso cuadro de Nuestra Señora de Valvanera. Allí entonaban todos la Salve, acompañados de las campanas, que con sus lenguas de metal, no cesaban de atronar los aires, hasta que se perdían de vista los romeros. A ella seguían los suspiros de los pocos que quedaban en el pueblo, por no poder acompañar á sus hermanos, en especial de los venerables ancianos, que, recordando con pena sus floridos años, en que eran los primeros en asistir á la piadosa romería, tenían que dar ahora el último adiós á la Santísima Virgen desde las puertas de sus casas.

Entre tanto, los romeros comenzaban á subir alturas inaccesibles. Por entre horribles despeñaderos, atravesando espesos bosques, en los que las pintadas avecillas coreaban sus cánticos sagrados, llegaban por fin á dar vista á la mansión de María.

Aquí se confundían los vítores y aclamaciones, con los ecos sonoros de las campanas, que desde la torre del Monasterio anunciaban á los monjes la próxima llegada de los peregrinos.

Una vez en el Santuario, eran tales los transportes de alegría, tantas y tan variadas las circunstancias que herían el corazón y la fantasía de los peregrinos, que nuestra pluma se resiste á describirlas, temiendo deslucir con su desaliñado estilo, cuadro tan conmovedor y patético.

Gustosos cedemos la palabra al Sr D Castro Compañero. «Se entraba, dice este señor, en aquella espaciosa Iglesia; su obscuridad, interrumpida de trecho en trecho por las antorchas que irradiaban en sus altares, aquellas bóvedas sepulcrales en que reposaban de muchos siglos las cenizas de los cenobitas, y retemblaban con plañidero estruendo bajo de los pies del visitante, el canto grave y tierno á la vez, de los hijos del desierto, de los austeros hijos del gran San Benito, su figura magestuosa, que parecía pertenecer al mundo antiguo, sus vestiduras de luto, sus cabezas metidas en la cogulla, la soledad imponente de la montaña, aquel gentío inmenso, y sobre todo arrodillado como un sólo hombre ante el grandioso simulacro de la Reina de las Vírgenes; todo excitaba á la devoción, al recogimiento y á los transportes deliciosos que causaba en el alma la presencia de nuestra querida Madre, la Madre común de todos los riojanos; el entusiasmo no tenía límites, la devoción y la piedad se excedían á sí mismos; aquí se desahogaba la gratitud, publicando á voz en grito los favores y mercedes que cada cual había recibido».

Como hemos dicho, de los que venían aisladamente, los fieles que formaban estas piadosas romerías, pasaban todo el día en la Iglesia, dedicados á la oración y prácticas piadosas, no pudiendo separarse de su querida Madre. Tenían, sin embargo, que dejarla, porque les llamaban los quehaceres y atenciones domésticos; y no era menos tierna y conmovedora la despedida que el recibimiento.

Las campanas, que el día anterior saludaban su llegada con raudales de tumultuosa y plácida alegría, los acompañaban también ahora, hasta perder de vista el Santua-

rio; los monjes, con ese aspecto severo que les daba la cabeza, cubierta con la capilla, y el rostro curtido por los ayunos y las penitencias, salían á despedir á los intrépidos romeros, que, venciendo obstáculos sin cuento, habían venido á cantar, juntamente con ellos, las alabanzas de la Reina de los montes Distercios. ¡Qué adios más sentido era aquella despedida! Aquí dejaban los peregrinos la mitad de su alma; sus corazones volvían al Templo de María, acompañando á los venerables y santos religiosos. Y para que el nombre bendito de Valvanera no cayese jamás de sus labios, ni su pensamiento se ocupase de otra cosa que de María, llevaban en el pecho alguna estampa de la santa Imagen, ú otro objeto piadoso, que siempre les estuviesen recordando los grandes favores y singulares beneficios que debían á su excelsa Patrona. Porque no era sólo en el Valle de las Venas donde los riojanos y cameranos querían honrar á su Madre; su fervorosa devoción les obligaba á más. Esas Imágenes que llevaban del Santuario, las colocaban después en las Iglesias parroquiales ó en el tronco de algún corpulento roble, y á ella acudían en todos sus apuros y necesidades. Pero aún era esto poco; el entusiasmo que esta provincia tenía por su Virgen, no reconocía límites, y por lo tanto, el grito de ¡Viva la Virgen de Valvanera! tenía que resonar en todo el Mundo conocido, tan majestuoso é imponente como en las frías sierras del Valle de las Venas.

Claros testimonios nos da la historia, de que esto que á algunos parecerá *exageración*, fué una sencilla y pura realidad. Madrid, Barcelona, Sevilla, Málaga y otras muchas poblaciones, son prueba fehaciente, dentro de nuestra Patria. Y allá en lejanas provincias, al otro lado de los mares, donde quiera que descubráis la huella de un riojano, admiraréis un Templo consagrado á la Reina de los montes Distercios; con los vientos y las olas que llevaban á los intrépidos hijos de esta provincia, iba también el nombre y devoción á María de Valvanera.

Una extensa reseña de los solemnes cultos que en todas partes tributaban las colonias riojanas á su celestial Madre, rompería el pequeño molde en que nos hemos pro-

puesto vaciar esta breve historia. Contentémonos, pues, con dar alguna noticia de los principales.

Dice el Sr Casas: Conocidísima y celebrada es la Real Congregación de Nuestra Señora de Valvanera, fundada en la coronada villa de Madrid, el año de 1723, y establecida en el derruido Convento de Benedictinos, llamado de San Martín, del que se trasladó á la Iglesia parroquial de San Ginés, donde persevera. Las constituciones de esta Congregación, fueron aprobadas á 11 de julio de 1723, por D. Diego de Astorga y Céspedes, Arzobispo de Toledo y por el Rey D. Felipe V. En un principio, sólo constaba de riojanos é hijos de éstos; pero después, andando el tiempo, deseosos de hacer extensivas á todos los fieles las muchas indulgencias y gracias espirituales con que la enriquecieron los Sumos Pontífices, acordaron admitir á cuantos pidiesen el ingreso.

Fué su primer Hermano, D. Juan de Camargo, Obispo de Pamplona. En el año de 1745, confirió la Junta este cargo, al ilustre hombre público D. Cenón de Somodevilla, Marqués de la Ensenada, una de las más puras glorias del suelo riojano, quien lo desempeñó tan cumplidamente, que fué reelegido varias veces, hasta que el año de 1772, se le nombró con carácter perpétuo.

Contribuyó como el que más al esplendor del culto que tributaba la colonia riojana á su augusta Reina. Aun conserva la Congregación una colgadura de damasco carmesí, con cenefa de raso amarillo y sus guardamallas y borlas de los mismos colores; maguífico regalo que le hizo este ilustre riojano.

A los Reyes é Infantes, se les dispensó la cualidad de riojanos desde su fundación; y sabemos que pertenecieron á ella, los siguientes: D. Carlos IV y D.^a María Fernanda, Princesa de Asturias; los Infantes D. Carlos, D.^a María Luisa, D. Fernando, D.^a Amalia, D.^a María Josefa, D. Antonio Pascual, el Príncipe de Parma, D. Luis, que ingresaron en 25 de septiembre de 1797; D.^a María Cristina de Borbón, la Reina Isabel II.^a, la Infanta D.^a Luisa Fernanda, que lo hicieron en 13 de noviembre de 1857, y el Rey Alfonso XII, la Reina D.^a María Cristina y las Infantas D.^a Eulalia y D.^a Paz, el 22 de septiembre de 1880.

Cuenta también entre sus socios á otros ilustrísimos caballeros y nobles damas, que ostentan los títulos más honrosos la nobleza española, muchos de los que han llegado á desempeñar importantes cargos en la Congregación. Por vía de ejemplo, consignaremos los siguientes: Duques de Frías, de Arcos y Abrantes; Condes de Superrunda y de Aguilar; Marqueses de Vadillo, Monte Sacro, Arellano, Aguilafuente, S. Miguel de Gro y Puente Hajar.

Actualmente consta la Congregación de 240 socios, que rivalizan en amor y devoción á Nuestra Señora de Valvanera; siendo muy diferentes las constituciones porque se rigen de las aprobadas á 11 de julio de 1723, pues se modificaron el día 23 de septiembre de 1859. Celebran todos los años en su honor solemne Novenario, que comienza la Dominica cuarta de septiembre, y las funciones, según hemos oído á personas que las presenciaron, son un verdadero derroche de riqueza y buen gusto.

Aunque no pueda presentar en sus libros la interminable lista de títulos, que tanto honran á la de la Villa y Corte, ni en el número de socios, ni en el fausto y pompa con que honra á su celestial Patrona, cede á la anterior, la Real Ilustre y fervorosa Hermandad de María Santísima de Valvanera, establecida en la hermosa ciudad de Sevilla, el año 1724.

A lo que se cree, esta Hermandad es fundación de don Diego Fernández de Bobadilla, Secretario de Carlos II y bienhechor de la Casa, aunque no falta quien atribuya esta gloria, al religioso gremio de plateros, de la dicha ciudad del Guadalquivir. Nosotros no podemos detenernos en estas averiguaciones, por causas que no escapan á la penetración de nuestros lectores.

Se veneraba la sagrada Imagen en la Iglesia del Convento de San Benito, que la Orden tenía extramuros de la ciudad de Sevilla. Después de la exclaustración, comprendiendo aquellos piadosos hijos de la Rioja y Sierra de Cameros, que no podrían tributar á su Reina solemnes cultos en el ruinoso Templo de San Benito, y atendiendo á otras muchas circunstancias, determinaron trasladar la Efigie de Nuestra Señora, á alguna Iglesia céntrica de la ciudad. Fué la de San Alberto la que eligió su piedad y

devoción; y en ella recibe los homenajes de todos los hijos de esta provincia, desde el año 1856. Aprobó las ordenanzas ó constituciones de esta Hermandad, el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Sevilla, D. Luis Salcedo y Azcona, con fecha 14 de junio de 1726; y por lo que afectaba al sobredicho Convento de San Benito, firmaron también la competente escritura, el General de la Orden Reverendo P. Fray Antonio Sarmiento, y el P. Maestro Fray Isidoro de las Cañas, Abad, á la sazón, del Monasterio.

Como pueden comprender nuestros lectores, nos vemos precisados á omitir curiosos detalles, que ellos leerían con notable fruición y gusto; pero no es tampoco necesario que nos detengamos en ponderar la importancia de esta Congregación, ni los solemnes cultos con que honra á su egregia Patrona. Con afirmar que se trata de una Hermandad establecida en la opulenta Sevilla, y formada por entusiastas riojanos, que merced á su laboriosidad é inteligencia, han conquistado envidiables fortunas, creemos haber dicho lo suficiente; todos confesarán que no cabe la exajeración en el relato de la pluma más elocuente y entusiasta.

«Ornato lujosísimo, dice el Sr. Casas, brillantez esplendorosa, lucimiento inusitado, explosión de nobles afectos, realzan las solemnísimas funciones que los piadosos congregantes celebran en honra y obsequio de su egregia Patrona». Tienen la función principal, el día 8 de noviembre, para el que se preparan con un solemne y devoto Novenario.

Consta la Hermandad de 300 congregantes; y hasta su muerte acaecida el día 4 de abril de 1904, fué Hermana y Patrona perpétua, la Reina D.^a Isabel II.

Con esta Hermandad, compite en celo y ardor en honrar á Nuestra Señora, otra no menos ilustre, establecida también en la capital de la bella Andalucía: nos referimos á la reciente Hermandad de Mujeres de Nuestra Señora de Valvanera.

Sin duda había echado hondas raíces la devoción á la Santísima Virgen de Valvanera en el barrio del exconvento de San Benito, y debieron llevar á mal sus habitantes el traslado de la veneranda Efigie á la Iglesia de San Al-

berto, pues vemos que, á poco de realizado, se afanaban con notable interés y loable empeño, por reemplazarla y sostener el esplendor del culto de la Celestial Señora. A esto respondía la Hermandad de referencia, cuyo objeto, como rezan las constituciones, no era otro que, promover el culto de María Santísima, bajo la advocación de Valvanera. Parece era la intención de las piadosas fundadoras, que la Hermandad constase sólo de mujeres; pero después admitieron también á los hombres. «Aunque la »Congregación, dice el artículo 11 ° de las Constituciones, »se instituyó principalmente para mujeres, se extiende á »todos los fieles, para no defraudar á los hombres del consuelo á que les hace acreedores su fervor á la Santísima »Virgen».

Los nombres de las fundadoras, puede verlos el curioso lector en la Historia del Sr. Casas, para donde le remito.

Las constituciones por que se rige la Congregación, están confirmadas por la autoridad eclesiástica, con fecha 29 de septiembre de 1834.

Es más antigua y no menos célebre que las citadas, la *Real Congregación de María Santísima de Valvanera*, de la populosa y rica ciudad de Málaga, de la que, en expresión del Sr. Casas, es incoloro y escaso cuanto se diga ante la realidad misma.

Data su origen, á lo que se cree, del año 1593. Los comerciantes riojanos y serranos compraron el patronato de la Iglesia de los PP. Agustinos, que después tomó el nombre de Nuestra Señora de Valvanera, y es actualmente residencia de los PP. Jesuítas. En ella celebran con pompa y majestad sus funciones, los 200 congregantes que componen la Hermandad; excediendo á toda ponderación el lujo, ornato y magnificencia que despliegan en la principal, que se verifica del 31 de agosto á 8 de septiembre.

Esta Congregación, ha hecho heróicos sacrificios por mantener y propagar el culto de Nuestra Reina. Fuera de los que le costó la defensa del Patronato, seriamente amenazado en época no muy lejana, emprendió y llevó á cabo la tan meritoria como dificultosa obra de restaurar completamente la Iglesia de Nuestra Señora de Valvane-

ra. Merced á estos sacrificios, se ostenta hoy en Málaga la Reina de los montes Distercios, radiante de luz y hermosura en el magnífico y soberbio trono que le ha labrado la piedad de sus amantes hijos.

Se rige esta Hermandad por los mismos estatutos que la de Madrid, y los tiene aprobados por el Consejo de Castilla.

Cerca de Málaga, en medio de una feracísima vega, se encuentra la ciudad de Antequera, devotísima también de nuestra Madre. No hay Hermandad, ni tampoco tienen aquellos entusiastas devotos día fijo para las funciones, pues unos años las celebran en abril y otros en mayo; pero no por eso es menos fervorosa su devoción á María de Valvanera, á la que festejan con una solemnísimá Novena, costeada con el producto de las fincas, que un señor Moya legó para ese objeto, la que celebran en la Iglesia de la Santísima Trinidad, exconvento de los Trinitarios.

Extremadura, tan parecida á Andalucía por su clima y producciones, no se le parece, sino que la iguala en amor á la Santísima Virgen de Valvanera; prueba de ello Badajoz y Zafra.

En la segunda de estas ciudades, existió hasta hace pocos años, una Asociación de Valvanera, que festejaba con fervor á su Patrona, el día 26 de noviembre. Hoy, por falta de fondos, ha dejado de existir, pero no por eso es menos el celo y entusiasmo con que los hijos de la Rioja y Sierra de Cameros, y aun los naturales del país, honran á la primorosa Imagen de Valvanera, que conservan en la antigua Colegiata.

En Badajoz hay un altar consagrado á Nuestra Señora, en la Iglesia parroquial de la Concepción. Altar é Imagen han sido modernamente restaurados, á expensas de un canónigo de la Catedral, exmonje Benedictino.

Ha corrido la misma suerte que la de Zafra, la célebre Hermandad de Valvanera, establecida en Barcelona en el exconvento de Trinitarios; y según nuestras noticias, es ahora muy poco conocida Nuestra Señora de Valvanera, en la gran metrópoli catalana.

Suntuosos sobre toda ponderación, son los cultos con que festejan á la Santísima Virgen, bajo la advocación de

Valvanera, los riojanos y serranos residentes en la nobilísima ciudad de Valladolid. Aunque algo decaída del esplendor que alcanzó en tiempos pasados, cuenta al presente 200 congregantes la Hermandad de Valvanera, establecida en dicha ciudad y fundada en 17 de mayo de 1759, en la parroquia del Salvador.

Estuvo incorporada algún tiempo esta Congregación á la Real de Madrid, consiguiendo entonces todas las gracias y privilegios con que los Reyes y Sumos Pontífices enriquecieron á esta. Al igual de la Villa y Corte, cuenta también entre sus ilustres socios y protectores, á Reyes, Príncipes y otros títulos nobiliarios. Estando de paso la Corte en Valladolid, firmaron en el lujoso libro de la Hermandad, D.^a Isabel II, su esposo D. Francisco de Asís, sus hijos D. Alfonso XII (entonces joven Príncipe de Asturias), y la Infanta D.^a Isabel.

Consiste la función principal, que, como afirma el señor Casas, es brillante y concurridísima, en un solemne novenario, con magnífico rosario é imponente procesión, y se celebra, como todos los demás festejos, en la capilla de Nuestra Señora de Valvanera, que es muy bella y está ricamente adornada. Según nuestras noticias, va deca- yendo algo esta Hermandad, y ya no son los cultos tan solemnes como en tiempos antiguos.

Por razones que ya hemos indicado en otras partes, omitimos hablar de Burgos, que venera á nuestra Madre en la parroquial de San Cosme, de Jerez, y otras muchas poblaciones.

Breves hemos sido en la relación de los Templos consagrados á María de Valvanera en España, y de los solemnes cultos que en todos ellos tributan á la Reina de los montes Distercios, los nobles y emprendedores hijos de la Rioja; pero, bien apesar nuestro, tenemos que serlo mucho más en la de los que la Celestial Señora posee en el Extranjero, especialmente en Portugal y América. La prisa que llevamos, nos impide insertar aquí las interesantes y preciosas noticias que tenemos sobre el asunto. Bastarán, sin embargo, cuatro líneas, para que los lectores puedan formarse una idea, siquiera sea muy imper-

fecta, de lo extendido que está el culto de María de Valvanera, en el mundo de Colón.

Buenos Aires, la ciudad más populosa de la raza latina, después de París, tiene un Templo y un barrio llamados *Valvanera*.

Lima y Méjico, capitales respectivamente de las Repúblicas del Perú y Méjico, tienen Hermandades más numerosas y no menos entusiastas que las de España.

Otras muchas poblaciones tienen sus mejores Templos consagrados á María de Valvanera, y casi todas ricas y suntuosas capillas.

Los riojanos que, en número considerable, marchan todos los años á esas hermosas y dilatadas regiones, sienten encenderse más vivamente con la ausencia, el fuego sagrado que abrasaba sus corazones antes de abandonar estas tierras; y por eso oran con más fervor, llaman con más confianza y festejan con más entusiasmo á esas venerandas Eligies, que les recuerdan el Angel Tutelar de su amada tierra, y de sus queridos y ancianos padres.

No se contentaron nuestros antepasados con levantar Templos y entonar himnos bajo las sagradas bóvedas. Como nos dice el Sr. Casas: «La poesía, en sus géneros diversos, ha celebrado con o las, dramas, romances, cantos épicos y leyendas, los portentos y maravillas de nuestra insigne Patrona; la oratoria los ha propagado con la bizarría de la palabra y el entusiasmo del sentimiento; la historia los ha recogido muchas veces y transmitido á futuras generaciones». Pero por las razones que apuntamos arriba, no podemos detenernos á dar más detalles sobre esta hermosa manifestación del amor de nuestros Padres hacia María de Valvanera. Todos los historiadores que nos precedieron, insertan algunas poesías escritas en alabanzas de la Santísima Virgen de Valvanera; en ellos puede verlas el curioso lector. El P. Rubio afirma, que en su tiempo era muy conocida y se representaba con frecuencia, la comedia cuyo título era: *El mejor fruto de un Arbol*.

Siguiendo el ejemplo del P. Rubio, deberíamos contar también en este capítulo, el prodigioso número de inestimables reliquias que antiguamente poseía el Santuario.

Pero ya han desaparecido la mayor parte de ellas, y no es tampoco materia propia de un compendio. Actualmente, las tenemos de más de 58 santos, con *auténtica*, siendo las principales, las de el Lignum-Crucis, San Benito, Santa Escolástica, San Vicente M. y Santa Teresa.

CAPÍTULO IX

GRACIAS Y PRIVILEGIOS CON QUE LOS SUMOS PONTÍFICES Y REYES DE ESPAÑA ENRIQUECIERON EL MONASTERIO.

De no seguir el cronológico, es punto menos que imposible encasillar, con orden riguroso, en sus diversos capítulos los varios sucesos de que se ocupa la historia.

Los continuos milagros que obraba Nuestra Señora en favor de sus devotos; el culto esplendoroso con que honraban los Benedictinos á su Celestial Patrona; la devoción ferviente y entusiasta del pueblo riojano á María de Valvanera, movieron á Reyes y Pontífices á conceder al Monasterio singulares prerrogativas y preciados favores con que se pudiese atender al culto y se fomentase la piedad. Mas es cierto también que á esos privilegios debe en gran parte Valvanera su grandeza; y que, el deseo de lucrar las muchas indulgencias concedidas á los peregrinos, atraía al Santuario considerable número de fieles.

No todo, sin embargo, puede encerrarse en un capítulo, como parece exigía esa mútua influencia de unos sucesos en los otros; por lo cual, obligados á seguir algún orden, después de los capítulos precedentes, nos ha parecido conveniente atravesar, aunque sea á vapor, ese *maremagnum* de gracias y privilegios con que Reyes y Pontífices ennoblecieron é ilustraron nuestro Monasterio.

El más antiguo de los concedidos por los Sumos Pontífices, lo debe la Casa á Bonifacio II, quien dispensó 60 años y 60 cuarentenas de perdón, á todos los fieles que visitasen la santa Imagen; este Pontífice gobernó la Iglesia por los años de 535. Muchos pondrán, acaso en duda, la autenticidad de esta Bula; nosotros no teniendo datos para comprobarla, sólo podemos afirmar, que en tiempo del P. Rubio, se conservaba en el archivo.

Juan V confirmó la gracia de Bonifacio II, y añadió otros 60 años y 60 cuarentenas. Lo mismo hizo Clemente II.

Clemente III, confirmó también lo antecedente, y otorgó de nuevo á los referidos fieles, el perdón de la séptima parte de sus pecados.

De Inocencio III, ya hemos hablado en otro lugar. Concedió 100 años y 100 cuarentenas, á los fieles que visitaren la santa Imagen; y otro tanto á los que en la fiesta de San Atanasio visitasen el altar del glorioso Doctor, confesando y comulgando. De aquí tuvo principio, como afirma el P. Rubio, la costumbre que tenían los vecinos de Cárdenas de venir á Valvanera el día 2 de mayo, fiesta del santo Arzobispo de Alejandría.

Tiene el Santuario otra Bula de este gran Pontífice, expedida en 1212, que nos suministra datos harto importantes, para que dejemos de consignarlos en esta Historia. En ella declara libres á todos los fieles que eligiesen sepultura en el Monasterio, del tributo de pasaje que querían imponerles los pueblos del tránsito por donde se conducía el cadáver; y exime también al Monasterio, de la obligación de pagar los diezmos de sus ganados.

Se colige así mismo, del tenor de esta Bula, que el término de Valvanera se extendía desde Campastro hasta el Valle de Río-zancos, y desde aquí á Peñuelas, volviendo otra vez la línea de Campastro; y que nuestro Santuario tenía otras muchas Iglesias anejas, tales como las de Anguiano, Villanueva, San Cristobal, de Tobía; San Quirce, de Nájera; San Martín, de Emínes; Santa María, de Pinos; Ubagá, de Ezcaray; Santa María, de Sevatorre; Santa María, de Ibrillos; San Miguel, de Fonte Toba; Santa María del Mercado, en Soria; Santa María, de Avila y Santa María de Torre-Niger; todas ellas con sus dependencias: todo

lo cual, es gran aurgumento de la riqueza y fama á que llegó Valvanera en sus buenos tiempos.

Nicolás III, no sólo confirmó todas estas gracias, sino que concedió á los fieles 70 años más de remisión de sus culpas. Lo mismo hizo Gregorio IV. A todos los fieles que visitasen el Santuario en las principales festividades de la Santísima Virgen, otorgó la Santidad de Benedicto IV, 100 años y 100 cuarentenas de perdón, haciéndoles al mismo tiempo participantes de todas las estaciones de Roma y Jeru-salem, y de todas las obras buenas que se hacen y harán hasta el fin del Mundo, en la Orden de San Benito.

Además de confirmar todo lo dicho, aún concedieron 80 años y 80 cuarentenas, cada uno, Honorio IV y Urbano III.

A más llegó Inocencio IV, pues hizo participantes á los referidos fieles, de todas las buenas obras que se hacen y harán hasta el fin del Mundo, en las Ordenes de San Benito, San Francisco y Nuestra Señora del Carmen. Esta gracia hizo extensiva á la de San Agustín, el Papa Sixto IV, quien además comunicó á Valvanera todas las gracias y favores que sus predecesores habían concedido al santo Hospital de San Juan de Bodas. También dispensó 80 años y 80 cuarentenas, Bonifacio VIII; y á los que visitasen el Santuario en los días de Resurrección, Ascensión, Pentecostés y Corpus Christi, la Asunción de Nuestra Señora y su Natividad, con las dos Octavas, 100 años y 100 cuarentenas, en cada uno de esos días.

Ninguna de estas Bulas favoreció tanto á Valvanera, como la que le dispensó Paulo III, de feliz memoria. En ella encomia el culto que se daba á Nuestra Señora, admira los milagros de la Santísima Virgen, y, queriendo fomentar la entusiasta devoción que se le profesaba dentro y fuera de la provincia, concede indulgencia plenaria y jubileo, á todos los fieles que, con verdadero dolor de sus pecados, habiéndolos confesado ó teniendo propósito de confesarlos, visiten la santa Imagen en la fiesta del Nacimiento de la Virgen Santísima, y el penúltimo día de su Octava, en que se celebra la exaltación de la Santa Cruz. Y lo que es más de ponderar, autoriza al Abad del Monasterio, ó á quien haga sus veces, para que pueda señalar

confesores seculares ó regulares de cualquiera Orden, los que podrán absolver á los dichos fieles, de todos los pecados reservados, excepción hecha de los contenidos en la Bula *In Cæna Domini*.

Otra indulgencia plenaria podían ganar los devotos de Valvanera, visitando los siete altares del Templo; gracia debida á la Santidad de Gregorio XIII, quien además hizo privilegiado el altar de San Miguel, para las misas que se celebrasen en sufragio de las almas del Purgatorio. Inocencio X revalidó este privilegio, y Benedicto XIV lo hizo extensivo al altar de San Benito.

Finalmente, Su Santidad León XIII, se dignó conceder indulgencia plenaria, á todos los fieles de uno y otro sexo que visiten devotamente este Santuario, confesando y comulgando en él, y rogando al propio tiempo por las intenciones de la Iglesia; indulgencia que puede ganarse todos los años una sola vez. El mismo Sumo Pontífice concedió además á todos los arriba mencionados, cumpliendo las mismas ya expresadas condiciones, que el día 2 de agosto puedan ganar la indulgencia llamada de la *Porticula*, aplicable á las almas del Purgatorio. Es de advertir, que ambas gracias son perpétuas.

No se mostraron menos pródigos y liberales que los Sumos Pontífices, los católicos Reyes de España. Varias donaciones pone el P. Moret en sus Anales de los Reyes de Navarra.

D. Sancho el mayor y su hijo D. García, de Nájera, concedieron al Monasterio las Iglesias de Nuestra Señora del Mercado, en Soria; San Miguel, de Fonte-Toba; San Quirce, de Nájera y la Granja, de Villanueva, con todas sus pertenencias. Aventajó á padre y abuelo respectivamente D. Sancho el Noble, de quien consta que otorgó en un solo año tres donaciones de importancia, siendo la principal, la anexión al nuestro del Monasterio de San Saturnino, de Ocón, con los diezmos de todos los frutos que se recogiesen en sus términos.

Con la infortunada y trágica muerte de D. García, el de Nájera, pasó gran parte de la Rioja á la Corona de Castilla, compitiendo sus Reyes con los navarros en hacer favores á Valvanera.

Nada menos que con tres donaciones dispensadas en los años 1077, 1081 y 1092, enriqueció Alfonso VI nuestro Santuario. Concedióle este gran Monarca, la Comunidad de pastos con las villas de Matute, Tobía, Anguiano, Villanueva, La Matriz, Valle de Ojacastró y Canales. En privilegio dirigido al Abad Alvaro, dió á los monjes carta de ingenuidad en Salinas de Añana. Tan grande era la devoción que este Rey profesaba á Nuestra Señora, y tan alto concepto tenía de los monjes de Valvanera, que eligió algunos de ellos para implantar la observancia regular en el Monasterio de Nuestra Señora de la Antigua, de la ciudad de Avila, poco hacía conquistada á los agarenos.

Tan devoto de Valvanera como el VI, fué sin duda alguna, Alfonso VII, pues le otorgó en 1140, los lugares de San Juan de Salguero y de Carriscosa, en tierras de Pinares: donóle también cuantiosas rentas en Grañón y Cañas; y contribuyó mucho á reedificar y ensanchar la Iglesia.

D. Alfonso VIII, el de las Navas de Tolosa, nieto del anterior, heredó con el valor, la entusiasta devoción de su abuelo, á la Santísima Virgen de Valvanera.

El pueb'o de Villanueva, situado en las márgenes del Najerilla, poco más abajo de Anguiano, por causas que antiguamente conservaba nuestro Archivo, llegó á sufrir quebrantos importantes en su riqueza, hasta el punto de despoblarse el barrio de San Martín, uno de los dos en que lo dividía el río. Para remediar, pues, estos males, el citado Alfonso VIII, expidió el año 1189, un privilegio, por el que concedía para siempre al Monasterio, la jurisdicción de Villanueva y La Granja; y por él quedó el Santuario en pacífica posesión de estos lugares, que ya le habían otorgado Reyes anteriores.

Al decir del P. Rubio, era ésta tan magnífica donación, que sus productos bastaban para sufragar todos los gastos del Monasterio. Hoy, ¡ni siquiera existe Villanueva! ¡Así cambian los tiempos! Este privilegio está confirmado por Fernando III, el *Santo*.

El Rey sabio Alfonso X, autorizó á la Comunidad para que pudiese llevar por todo el Reino cuatro acémilas

cargadas con los bastimentos necesarios, para el sustento de los monjes.

4 000 cabezas de ganado lanar podían andar por toda España, libres de gabelas y tributo; favor que debía el Monasterio á los Reyes D. Juan I y D. Enrique III.

De la Reina católica D.^a Isabel I. sabemos que se trasladó desde Vitoria á Valvanera, con el fin de observar con sus propios ojos, el prodigio de la Cocina Santa. Fundó un aniversario perpétuo en sufragio de las almas de sus difuntos padres; entregó valiosas joyas para el mayor lucimiento y pompa del culto, y contribuyó á que se celebrara de allí en adelante, con fiesta solemne, la Visitación de la Santísima Virgen.

Felipe II, agradecido á María de Valvanera por la notable mejoría que experimentó bebiendo las aguas de la Fuente Santa, concedió al Santuario una renta anual de 150 aureos, para que continuamente luciesen ante la santa Imagen, siete lámparas de plata. Regaló también dos preciosas coronas de oro, para las Imágenes de María y de su Divino Hijo.

Todos estos privilegios, están confirmados por reales decretos de Felipe V y Fernando VI.

Al lado de las donaciones reales, merecen figurar las de algunos pueblos, pues no son de menor importancia que aquellas. Del lugar de Salinas de Añana, dice el Padre Rubio, hay muchas donaciones. Almazán se obligó con su Concejo, á pagar todos los años cierta medida de trigo por vecino; y lo mismo consta que hicieron los nobles avileses.

Terminaremos el capítulo, con una donación más notable por la persona que la dispensó, que por la riqueza de la donación misma, aunque también era muy grande. El glorioso Santo Domingo de la Calzada, reconocido al Santuario y á su Abad D. Íñigo, á los que siempre amó con delirio, regaló á la Santísima Virgen en 1087, *todas las heredades que constituían su rico patrimonio*.

Un vivo dolor atraviesa nuestro corazón al querer pasar hoja, y la pluma parece que se resiste á continuar este pequeño trabajo. Parécenos oír el estruendo de los muros que se derrumban, el griterío de la soldadesca desenfrenada, que se entrega al pillaje y profana el sagrado Tem-

plo, donde se habían prosternado tantas generaciones; y lejos de acercarnos á contemplar ese cuadro de desolación, y describir esas ruinas todavía humeantes, quisiéramos solazarnos con los recuerdos de los buenos tiempos de Valvanera. Pero es necesario seguir el hilo de la Historia.

CAPÍTULO X.

RUINA DEL SANTUARIO. — LA RESTAURACIÓN.
PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS DESDE ESA ÉPOCA HASTA
NUESTROS DÍAS.

Deshecha tempestad rugía allende los Pirineos. A su violento choque, saltó hecho astillas el trono de San Luis, cayeron por tierra todas las instituciones seculares de Francia, y la anarquía y el despotismo, sumieron en un mar de sangre y lágrimas, la infortunada Nación de los francos.

Muy poco preocuparon á las cancillerías europeas los excesos de la revolución, mientras estos se dirigían contra la Iglesia y sus ministros; pero luego comprendieron que la furiosa tempestad desencadenada en el Reino vecino, era una negra nube que se alzaba en lontananza, y que, á no tardar, amenazaba envolverlos también á ellos y ahogarlos en el común naufragio. Movilizaron, pues, sus ejércitos, y la Francia vió en un punto invadidas todas sus fronteras. No consiguió imponerse el número, porque el Señor quería castigar á las demás naciones, no menos culpables que la de Clodoveo, de las calamidades sin cuento que afligían á la vieja Europa.

Entonces, el débil é inepto Gobierno que regía los destinos de nuestra Patria en aquellos aciagos tiempos, atemorizado por los brillantes triunfos que alcanzaban los generales de la República, se apresuró á deponer las ar-

mas y humillarse ante los franceses. Y no paró ahí. Deslumbrado más tarde por el genio de Napoleón el Grande, cometió la incalificable torpeza de unir su suerte á la de la revolución triunfante, personificada en este invicto caudillo.

Aturdidos y todo como estaban, podían haber considerado, que las alianzas con los poderosos, son la ruina de los pueblos débiles; y que la ambición, apoyada por un brazo robusto, no reconoce fronteras, ni escucha jamás la voz de la justicia.

Engreído Napoleón con sus victorias, que contaba por el número de las batallas, y acostumbrado á repartir coronas como quien juega á los dados, creyó en sus vastos planes y ensueños de gloria, que le sería muy fácil apoderarse de España y colocar en el trono de San Fernando, á un vástago de su familia. Como lo pensó, lo puso en práctica; pero le salieron fallidos sus dorados cálculos, de que podría dominar para siempre á España. Confundió el pueblo español con su Gobierno, y esto le perdió. Aquí quedaron heridas de muerte las águilas imperiales, que contemplaban impávidas y orgullosas las sombras de la muerte sobre los campos de Austerlitz y del Jena. No nos costó, sin embargo, poca sangre el obligarlas á pasar de nuevo el Bidasoa, ni fueron pocas las ruinas y quebrantos que ocasionaron á España sus furiosos aleteos.

Valvanera hubo de sufrir también las tristes consecuencias de la invasión francesa.

Recorría esta comarca una cuadrilla de 21 hombres armados, valientes defensores de la libertad patria, al decir de unos, terribles criminales que querían pescar á río revuelto, y labrar su fortuna á costa de la ajena, según opinión de otros. El Alcalde de Matute, haciéndose eco de la opinión pública que los tenía por bandidos, denunciólos á la autoridad militar francesa, residente en Santo Domingo de la Calzada. Destacó ésta algunas tropas en su persecución, las que llegaron el 21 de enero de 1809 á nuestro Monasterio, donde poco antes habían penetrado los criminales, sin la precaución de dejar en las cumbres algunos centinelas, que observasen los movimientos de los franceses.

Intimó la rendición el jefe de las fuerzas, pero ellos se negaron con entereza y energía, respondiendo á la propuesta del francés, con un nutrido y mortífero fuego de fusilería. Entonces, mandó éste incendiar el Santuario, permitiendo antes á los monjes trasladarse al prestiño, habitación destinada para vivienda de los criados y para horno del Monasterio. En la refriega entablada entre sitiadores y sitiados, tuvieron muchas bajas los franceses, entre ellos, dos soldados muertos. De los sitiados, solo dos más animosos pudieron escapar con libertad, despeñándose por el torrente en medio de una verdadera lluvia de balas. Los 19 restantes, tuvieron al fin que entregarse prisioneros á los franceses, que los condujeron á Santo Domingo, donde fusilaron á 17 de ellos, salvándose los otros dos, como dice el Sr. Casas, mediante eficacísimos empeños.

Afortunadamente, en Valvanera solo hubo que llorar la muerte de un anciano, residente en el Monasterio, aunque no era religioso, el cual, picado sin duda de la curiosidad, se asomó á la ventana durante la contienda, y cayó muerto en el acto, atravesado el corazón por una bala.

Mayores que las personales, fueron las pérdidas materiales, que experimentó el Santuario.

La obra de la fe de nuestros padres, y del trabajo y constancia de muchos siglos, redújola en pocas horas el voraz elemento, á un informe montón de escombros. Alhajas, vestiduras preciosas, venerandas reliquias, y todo cuanto atesoraba el artístico Templo, quedó en aquel nefando día sepultado bajo las incendiadas ruinas. La codicia sin límites del soldado descreído, vino á consumir la catástrofe, robando cuanto de algún valor pudo haber á las manos: nada menos que 13 arrobas de plata fundida se llevaron los franceses á Santo Domingo, según corre de boca en boca desde aquellos tristes y malhadados tiempos. Sólo se libraron del fuego y codicia, los seis valiosos cetros de plata, regalo, como ya saben nuestros lectores, del Secretario de Carlos II, D. Diego Fernández de Bobadilla. Estos se encontraron, al empezar la restauración, en un hueco formado en la pared de la sacristía antigua.

Ayes lastimosos, torrentes de lágrimas arrancó á los

monjes refugiados en el prestiño, la completa destrucción de su amado Convento.

Seguramente que, á consentirlo las circunstancias, siguiendo el noble ejemplo de sus antepasados, habrían comenzado á levantar nuevo Monasterio sobre las ruinas del antiguo; pero andaban los tiempos muy revueltos, y les era imposible perseverar por más tiempo en su amado retiro. Determinaron, pues, abandonarlo y refugiarse en los pueblos vecinos. El P. Fray Benito Lobarinañas, fué el único que permaneció en Valvanera, con el encargo de velar por la seguridad del Templo y culto de la santa Imagen.

Volvieron los monjes el año 14, después de sosegadas algún tanto las cosas de España. Con verdadero celo y ardiente fe, se dedicaban á reparar, en lo posible, los grandes daños causados por los franceses, cuando una inícu ley, votada en las Cortes, vino á obligarles de nuevo á desamparar á su querida Madre y Celestial Protectora, el año 1820. Con el mismo fin que el P. Lobarinañas, en 1809, se quedaron ahora en el Monasterio el P. Pardón y Fray Antonio García Lomana. No desanimaban á los Benedictinos estos contratiempos, pues, en el año 1824, volvieron á ocupar de nuevo el Santuario.

Para que nuestros lectores puedan comprender las estrecheces y privaciones de toda clase á que estaban sujetos los PP. Benedictinos, y lo mucho que iban disminuyendo las rentas del Santuario desde la invasión francesa, y aun desde años anteriores, voy á poner el estado del Monasterio en 1824, tal como se me ha remitido copiado de las actas del Capítulo General, celebrado ese mismo año, en que dejó de ser Abad de Valvanera, el P. Maestro Fray Bartolomé Mayor.

Se me mandaron estos datos y otros que pedí, del Monasterio de Santo Domingo de Silos (Burgos), donde se conserva el Archivo General de la antigua Congregación de Valladolid, y los debo á mi apreciable Hermano en San Benito, el Reverendo P. Fermín Melchor, á quien doy público testimonio de mi gratitud, y quedo altamente reconocido.

En 1820, la Casa debía 53.658 marcos.

En 1824, no debe nada.

Ha recibido su Paternidad en dinero. 235.619 marcos
 Ha gastado en partidas honrosas . . . 250.424
 Ha gastado en el santo Convento . . . 54.937
 Ha tenido su Paternidad, cinco monjes y dos Hermanos legos.

Su antecesor, tuvo nueve monjes y dos Hermanos legos.

Recibió de vino de las cosechas y provechamiento del trujal de Cárdenas. . . 1.302 cántaras.

Deja de carneros 183.

Idem de colmenares 61 vasos.

Idem de ganado trashumante. 4.000 cabezas.

Como se ve, en 1820 no solo no era desahogada la situación de la Casa, sino que debía una cantidad importante; y si después pudieron saldar esa deuda en cuatro años, fué debido á que los monjes ya dispersos, podían vivir más económicamente en los pueblos que en el desierto de Valvanera, ultra de que su número era insignificante, si lo comparamos con el de otros tiempos.

También se echa de ver que disminuían los ingresos, con relación á los capítulos anteriores.

En el del año de 1785, por ejemplo, se lee:

Ha recibido su Paternidad en trigo. . . 3.555 fanegas.

Idem id. en cebada. 3.085

Idem id. en vino. . . 2.066 cántaras.

Deja de carneros. 261.

Idem de ganado extremeño. 7.280 cabezas.

Ha tenido de lana merina en 4 años. . . 5.604 arrobas, etc., etc., etc.

No obstante esta disminución, merced á los grandes esfuerzos de los monjes, se iba reponiendo bastante Valvanera, y la Comunidad aumentaba de modo considerable; pero en virtud de la exclaustación, votada el 11 de octubre de 1835, se vieron obligados á abandonar definitivamente su amado retiro, el día 7 de diciembre del mismo año. Veintiún monjes de coro y dos Hermanos legos, dice el Sr. Casas, que dejaron con lágrimas y dolor aquellos hogares, recuerdo de sus antepasados y teatro de gloriosos acontecimientos.

Corto era este número de monjes, comparado con el de los buenos tiempos de Valvanera. A principios del si-

glo XIX, contaba el Santuario con sus anejos, que eran La Granja, Nuestra Señora de Ubaga, Avila y Soria, nada menos que 84 de coro y 86 Hermanos legos. Empero, pocos y todo como eran, de no obligarles la exclaustación á abandonarlo para siempre, habrían podido continuar las glorias del Monasterio y reedificar completamente á Valvanera. No le plugo, sin embargo, por entonces, á la Santísima Virgen.

Otras veces eran extranjeros ó infieles los que profanaban el Santuario y echaban por tierra sus muros; ahora lo hacían sus mismos hijos, aquellos á quienes Ella había colmado de bendiciones; y no sólo querían destruir á Valvanera, sino que llegaba su maldad á privarlo de sus únicos guardianes, los PP. Benedictinos, para que nunca jamás volviesen á resonar las divinas alabanzas en el sagrado Templo, ni pudiese escuchar nuestra Madre desde su trono, las fervientes oraciones de sus devotos. Era, pues, necesario un ejemplar castigo. Valvanera debía quedar desierto, arruinados sus muros, destruídas sus puertas y enlutados sus caminos. Aun más: la Santísima Virgen de Valvanera, que había hecho célebres en todo el Mundo los montes Distercios, asentando en ellos el trono de sus misericordias, tenía ahora que abandonarlos, para castigar de algún modo la ingratitud de sus hijos, y para que este pueblo engañado, viéndose sumido en un mar de calamidades, y no encontrando á quien llamar en su desgracia, reconociese su yerro y clamase compungido: «Con razón padecemos todo esto, porque hemos abandonado á nuestra Madre». Todo esto, repetimos, tenía que suceder, y todo, en efecto, sucedió. Los monjes, los descendientes de aquellos santos Abades, de aquellos sabios religiosos, que tanto ilustraron la Casa en tiempos antiguos, abandonaron su amado retiro, refugio en todas épocas del saber y la virtud. Desde entonces, la mano del tiempo se mostró implacable con el Monasterio; los vientos huracanados y las copiosas nevadas, tan frecuentes en Valvanera, acabaron la obra de destrucción iniciada por los franceses; y el célebre Santuario, la gloria de toda la Rioja, quedó convertido en redil de inmundos ganados, y cabana de sencillos pastores.

Sus bienes, como los de todos los regulares, fueron declarados nacionales, excepción hecha de los destinados al culto divino, que se dejaron á disposición de la Autoridad Eclesiástica Diocesana. La de este Obispado, comisionó para que recogiese y custodiase los de Valvanera, al Vicario eclesiástico del partido de Nájera, D. Domingo Aransay, párroco de Estollo.

Este señor, juzgando que la presencia de la santa Imagen evitaría muchos desmanes, y pondría coto á la desmedida codicia de los hombres perversos, se opuso resueltamente á que se trasladase á alguno de los pueblos comarcanos, como pedían otros, encargando al párroco de Tobía D. Manuel Estecha, que estuviese á la mira y diese aviso, de cuanto ocurriese en el Monasterio.

Pronto se vió éste obligado á comunicar á su digno Arcipreste, que la mano poco escrupulosa del hombre, ayudaba al tiempo en su acción demoledora; que eran frecuentes los robos de las pocas alhajas que conservaba el Santuario, y que cuantas veces se tapiaban las puertas, otras tantas las echaban por tierra los depredadores. En vista de esta comunicación, se dirigió el Sr. Arcipreste al Gobernador Eclesiástico, suplicándole diese pasos cerca de la Autoridad Civil, para que esta, con recomendaciones y amenazas, evitase la total ruina que amenazaba á Valvanera; pero no pudieron conseguir absolutamente nada.

Entonces comprendió el mismo Sr. Arcipreste, que era necesario trasladar la santa Imagen. Expúsolo así al Gobernador Eclesiástico en un bien razonado discurso, interesándole para que lo antes posible, expidiese la orden del traslado á Anguiano.

El Muy Ilustre señor D. Pedro Zarandía, que así se llamaba el Gobernador, quería que el mismo pueblo de Anguiano, con su Alcalde á la cabeza, pidiese esa gracia, pues á nadie le interesaba tanto como á él, recibir y dar culto en su Iglesia á la veneranda Efigie de Nuestra Señora. Mediaron, por consiguiente, varias comunicaciones entre ambas Autoridades, con lastimosa pérdida de tiempo; porque entre tanto, los vecinos de Brieva, validos de la eficaz influencia de que gozaban algunos de sus hijos,

pidieron y alcanzaron de la Junta de Enagenación de Conventos, el decreto del traslado á favor de su pueblo; y no durmiéndose sobre los laureles, como suele decirse, se apresuraron á poner en ejecución la orden del Gobernador, comisionando inmediatamente á algunos vecinos, para que á toda prisa sacasen de Valvanera la santa Imagen, y la condujesen á su pueblo con la decencia posible.

Fueron tan cautos y diligentes, que en los últimos días del año 1839, ya estaba la Santísima Virgen en Brieva, sin que siquiera llegase á darse cuenta del suceso la Autoridad Eclesiástica.

Reclamó ésta enérgicamente cuando llegó á su noticia el traslado, llegando á calificar el acto de temeridad; pero ya era tarde.

Quizá hubiese podido evitarlo, entendiéndose con el Gobernador Civil antes de expedir la orden en favor de Brieva, pues no se necesitaban largos razonamientos para convencer á ese señor, de que el asunto era de incumbencia exclusiva de la Iglesia; pero, como hemos dicho, ignoraba la Autoridad Eclesiástica los manejos del pueblo de Brieva. Ahora podía suponer que habían de ser inútiles todas sus reclamaciones, porque no sería difícil desentenderse de ellas, á los que no creyeron necesario su permiso para efectuar el traslado. Por otra parte, tampoco era de presumir que se revocase la orden, porque una vez la Imagen en Brieva, ninguno de los pueblos vecinos podía alegar mejores títulos que él, á la posesión de tan precioso Tesoro. Así que el asunto quedó muerto por algunos años, y ni la misma Autoridad Eclesiástica parece que ponía empeño en defender sus derechos. Solo exigió que se le enviase un inventario bien detallado de todos los objetos que, juntamente con la Imagen, habían llevado á Brieva los comisionados para ese efecto.

Mientras los pueblos se disputaban la posesión de la Reina de los Distercios, Valvanera estaba sola llorando con amargas lágrimas su ruina y desolación. Lloraban también sus caminos, *porque nadie venia á la solemnidad*. Solo algún que otro romero se sentaba al pie de sus quebrados muros, á la sombra de sus gigantescos y corpulentos sauces; pero esto, más que de consuelo, le sería de

tormento y pena; porque para esos romeros había desaparecido de Valvanera el hechizo de sus almas, el imán de sus corazones, la Virgen de sus encantos: todos llorosos, como los hijos de Israel en las riberas del Eufrates, colgaban de las ramas de los árboles los instrumentos músicos, y con hondos suspiros y acentos lastimeros, cortaban los aires y hendían las piedras, pidiendo perdón al Dios de la clemencia y á su Madre la Santísima Virgen, enojada contra ellos.

Además del traslado de la Santísima Imagen, no contribuyó poco al decaimiento del fervor y entusiasmo hacia Valvanera la guerra fratricida, que desolaba todas las provincias de la Península.

Terminada ésta, todas las miradas se dirigían á los montes Distercios, todas las lenguas llamaban á María de Valvanera: la necesidad de aplacarla, reedificando su antiguo trono y tributándola solemnes cultos en el mismo lugar que la veneraron nuestros padres, era comunmente sentida por todos los riojanos y cameranos, de pecho noble y generoso.

Subían, pues, á Brieva en piadosas romerías, ante la santa Imagen; descubrían reverentes sus cabezas, doblaban sus rodillas, y con suspiros y tiernos sollozos protestaban á su Virgen, que de nuevo habían de levantarle suntuoso trono en los montes Distercios. Para demostrar su firme propósito de reedificar el Santuario, nunca volvían á sus casas, sin antes visitar á Valvanera; muchas, ni siquiera llegaban á Brieva: allí pasaban todo el día llorando amargamente.

Era la restauración empresa larga y costosa, y no estaba en sus manos ponerse al frente del movimiento que había de llevarla á cabo. Por eso, mientras llegaba el feliz momento de emprender las obras, y deseando tener la veneranda Efigie en lugar más cercano y de más fácil acceso que Brieva, hicieron varias gestiones, que no dieron el resultado apetecido.

En el año 1846, firmaron varios pueblos una exposición, en la que solicitaban el traslado de la santa Imagen al pueblo de Anguiano, pero con tan mala fortuna, que no consiguieron ni llamar la atención de las Autoridades.

Fué algo más afortunada que la anterior, la que elevaron al Sr. Obispo de la Diócesis, que era, á la sazón, el Ilustrísimo Sr. D. Cipriano Juárez; mas, por causas que nadie podía sospechar, tampoco consiguió que saliese la Virgen de Brieva. Habían alcanzado esos pueblos del ilustre riojano Excelentísimo D. Pablo Govantes, Ministro de Gracia y Justicia, una real orden que autorizaba la traslación de la Virgen á San Millán de la Cogolla, como pedían los solicitantes. Con esta real orden y con la debida licencia del Obispo Diocesano y la del Excelentísimo Arzobispo de Burgos, á cuya Archidiócesis pertenece Brieva, se presentó en este pueblo una comisión de treinta á cuarenta hombres, casi todos del valle de San Millán. Su presidente, que era el digno párroco de Azofra, D. Nicolás Caro, expuso á las Autoridades el objeto que los había traído á Brieva, presentó los documentos; mas todo fué inútil. El párraco del pueblo, alegando la razón de que no había recibido orden de su Diocesano, se negó á entregar la Imagen.

Atónitos quedaron los comisionados con semejante respuesta, pero no les quedaba otro remedio que salir de Brieva con las manos vacías, y apresurarse á dar parte de sus infructuosas gestiones á los innumerables fieles que de todos los pueblos habían salido al tránsito, con el fin de saludar á su querida Madre.

No se contentaron los de Brieva con oponerse á la real orden que favorecía las pretensiones de los del valle de San Millán y de toda la Rioja. Ese decreto era para ellos una terrible pesadilla, pues indudablemente los interesados habían de apelar al Sr. Gobernador para que exigiese su cumplimiento; por lo tanto, si querían que perseverase en su pueblo la santa Imagen, tenían que pedir y obtener la derogación de la real orden. Todo esto pudo la eficacísima influencia del Sr. Bayo, opulento banquero de Madrid y entusiasta hijo de Brieva. El decreto se derogó cuando el Sr. Govantes dejó de ser Ministro, que fué precisamente algunos días, muy pocos, después de negarse el pueblo y párroco á entregar la santa Imagen.

En el reloj de la Divina Providencia se acercaba la hora en que María de Valvanera debía abandonar á Brieva

y volver al Valle de las Venas; porque no consentía el tierno y piadoso corazón de la Virgen estar más tiempo alejada de sus amados hijos. En 1880, inspiró á un ejemplar y austero penitente, la alta idea y elevado pensamiento de prepararle el trono, en el que de nuevo quería ostentarse como Madre cariñosa del pueblo riojano y camerano. Hubiera seguramente retrocedido ante la magnitud de la empresa, á no estar seguro que era el Señor quien lo llamaba; mas la voz de Dios da alientos sobrehumanos; el afortunado que la escucha y la sigue, en nada encuentra obstáculos; con la fe traslada los montes.

Dócil, pues, á las inspiraciones de la gracia, Tiburcio Lanas, que así se llamaba el fervoroso anacoreta, apareció en Valvanera en 1880, sin más recursos que el sencillo vestido que cubría sus carnes, ni otros medios para llevar á cabo la titánica empresa, que el santo rosario y una azada que le prestaron en Badarán.

Con su laboriosidad, vida austerísima y afable trato, logró entusiasmar á todos los pueblos de la comarca, de los que todos los días subían á Valvanera considerable multitud con el granito de arena, que debía levantar el Templo augusto de sus padres. Mucho tendrá que decir la Historia del solitario Tiburcio: á nosotros, ultra de su reconocida modestia, nos detiene la pluma el consejo del Eccle: *Ante mortem ne laudes hominem quemquam*. No alabes á hombre alguno antes de su muerte.

Las romerías, no interrumpidas, como hemos dicho, sino durante los siete años de la guerra civil, tomaban ahora inusitado incremento. En el mismo año 1880, á poco de establecerse el solitario en Valvanera, realizaba el pueblo de Badarán su anual visita al Monasterio. Era mayor el concurso de romeros que en los años anteriores, y todos subían alegres y llenos de entusiasmo, porque ya la palabra restauración sonaba del uno al otro extremo de la provincia. Cuando dieron vista al Santuario, gritos atronadores llenaban el espacio; no les cabía el gozo en el corazón, y todos alborozados, entonaban la majestuosa Salve popular, firmemente persuadidos de que presto había de escuchar la Santísima Virgen sus plegarias, desde el mismo trono en que había recibido las de sus ante-

pasados. Pero ¡oh desconsuelo! lejos de verlo todo preparado para la restauración en que ellos pensaban de día y soñaban por la noche, notaron con grande asombro, que aún continuaba en Valvanera la obra de destrucción y ruina.

Una Imagen de Nuestra Señora, colocada en artística hornacina sobre la fachada del antiguo camarín, era el único recuerdo que encontraban los romeros de la antigua historia de Valvanera, desde que la Santísima Virgen fué trasladada á Brieva. Para ellos, esta Imagen sombreaba las ruinas del Santuario, protegía las cenizas de sus antepasados, sepultados bajo el informe montón de escombros; por eso la profesaban singular devoción y la invocaban con verdadero afecto y ternura. Se arrodillaron, pues, á sus pies, como de costumbre; levantaron la vista á lo alto para dirigirle sus fervorosas plegarias, y entonces notaron que había desaparecido el blanco de sus oraciones. Los vecinos de Tobía la habían trasladado al pueblo del mismo nombre, sin duda, como dice el Sr. Casas, «para poder venerarla de más cerca y á todas horas».

Más que dolor y rabia, excitó este hecho en el piadoso corazón de los romeros, un vivo deseo y firme convicción de que era absolutamente necesario poner término al actual estado de cosas, si querían conservar en Valvanera la memoria de sus padres y hasta las mismas ruinas, que tantas lágrimas arrancaban á los riojanos.

¿Por qué, se decían unos á otros, no hemos de levantar esos muros llenos de gratos recuerdos? ¿Por qué no cubrir, escombrar y abrir al culto ese majestuoso Templo, testigo de tantos milagros? Siquiera reedifiquemos, (decían aludiendo á la Ermita del Santo Cristo), esa modesta capilla, donde podamos oír el santo sacrificio de la misa en nuestras romerías.

Con estos pensamientos, se despidió de Valvanera en 1880, la entusiasta romería de Badarán. No hablaban de otra cosa en el camino, y todos se ofrecían á porfía á contribuir en la medida de sus fuerzas, á la pronta restauración de la Ermita del Santo Cristo. Apenas llegados al pueblo, después de las ceremonias de costumbre, se presentaron al párroco, exponiéndole la feliz idea que habían

concebido en Valvanera, y la inquebrantable resolución que habían formado, de no cejar en su propósito hasta verla realizada. Comprendió el señor cura, que no eran palabras vanas ni fugaces y pasajeros propósitos los que animaban á sus feligreses, pues algunos de ellos, como D. Crisanto Escalera, llegaron hasta á vender heredades, que casi necesitaban para el sustento de sus familias, con el fin de promover, siquiera fuese con el óbolo del pobre, la restauración de Valvanera, y con ella el culto de su Virgen adorada. Se apresuró, por lo tanto, á poner en conocimiento de su digno compañero el párroco de Anguiano el santo y loable propósito de los vecinos de Badarán, rogándole, al mismo tiempo, que se dignase él presentar al Obispo Diocesano, Sr. D. Gabino Catalina, los fervientes votos y encendidos anhelos de que estaban animados sus queridos feligreses.

Por fortuna, estaba entonces al frente de la parroquia de Anguiano, el Dr. D. Máximo de Cura, persona de vasta erudición y amante como el que más de Valvanera. Conforme á los deseos del párroco de Badarán, el señor de Cura se dirigió al Prelado en discretísima solicitud, fechada en 15 de junio del mismo año 1880. En ella le exponía el entusiasmo que comenzaban á despertar en todos los pueblos de la comarca las ruinas de Valvanera, ya comenzadas á remover por el austero penitente que había consagrado á Dios su vida en esta soledad, y la conveniencia suma de que las autoridades secundasen el movimiento, impulsando la piedad y el entusiasmo del pueblo riojano, á fin de que lo antes posible se pudiese abrir al culto la antigua Ermita del santo Cristo, que era lo que por de pronto deseaban los pueblos. A esta exposición acompañaba el informe favorable del Arcipreste y párroco de Estollo, Fray Osorio Antonio Prado, en el que confirmaba que era conveniente y hasta necesario abrir al culto la Ermita, para que pudiesen cumplir con sus deberes de cristianos los pastores del contorno; daba algunas noticias de la vida y costumbres del *penitente*; indicaba la conveniencia de nombrar una Junta que cuidase de dar el debido destino á las limosnas, y exponía otros medios, á cual más conducentes, para llevar á feliz término la grandiosa obra

que se proyectaba. Un dato encontramos en este informe que, porque prueba la importancia de Valvanera en siglos pasados, nos ha parecido consignarlo en este lugar. «Debo, sin embargo, corregir una inexactitud, (dice el señor Arcipreste), que el señor cura de Anguiano consigna en esta exposición. Valvanera tenía una cortísima jurisdicción privativa civil y religiosa, como que el Abad nombraba Alcalde; por lo tanto, no radicaba en jurisdicción de Anguiano»; (lo que afirmaba D. Máximo de Cura).

Como era de esperar, encontró el pensamiento una acogida entusiasta en el palacio del Sr. Obispo, Excelentísimo Sr. D. Gabino Catalina. Copiamos á continuación el decreto, contestando á la exposición de dicho párroco: «Logroño 28 de junio de 1880. Enterado de la precedente instancia del párroco de Anguiano, y visto el informe de nuestro Arcipreste de Estollo, aprobamos y aplaudimos el piadoso pensamiento de reedificar ó restaurar la Ermita titulada del Cristo, inmediata á las ruinas del Monasterio de Valvanera, á cuyo fin se instalará una Junta que, bajo la inspección del mismo Arcipreste, á quien constituimos Presidente, entienda en la recaudación de limosnas, dirección de las obras y demás que sea necesario. El Obispo».

Con estos antecedentes, podía asegurarse que la restauración de Valvanera entraba en vías de hecho. Entusiasmo indescriptible en el pueblo, celo, prudencia y abnegación en los directores, adhesión y eficaz apoyo de riojanos pudientes que vivían fuera de la provincia, todo concurrió á que el Templo de nuestras montañas recobrase su pristina grandeza, gloria del pueblo riojano en tiempos antiguos. Sólo faltaban apóstoles que despertasen á los dormidos, enfervorizasen á los indiferentes y encendiesen en todos los corazones el amor santo á María de Valvanera, algún tanto apagado en los últimos años, á causa de las revueltas de los tiempos; y también á esto proveyó la Santísima Virgen.

Los Reverendos PP. Agustinos de San Millán de la Cogolla, Fray Toribio Minguella, hoy Obispo de Sigüenza, y Fray Carmelo de Ochoa, juntamente con el entonces Magistral de Logroño y en la actualidad Obispo de Osma,

Excelentísimo Sr. D. José María García Escudero, recorrieron muchos pueblos de la comarca, exponiendo en todos ellos con lengua de fuego, los prodigiosos milagros de Nuestra Señora de Valvanera, obrados en favor de nuestros Padres; la singular protección que en todas las épocas había dispensado á esta provincia, y la obligación que todos tenían de contribuir, según su posibilidad, á la restauración del excelso trono, que habían echado por tierra la invasión extranjera y la piqueta revolucionaria.

Estaban dados los primeros pasos. Para el completo logro de la común aspiración, debía formarse cuanto antes la Junta que, según se expresaba el Sr. Obispo en su decreto, entendiéndose en la recaudación de limosnas, dirección de las obras y demás que fuese necesario.

Esta se compuso de los señores siguientes: Presidente, Fray Osorio Antonio Prado, Arcipreste y párroco de Estollo; Vicepresidente, D. Máximo de Cura, párroco de Anguiano; Vocales, D. Francisco Manjón, párroco de Viniegra de Abajo; D. Rafael Alesón, cura ecónomo de Tobía; D. Agustín Pérez, coadjutor de Matute; los alcaldes de Anguiano, Matute y Tobía; D. Angel García Escudero, vecino y propietario de Badarán; D. Alejandro Ureta, que lo era de Alesanco, y D. Julián Sánchez, de Anguiano: desempeñaba los cargos de Secretario y Tesorero, D. Andrés de Benito, teniente arcipreste y cura propio de Badarán. Andando el tiempo, entraron á formar parte de la Junta, los mencionados apóstoles de la devoción á Valvanera, Reverendos PP. Toribio Minguella y Carmelo Ochoa, Agustinos de San Millán de la Cogolla.

Huelgan los elogios de la honradez y celo que adornaban á todas estas personas, para dar cima á la titánica obra á ellos cometida, pues sus nombres son bien conocidos de todos los amantes de Valvanera.

Sin pérdida de tiempo, publicó la Junta una circular con fecha 16 de julio, en la que daba cuenta de su constitución, y pedía el concurso de todas las almas devotas. Respondieron éstas con entusiasmo á la invitación de sus directores; pues lo mismo el pobre que el rico, el noble que el plebeyo, se desprendían gustosos de algo que significase regalo ó privación, y lo entregaban con viva fe

en manos de la Junta. Se recogían tan crecidas limosnas, que ya se meditaban planes más vastos.

La sólo reedificación de la Ermita del Cristo, era empresa de poca monta; en el ánimo de los directores, entraba la restauración completa de Valvanera al ver que el entusiasmo crecía, los donativos aumentaban, y el que no podía contribuir con metálico, ofrecía su trabajo personal. No podían, sin embargo, forjarse ilusiones. La restauración de Valvanera tenía que ser larga y costosa por necesidad; y por lo tanto, era absolutamente necesario ir por partes. Por los recuerdos históricos y otras muchas circunstancias, estaba indicado que se diera principio á la restauración por la Ermita del Santo Cristo, como efectivamente se hizo; trabajando con tal actividad, que á los 14 días de comenzada la obra, se pudo abrir al culto la hermosa capilla

Bendíjose el 14 de septiembre de 1880, fiesta de la Santa Cruz, que de tiempo inmemorial se celebraba siempre en el Santuario, con extraordinaria pompa y majestad. Se inauguró el culto á presencia de más de mil personas de casi todos los pueblos de la comarca, en especial de Anguiano, Tobía, Matute, Viniegra de Abajo, Viniegra de Arriba, Estollo, Badarán, Villaverde, Santurdejo, Ciriñuela, Villarejo, Ezcaray y Manzanares.

Como la Ermita es muy reducida, fué necesario colocar en la puerta de la misma un precioso altar, en el que se destacaba grandioso cuadro de Nuestra Señora, para que los fieles pudiesen oír el santo sacrificio de la misa. Terminada ésta, se trasladaron á la espaciosa plaza del Monasterio, donde el Dr. D. José María García Escudero, Magistral entonces de la Colegiata de Logroño, cantó en brillantes párrafos las glorias de Valvanera, encendiendo más y más el fuego santo, que ya abrasaba aquellos pios corazones.

Los PP. Agustinos de San Millán y algunos Benedictinos exclaustrados, dieron extraordinario realce á la fiesta.

La esperanza renacía en todos los corazones; todos los romeros volvían á sus pueblos con el alma llena de suaves y agradables emociones, seguros de que al año siguiente verían una multitud aun más considerable que la

actual, cobijada bajo las arqueadas bóvedas del Templo agosto de sus Padres. En efecto: la fiesta del año 1881, pudo ya celebrarse en la espaciosa y esbelta Iglesia, previamente consagrada.

A cinco ó seis mil hace subir el número de peregrinos que se reunieron ese día en Valvanera, la crónica de esas funciones. Acudieron no sólo de los pueblos mencionados, sino también de otros muchos. Venían locos de entusiasmo y alegría, con preciosos estandartes desplegados al viento y entonando inspirados cánticos, entre los que merece especial mención el majestuoso himno del Sr. Heras, Maestro de capilla de la Catedral de Vitoria, que interpretaron magistralmente las señoritas de Anguiano y San Millán.

Ya se postraban los romeros en las mismas losas en que se habían arrodillado sus antepasados, y con los ojos bañados en lágrimas, contemplaban el trono de su excelsa Patrona. Gran consuelo era este para ellos, pero no dejaba de atormentarles el verlo tan pobre y desnudo, y sobre todo sin encerrar en su recinto á su Reina, la Santísima Virgen de Valvanera. Con voz firme y actitud resuelta, pedían el traslado de la Santísima Virgen, nó á Anguiano, San Millán ó á otro cualquiera pueblo, sino á Valvanera, donde la habían reverenciado sus padres; á Valvanera, que tenía derechos incuestionables á la posesión de la santa Imagen. Pero no dieron mejores resultados que las anteriores, las gestiones que se hicieron en este sentido el año 1881.

No por eso decayó un punto la devoción, ni desmayaron los directores.

Cada año se celebraban las fiestas con mayor brillantez y concurrencia de peregrinos. Las obras adelantaban con asombrosa rapidez, pues la restauración de Valvanera era acogida con aplauso por todos los individuos de las colonias riojanas, no solo de la Península, sino también de las repúblicas americanas. Por otra parte, la fogosa elocuencia de los apóstoles de Valvanera, los citados PP. Agustinos y Magistral de Logroño, arrancaban lágrimas de todos los ojos, y hacían fijar en estas ruinas, las miradas de todos los riojanos.

Todo esto hacía concebir halagüeñas esperanzas á los amantes del Santuario, y la misma Junta comprendió que ya no se pedía sólo la restauración de este ó aquel cuerpo del Monasterio, sino que se fijase un plan bien ordenado, para devolver á Valvanera su antiguo lustre.

Entonces surgió la idea de traer una Comunidad religiosa que, al mismo tiempo que entendiese en la continuación de las obras, perpetuase con la solemnidad del culto, las gloriosas tradiciones de la Casa. No había lugar á opción: á los Benedictinos competía la herencia por derecho propio. A ellos debía el Santuario todo el esplendor y gloria que alcanzó en siglos pasados; aquí descansaban generaciones de monjes, hermanos suyos; y, si ellos abandonaron el Monasterio, fué sólo impelidos por la fuerza, que su corazón jamás se separó de Valvanera.

No se ocultaban estas razones á los ilustrados individuos de la Junta; y así acordaron dirigirse al Reverendísimo P. Abad de Monserrat en demanda de algunos monjes, que restableciesen la vida cenobita en los montes Distercios. Algunos prudentes reparos opuso el citado Abad, pero, las cartas de la misma Junta y también del solitario Tiburcio, lograron desvanecerlos por completo. Autorizados, pues, por su Prelado regular y por el Gobernador Eclesiástico de nuestra Diócesis, se pusieron en camino con dirección á Valvanera, cuatro religiosísimos monjes de aquella observantísima Comunidad.

En Logroño fueron acogidos con entusiasmo, saliendo á recibirles las autoridades eclesiásticas y civiles. Su visita á algunos pueblos de la provincia, fué un verdadero viaje triunfal; particularmente en los valles de Cañas y San Millán, donde el entusiasmo rayaba en delirio. En este último pueblo, salió en corporación toda la Comunidad de Reverendos PP. Agustinos á darles la bienvenida, y en la Iglesia, después de cantar un solemne Te Deum, predicó un elocuente discurso el P. Carmelo Ochoa, en el que felicitaba calurosamente á los PP. Benedictinos.

El día 29 de octubre, después de caminar algunas horas por las sendas y vericuetos que conducían desde el Hospital de Anguiano al Santuario, pisaron estas ruinas

que ocultaban las cenizas de sus mayores, algunos conocidos de ellos.

No son para descritos los variados afectos que experimentarían sus corazones, las dulces emociones que embargarían su espíritu al pisar por vez primera esta tierra santa. Aún guardaban sus memorias gratos recuerdos de las ovaciones populares de que habían sido objeto en toda la provincia; algunos volvían á su amada tierra, á su querido Santuario, después de muchos años de destierro; todos venían bien convencidos de la alta misión que traían á Valvanera: y esto tenía que arrancar dulces lágrimas de sus ojos, encendiendo en sus corazones deseos de emular, sino de aventajar, á sus queridos hermanos en el celo y entusiasmo por las glorias al Santuario y el culto de la Santísima Virgen de Valvanera. Entraron, pues, con paso silencioso y vacilante en el majestuoso Templo, donde vagaban las sombras de los antiguos Benedictinos, y con voz temblorosa y los ojos bañados en dulces lágrimas, entonaron el Te Deum, postrados reverentes sobre aquellas frías losas. Después, el P. Francisco Sobrón, que era el Superior, tomó posesión de la Iglesia y Monasterio, con todas sus dependencias, mediante escritura firmada por Fray Osorio Antonio Prado, Arcipreste; Fray Francisco Sobrón, D. Máximo Cura, párroco de Anguiano; D. Andrés de Benito, que lo era de Badarán; D. Hilario Loza, ecónomo de Matute; D. Rafael Alesón, que lo era de Tobía; Fray Millán Lereña, Benedictino exclaustrado; Benigno Lereña y algunos concejales de Anguiano, en representación del Ayuntamiento.

Los nombres de los monjes que venían á reedificar el Santuario, son los siguientes: P. Francisco Sobrón, natural de Santo Domingo de la Calzada, exclaustrado de Valvanera y que vivió en Montserrat desde 1870; P. Simeón Moreno, exclaustrado de Corias (Asturias); P. Ramón Florenza, profeso de Montserrat, y el Hermano lego Nicolás Sesma. Juntáronseles en los años de adelante, el P. Fray Osorio Antonio Prado, natural de Estollo, y el P. Juan Lereña, que lo era de Berceo, ambos exclaustrados de San Salvador de Lorenzana. El P. Mauro Planas, profeso de

Montserrat, vino directamente de Roma, donde había hecho sus estudios, en el año 1884.

La Junta, presidida como saben nuestros lectores, por el celoso P. Osorio, había cumplido su cometido, por cierto, muy á satisfacción de todos. «Loor y gratitud, dice el Sr. Casas, y con él nosotros, á cuantos tuvieron la honra de componerla, y que tan celosamente desempeñaron su cargo».

Dueños los Benedictinos de Valvanera, pasaron á ellos todas las atribuciones de la Junta, quedando ésta disuelta en el acto, sin que por esto interrumpiesen las obras, antes procuraron darles mayor impulso; la principal, y puede decirse la única preocupación de los PP. Benedictinos desde su establecimiento en Valvanera, fué, sin duda, el traslado de la santa Imagen. Seguros de que les asistía el derecho, y apoyados por la opinión de toda la provincia, y los ardientes votos de las autoridades, comenzaron desde luego á remover los obstáculos que podían oponerse al logro de sus justas aspiraciones.

No sospechando siquiera la tenaz y porfiada resistencia de los de Brieva á entregar la santa Imagen, y mucho menos el vano empeño de este pueblo en sostener una causa injusta, á todas luces, se contentaron con exponer su pensamiento á las Autoridades Eclesiásticas. Estas, que eran á la sazón, el Excelentísimo Sr. D. Saturnino Fernández de Castro, Arzobispo de Burgos, y el Ilustrísimo don Antonio María Cascajares y Azara, Obispo de Calahorra, hicieron cuanto estaba de su parte, por favorecer al Santuario de Valvanera. Por lo que hace al Sr. Arzobispo de Burgos, á cuya jurisdicción pertenece Brieva, llegó á prohibir que se corriese la cortina que ocultaba la santa Imagen.

No desalentó la resistencia de Brieva á los Padres. Para ellos era cuestión de vida ó muerte el referido traslado. La historia de los Benedictinos de Valvanera, no podía separarse de la de la Santísima Virgen, ni les era posible la vida en los Distercios, sin la protección de su amantísima Madre. No consideraban esto los de Brieva, y creyendo que trataban con algún otro pueblo, desoyeron las justas admoniciones de la Autoridad Eclesiástica, única competente en el asunto, escudados, á su parecer, con

la protección de la Civil. A esta acudieron también los PP. Benedictinos, y, apoyados por ilustres riojanos residentes en Madrid, entre ellos, los PP. Cámara, Obispo de Salamanca; Toribio Minguella, Comisario de los Agustinos Recoletos y D. Domingo Ureta y Lerena, Abogado del Colegio de Madrid, consiguieron orillar todas las dificultades, que no eran pocas, alcanzando, por fin, una Real orden que autorizaba la traslación que solicitaban los Padres.

Comunicada ésta al Ayuntamiento de Brieva, tuvo la atención de enviar al Santuario algunos comisionados que tratasen con los monjes la fecha y modo de ponerla en práctica. Se mostraron éstos muy galantes, llegando á prometer, que las hijas de María y todo el vecindario saldrían acompañando á la santa Imagen hasta las afueras del pueblo, y muchos de ellos hasta el mismo Monasterio. De común acuerdo, fijaron el día 1.º de diciembre, para sacar la santa Imagen.

En virtud del mismo, marcharon dos Padres á dormir á Brieva, la noche del 30 de noviembre, con el fin de poder celebrar, al día siguiente, una misa solemne. Una vez en casa del párroco, éste con algunos otros vecinos, les manifestaron que no dejaba de ofrecer el asunto algunas dificultades, pero que abrigaban la esperanza de poder vencerlas. Vanse, pues, á casa del Sr. Alcalde, y exhiben la Real orden al Ayuntamiento, previamente reunido. Entre tanto, considerable multitud de mujeres y chicos, apoyados por grupos de hombres, se colocan ante la Casa de la Villa, en actitud levantisca y amenazadora, pidiendo á gritos que se nieguen á devolver la santa Imagen. Accediendo el Ayuntamiento á los deseos del pueblo, comunicó á los Padres su firme resolución de conservar en Brieva la Santísima Virgen, fundándose en que no se les había comunicado la Real orden por conducto del Gobernador, ni se creían tampoco obligados á cumplirla, aunque esto se subsanara, porque el asunto, á su entender, competía á los Tribunales.

No era la primera vez que los de Brieva burlaban los Reales decretos; ya saben nuestros lectores, que sucedió lo mismo cuando se trató de llevar la santa Imagen á San Millán. Los Padres, consternados, tuvieron que abandonar

el pueblo, bajando inmediatamente al Hospital de Anguiano, donde estaban reunidas más de 1.000 personas, ansiosas de saludar á su Madre. Y no les costó poco trabajo contener á la muchedumbre, empeñada en subir á Brieva y arrancarles por la fuerza la santa Imagen.

Ya no quedaban más requisitos que llenar, que dirigirse al Gobernador, para que se dignase poner en ejecución la mencionada Ley; y los Benedictinos se apresuraron á cumplir ese requisito.

Eralo entonces el Presidente de la Diputación, Excelentísimo Sr. D. Nicanor de Rivas, quien se dignó comisionar para el efecto, al oficial primero del Gobierno, don Honorato Morenza, el cual, acompañado del activo Padre Mauro Planas (1), y de varios números de la benemérita, se presentó en el pueblo el día 22 de diciembre. Ni por esas querían entregar los de Brieva el augusto Simulacro: cuatro horas estuvieron batallando con los representantes del Gobernador y de la Comunidad de Valvanera.

La ausencia del señor párroco, venía á aumentar las dificultades, pues nadie sabía dónde paraban las llaves de la Iglesia. Todas pudieron vencerlas el celo y prudencia del P. Planas y del Sr. Morenza. Al fin, les entregaron la Imagen á las cinco de la tarde del mismo día 22, y á las ocho, ya estaba en el Hospital de Anguiano, conducida en manos por los mismos solicitantes. Aquí esperaban unas trescientas personas con grandes fogatas, que daban al terreno un aspecto fantástico, las que saludaron á la Santísima Virgen, con unánime y estruendoso grito de hurras y vivas, al pasar.

Está el puente sobre el río Valvanera, inaugurado precisamente aquella misma tarde. Una vez en el Hospital, la colocaron sobre una pequeña mesa que servía de altar; y todos puestos de rodillas, se cantó con voz firme y robusta, una solemnísimá y majestuosa Salve. Los demás romeros que se encontraban en Valvanera, salieron al encuentro á bastante distancia del Monasterio, formando todos imponente y majestuosa procesión. Cuando ya se acerca-

(1) Sin rebajar á nadie, podemos afirmar, que este Padre fué el alma de todas estas negociaciones para trasladar la santa Imagen.

ban al Santuario, salió á recibirlos la Comuninad en corporación, y la Virgen de nuestras montañas, escoltada por sus amantes hijos, volvió á sentarse en su antiguo trono, en medio de un gozo indescriptible.

En la procesión, cantaban como de costumbre, la Letanía y Ave Maris Stella, pero ahora el entusiasmo no reconocía límites. Los vivas y aclamaciones de los fieles, apagaban con sus ecos el estruendo del viento huracanado que azotaba el Monasterio, y el ruido ensordecedor de las campanas y cohetes. En la Iglesia, después de colocar la Santísima Virgen sobre el modesto trono preparado de antemano, cantaron el Te Deum, solemnísima Salve y Gozos á Nuestra Señora, predicando á continuación el Reverendo P. Florenza, sentida plática de bienvenida.

Dueña la Comunidad del sagrado Tesoro, pensó en aumentar el número de religiosos, para que el culto de la celestial Señora, no desmereciese del que se le tributaba en los buenos tiempos de Valvanera. Al efecto, admitieron algunos niños que, al mismo tiempo que se educaban en la vida religiosa, hacían el oficio de escolares, cantando con sus argentinas voces, las alabanzas de su Madre Inmaculada, la Santísima Virgen de Valvanera.

Dura y penosa era la vida de aquellos ancianos Padres. Las habitaciones eran todas de tabla, el viento y la cellisca se colaban con libertad por grietas y rendijas, y no eran solas las incomodidades de la intemperie las que ponían á prueba la heroica paciencia de esos santos religiosos. Todo, empero, lo sufrían alegres y contentos, porque habían sacrificado sus vidas al servicio de Dios y de su Santísima Madre, y les bastaba estar al lado de María de Valvanera, que recogía todas aquellas molestias y privaciones, para premiarlas largamente en el Cielo.

Por otra parte, veían con gozo, que las obras proseguían con asombrosa actividad, prometiéndoles, en época no lejana, habitación más cómoda y segura. En el año 1888, pudieron ya trasladarse al departamento que hoy ocupa la Comunidad, dejando su antigua vivienda para servicio de los romeros.

Más aún que el progreso material del edificio, consolaba á los venerables religiosos, la devoción siempre cre-

ciente del pueblo riojano, hacia su excelsa Patrona. Se contaban por cientos los peregrinos que subían diariamente á postrarse á los pies de su benditísima Madre. ¡Y con qué fervor, con qué devoción lo hacían! Tal era el concurso y tal asimismo el entusiasmo que sentían por Valvanera estos romeros, que los Padres, casi recién instalados en el Santuario, concibieron un proyecto, en que ni siquiera pudieron soñar los antiguos Benedictinos. Para facilitar á los fieles la subida á Valvanera, se pensó en la apertura de una carretera que, partiendo del Monasterio, empalmase en el Hospital de Anguiano, con la del Estado, que ya llegaba hasta el puente sobre el río Valvanera, inaugurado, como hemos dicho, el mismo día en que se trasladó de Brieva la santa Imagen. Se comenzó esta carretera sin un triste céntimo, y, merced al desprendimiento del pueblo riojano y al celo de los Benedictinos, pudo ya subir por ella la *gran peregrinación*, después de invertirse en la obra 5.000 duros, próximamente.

Con el entusiasmo por Valvanera, tomaron extraordinario incremento las romerías. Los pueblos que actualmente visitan á nuestra Madre en esa forma, son los siguientes: Matute, Tobía, Anguiano, San Millán, Estollo y San Andrés, Badarán, Torreilla sobre Alesanco, Cañas, Canillas, Cirueña, Ciriñuela, Villar de Torre, Santurdejo y Ezcaray. No podemos dar relación de todas ellas, ni es tampoco necesario, pues ya saben nuestros lectores que se realizan con el mismo ceremonial que en tiempos antiguos. Sin embargo, porque nos parece que realmente el asunto lo requiere, pues no fué una romería de este ó aquel pueblo, sino de toda la provincia y aún de otras comarcas, diremos algo sobre la *Gran Peregrinación de 1889*; y como este capítulo va resultando un poco largo y por demás pesado, le consagraremos el siguiente.

Ahora, debemos continuar la historia de los PP. Benedictinos, y contar á nuestros lectores el esplendor que va alcanzando el Santuario, encomendado á su custodia.

Ya hemos dicho, que los Padres habitaban desde 1888, la parte que hoy ocupa la Comunidad; pero fué necesario hacer todavía grandes desembolsos, para dejarlo en el estado en que hoy lo vemos.

No pudo verlo terminado el Reverendo P. Francisco Sobrón, á quien la muerte de los justos arrebató de la tierra, el 4 de marzo de 1890. Merece figurar este santo varón entre los célebres hijos de Valvanera. Murió á la avanzada edad de 82 años, y apesar de sus muchos achaques, jamás dejó de asistir á un solo acto de Comunidad. Su rostro era el reflejo del candor de su alma. Cuando tocaba el armonium, se quedaba extasiado mirando á la Santísima Virgen.

Entró á sucederle con el título de Superior, el Reverendo P. Osorio Antonio Prado, quien desempeñó el cargo hasta el día 30 de abril de 1893, en que pasó á mejor vida, con muerte no menos ejemplar que la de su antecesor. En su tiempo se terminó el Monasterio, propiamente dicho, y se construyeron algunas habitaciones para los romeros, en la que antiguamente era cámara abacial. A su muerte, era Valvanera priorato independiente.

El primero que lo gobernó con este título de Prior, fué el Reverendo P. Ramón Fábrega, profeso de Montserrat, confirmado el día 18 de marzo de 1893. Según nuestras Constituciones, debía gobernar la Casa por espacio de seis años, pero presentó y le admitieron la renuncia, el de 1895. Durante estos dos años, además de algunas reformas en el interior, se comenzó la actual hospedería.

Sucedió á éste el Reverendo P. Vicente García, profeso del Monasterio, confirmado el 11 de octubre de 1895. Un año antes de terminar este Reverendo Padre, por Decreto del capítulo general de la Congregación, tenido en Roma en noviembre de 1900, fué elevado nuestro Monasterio á la dignidad de Abadía, pero se mandó á dicho Reverendo Padre que continuase en el cargo hasta terminados los seis años, con el título de Prior Administrador de la Abadía de Valvanera.

Durante su gobierno, se llevaron á cabo obras de verdadera importancia.

A poco de tomar posesión, se proponía continuar la hospedería, pero un suceso inesperado, vino á cambiar el plan y torcer el curso natural de los acontecimientos. Parece que el Señor tenía determinado, que la restauración fuese en todo la continuación de la Historia de Valvanera.

En la noche del 7 al 8 de abril de 1896, un horroroso incendio destruyó toda la antigua hospedería, primera vivienda de los Padres que vinieron de Montserrat, corriendo la misma suerte todo el tejado de la Iglesia, con la agravante de que se vino á tierra la nave de la capilla del Sagrado Corazón.

Como en tiempos antiguos, sólo sirvió la catástrofe para poner de manifiesto una vez más la entusiasta devoción del pueblo riojano, y el celo y constancia de los PP. Benedictinos. El que esto escribe se encontraba entonces en Montserrat, pasando el noviciado, pero nos han contado los Padres y también lo hemos leído en los Anales del Monasterio, que el incendio, al mismo tiempo que el edificio material, abrasó todos los corazones amantes de Valvanera.

De todas partes comenzaron á llover donativos. Los que no estaban para sacrificios pecuniarios, ofrecían, unos su trabajo personal, considerable cantidad de materiales otros, no faltando quienes se comprometiesen á transportarlo todo gratis hasta la misma puerta del Santuario: hubo día que se llegaron á juntar en Valvanera, más de 21 carros.

Sabemos también los heroicos sacrificios que realizaron aquella triste noche los PP. Benedictinos. Advertidos del peligro que amenazaba á su amado Santuario, por los gritos de algunos pastores de las cabañas próximas, se apresuraron á poner remedio y evitar en lo posible las dolorosas consecuencias del siniestro. Sin su diligencia, quizá la misma santa Imagen habría sido pasto de las llamas. No pudieron salvar los muebles de la hospedería, excepción hecha de algunos pocos, pues como era toda de pino, quedó completamente destruída en breves horas; pero, en cambio, acarreando agua y cortando vigas y sopandas, consiguieron localizar el fuego, impidiendo que pasase al departamento que ocupa la Comunidad.

Merced, pues, á este celo de los PP. Benedictinos y al entusiasmo del pueblo riojano, en el mismo año 1896, estaba todo cubierto en mejores condiciones que antes del incendio, siendo de notar que, apesar de la importancia de la obra, sólo invirtió la Comunidad en ella, unos 1.000

duros. ¡Tanto era el ardor con que se trabajaba y tan considerable la limosna que suponen los muchos brazos devotos y el transporte gratuito de los materiales con que acudían los pueblos y particulares!

Con las cuantiosas limosnas que se recogieron de las colectas que mandó hacer en todas las Iglesias de la Diócesis el Gobernador Eclesiástico, Ilustrísimo D. Santiago Palacios y Cabello, y con las donaciones de otras personas devotas, ese mismo año se pudo embaldosar el presbiterio, echar la bóveda de debajo del coro y terminar la hospedería; y en los siguientes, construir el camarín y decorar la Iglesia con el retablo mayor, el órgano y otros adornos de menos monta, como se dirá en el capítulo duodécimo.

No fué, pues, el incendio obstáculo para la restauración de Valvanera; antes podemos asegurar, que dió mayor impulso á las obras, avivando el entusiasmo.

Hemos dicho arriba, que un año antes de terminar el Reverendo P. Vicente García, fué elevado nuestro Monasterio al rango de Abadía. Vacante ésta, por cesación del mencionado Padre, se procedió á la elección de Abad, siendo el agraciado el Reverendo P. Eugenio Alonso, Maestro de novicios en Montserrat. Por renuncia de este Padre, y por otras circunstancias que no son de mi Historia, se convino en que quedase por algún tiempo la Abadía regida por Priors Administradores.

Fué el primero de éstos, el mismo P. Eugenio Alonso, nombrado por tres años. En su tiempo, se terminó la decoración de la Iglesia y camarín, y se construyó la plaza nueva.

Entró á sucederle el Reverendo P. Vicente García, á quien ya conocen nuestros lectores. Está también nombrado por tres años, y tomó posesión el día 14 de abril de 1905, gobernando, por consiguiente, el Monasterio, en este que corre. Como podrán comprender nuestros lectores, la prudencia nos impide entrar en más detalles.

El mismo año de 1905, se construyeron las espaciosas habitaciones de la hospedería, contigua al camarín.

CAPÍTULO XI

LA GRAN PEREGRINACIÓN (15 Y 16 DE SEPTIEMBRE DE 1889).

No encaja en el pequeño marco de esta breve Historia, una minuciosa y detallada crónica, de la imponente y grandiosa manifestación de fe que llevó á cabo la Rioja entera, en los días 15 y 16 de septiembre del año 1889.

20 000 peregrinos, tremolando en el Valle de las Venas 73 preciosísimos estandartes; más de 300 *sacerdotes*, inmolando el sacrificio de alabanza en el Templo augusto de la excelsa Patrona de la Rioja y Cameros; un Obispo santo que, acompañado de todo un pueblo, sube al empinado monte á tomar posesiones para luchar las batallas del Señor...son argumento que necesita más páginas de las que nosotros podemos consagrarle, y también pluma mejor cortada que la nuestra.

Nos limitaremos, pues, á dar una breve noticia de la *Gran Peregrinación*,—que con este nombre es conocida en la Historia, esta grandiosa romería—siguiendo en todo al entusiasta riojano y ferviente devoto de Valvanera, don Constantino Garrán, testigo presencial de los hechos que describe.

Se cumplía en 1889, el centenario 13.º de la Unidad Católica española

En el mismo año, el Sumo Pontífice León XIII, accediendo á los deseos de todo el Episcopado Católico—en especial del Episcopado Español—se dignó elevar á Rito doble de primera clase, la Fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús.

También en ese año, en la misma Roma y á presencia del sucesor de San Pedro, se acababa de inferir un gravísimo ultraje á todo el Orbe católico, en la persona de su padre y común pastor, el augusto prisionero del Vaticano. En una de las principales plazas de la Ciudad San-

ta, levantó la masonería soberbia estatua al infame y apóstata Torelano Bruno.

He aquí, amado lector, tres circunstancias que promovieron la *gran romería* á Valvanera.

El Ilustrísimo D. Antonio María Cascajares y Azara, dignísimo Obispo entonces de Calahorra y La Calzada, como Prelado español, quería conmemorar de un modo solemne el acontecimiento más glorioso de nuestra historia civil y religiosa; esa Unidad Católica que nos hizo felices y dichosos mientras la conservamos incólume, y nos elevó al más alto grado de gloria á que puede aspirar pueblo alguno, haciendo de nuestra Patria el imperio más vasto y poderoso que jamás iluminó el astro del día.

Por el mismo título de Prelado español, quería dar un público testimonio de su gratitud al Santo Padre, por el singular favor que dispensó á la Iglesia Universal, sobre todo á España,—donde el Deífico Corazón ha prometido reinar con más veneración que en otras partes—elevando, como decíamos, á Rito doble de primera clase, la Fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Como hijo ferviente de la Iglesia, se condolía de la trisísima situación en que ha colocado al Padre Común de todos los fieles, la fiera revolucionaria; y ardía en deseos de compartir con él los sinsabores y amarguras que esa misma situación le ocasionaba; ardía en deseos de proporcionar algún lenitivo al acerbísimo dolor que embarga el atribulado espíritu del venerable anciano, que entonces regía los destinos de la Iglesia.

No contento, pues, con los medios ordinarios de tri-duos, novenarios y hasta romerías parciales con que la Rioja, al igual de las demás provincias españolas, había solemnizado ese fausto acontecimiento y pedido al Todopoderoso consuelo y fortaleza para el anciano prisionero del Vaticano, citó á los nobles hijos de esta hidalga tierra, para que todos juntos se postrasen á los pies de la santa Virgen, emblema de todas nuestras glorias, Capitana de nuestros ejércitos y defensora potentísima de nuestra fe y de nuestro suelo.

Dicho se está que en la Rioja, esa Santísima Virgen había de ser la Reina de los montes Distercios, Nuestra Se-

ñora de Valvanera, objeto de santo orgullo, como decía el mismo señor Obispo, para toda esta región.

La luminosa pastoral con que invitó á todo el pueblo riojano á subir á los montes Distercios en los días 15 y 16 de septiembre de 1889, para implorar de la Santísima Virgen de Valvanera que nos devolviese la Unidad Católica, que salvase la Iglesia de Dios y libertase á su Cabeza visible, el Romano Pontífice, produjo en toda la provincia y aún fuera de ella, entusiasmo indescriptible.

Desde el 25 de julio en que estaba fechada la pastoral, no se hablaba de otra cosa en los pueblos, que de la romería á Valvanera. Todos se disponían á marchar en masa, acompañando á su Pastor, que había prometido ponerse al frente, y ser el primero en arrostrar las fatigas é incomodidades de la penosa y larga peregrinación.

Y no solo querían ir á Valvanera; cada uno pretendía aventajarse á los demás en las demostraciones de amor y devoción á su celestial Patrona. Música, danzas, fuegos artificiales y cuanto les consentía su posibilidad, ayudada por una fe ardiente y un entusiasmo sin límites, todo creían que debía ponerse al servicio de la Señora de las montañas, en el día de la gran peregrinación.

Las Dignidades, tanto Eclesiásticas como Civiles, y todas las Comunidades religiosas establecidas en la provincia, prometían autorizar la romería con nutridas representaciones. En fin, que todo hacía augurar una romería grandiosa, una manifestación de fe, espléndida, imponente, sublime.

Y superó la realidad á los cálculos más optimistas.

Desde la mañana del 15, todos los caminos y sendas que conducen al Santuario, se veían animados por numerosos grupos de romeros, que atronaban los aires con hurras y vivas entusiastas; y ya á eso de las doce y media, cuando comenzaba á bajar la cuenca de Valvanera desde la encantadora Fuente del Oro, la religiosísima Comunidad de San Millán de la Cogolla—primera reserva de la Santísima Virgen de Valvanera, como la llama, y con mucha verdad, el entusiasta escritor que voy siguiendo—ya era, como dice el mismo Sr. Garrán, que acompañaba á los Padres Agustinos, espectáculo sorprendente, contemplar

las márgenes del río de Valvanera cubiertas materialmente de caballerías atadas unas con otras, y más allá, la carretera del Santuario, recién construída, con más de trescientos carros en fila.

Era casi imposible recibir á todas las romerías con el ceremonial de costumbre, porque la multitud que cubría la ladera y esplanada del Santuario, se agolpaba al rededor de los peregrinos, para darles la bienvenida y tomar parte en sus cánticos, cerrando completamente el paso. No queremos poner el nombre de los pueblos que acudieron en corporación, porque ignoramos muchos de ellos. Bástenos saber, que fué tal la concurrencia, que muchos quedaron casi desiertos. Del pueblecito de Villaverde, vinieron nada menos que 112 peregrinos.

Todas las romerías llamaban poderosamente la atención; unas por los preciosos estandartes que presidían las procesiones, y otras por sus bien organizadas bandas de música, danzas, fuegos artificiales, etc., etc.

Sobre todo era de admirar, el fervor santo y religiosa compostura con que todos pisaban el Templo sagrado de su Virgen adorada. Aquella actitud reverente con que se postraban á los pies de la Santísima Virgen; aquellos melodiosos cánticos con que efusivamente la saludaban; las copiosas lágrimas que se deslizaban de todos los ojos, mezcladas con la generosa sangre que arrancaron á muchos pies, diez, quince y veinte y más horas de camino, tienen que enternecer á las mismas piedras.

Ya el núcleo de la peregrinación en Valvanera,—pasaría entonces de 1.800 el número de peregrinos—á eso de las cinco de la tarde, se trasladó la santa Imagen al cubo que forma el muro de contención por la parte del Oriente, junto á la carretera, donde habían levantado un caprichoso y bonito altar-dosel, los Hermanos legos de San Millán.

La procesión para conducir la santa Imagen á ese altar-dosel, resultó brillantísima sobre toda ponderación. Marchaban por delante ocho pendones y setenta estandartes, algunos de estos preciosísimos (1). Abrían las alas las Co-

(1) Merecen especial mención, el oficial de la romería, regalo del Sr. Obispo, y el antiquísimo del Monasterio. Por él han llegado á ofrecer 5.000 pesetas.

munidades de Valvanera y San Millán, precedidas de más de 300 sacerdotes, todos de sobrepelliz. En medio de las filas iban bailando alegres aires del país, dos bien ordenadas danzas del valle de San Millán. La Santísima Virgen, conducida en hombros de virtuosos sacerdotes, marchaba ante el Sr. Obispo, presidiendo la procesión. Vestía precioso traje de Tisú, de oro, regalo de la Congregación de Sevilla, y, lo mismo que el Niño, llevaba riquísima corona de plata y oro, regalo del entusiasta riojano y gran bienhechor de Valvanera, D. Gabriel Pérez Viniegra. Iba escoltada por cuatro números de la benemérita y por otros cuatro la Comitiva.

Cerraba la marcha, la numerosa banda de San Vicente de la Sonsierra.

Hasta que apareció la Virgen en la puerta de la Iglesia, reinaba un silencio sepulcral en toda la esplanada del Monasterio; pero en aquel momento, dice el Sr. Garrán, «un murmullo suave al principio, como el de las auras que anuncian el día, sonoro después como el cántico todo de la naturaleza cuando el sol corta el meridiano, y estruendoso é imponente luego como el de todas las ráfagas de viento reunidas y todas las olas del mar amontonadas, se escapó á un mismo tiempo de todos aquellos millares de pechos cristianos y nobilísimos».

Los gritos ensordecedores de la muchedumbre, apagaban los cánticos de la Clerecía. Sólo se percibían los entusiastas vivas á la Santísima Virgen de Valvanera, al señor Obispo, á la Unidad Católica.

Era imposible dar un paso. La imponente masa de romeros, apiñada al rededor de su Virgen y de su Obispo, estrujaba materialmente á cuantos intentaban romper la marcha. Tuvieron que emplear una hora larga, en el corto trayecto que separa la Iglesia del cubo.

Colocada la santa Imagen sobre el altar-dosel, subió al púlpito el Reverendo P. Bruned, del Inmaculado Corazón de María, pronunciando, á seguida, un notabilísimo discurso.

Terminado éste, los colegiales de San Millán cantaron una solemnísimá Salve del Maestro Iragó, acompañados al armonium por D. Manuel Bezares, organista de Cañas;

y á continuación, entonaron el valiente himno de Valvanera, siguiéndoles todo el pueblo.

Vamos á copiar una de las estrofas de este precioso himno, que, según afirma el Sr. Garrán, se oía por todas partes:

En el dichoso roble
¡Oh Virgen! te apareces
Y tu favor ofreces
A toda esta región.
Al pie del tronco brota
Clara y copiosa fuente,
Emblema permanente
De gracia y protección.

Era ya de noche, que se presentó serena, pero fría de veras.

Durante las primeras horas, se entretuvo agradablemente á la multitud, quemando una preciosa y abundante colección de fuegos artificiales, elaborados por el reputado pirotécnico de Logroño, Sr. Insausti. Después, cada uno se alojó como mejor pudo, y apesar de tener que dormir todos en los carros, coches, etc., ó á la intemperie, no se oyó ni una simple queja; al contrario, la alegría y el contento se reflejaban en todos los rostros; especialmente los jóvenes, no cesaron en toda la noche de cantar hermosas coplas á la Santísima Virgen, al son de varias rondallas de guitarras y bandurrias.

El Sr. Obispo y más de 50 sacerdotes, en vez de acostarse para dar algún alivio á su fatigado cuerpo, se sentaron en el confesonario, no saliendo de él hasta la mañana siguiente.

Las misas, por especial gracia de Su Santidad, comenzaron á las doce, y con todo, tuvieron que comulgar muchos sacerdotes de manos del Sr. Obispo, por falta material de tiempo, para celebrar el santo Sacrificio.

A las cinco en punto, cantó el Prelado una Salve en el altar de la Virgen, y á presencia de todo el pueblo arrodillado, volviendo después á la Iglesia á distribuir á los penitentes el Ran de los Angeles. Según *La Fidelidad Castellana de Burgos*, se consumieron más de 15.000 Formas.

También administró el Sr. Obispo el Sacramento de la Confirmación, á unos 250 niños.

Desde el amanecer, estaban llegando continuamente nuevas romerías.

A las nueve en punto, comenzó la Misa Pontifical, que fué solemnísima.

La Comunidad de San Millán, reforzada con tan valiosos elementos como los virtuosos sacerdotes Sr. Subero, tenor de la Metropolitana de Valladolid, y D. Donadío, contralto de la Capilla Real de Madrid, ambos entusiastas riojanos que vinieron á cantar las glorias de la Virgen de su tierra, interpretó una magistral partitura del siglo XVI, y el majestuoso himno del Maestro Casadeval, escrito expreso para las Fiestas del Centenario.

No fué menos elocuente que el de la tarde del 15, el bien meditado discurso que pronunció el P. García Frutos, de la Compañía de Jesús. Según afirma el Sr. Garrán, tuvo rasgos elocuentísimos y pinceladas llenas de inspiración.

Terminado el Santo Sacrificio, el Sr. Obispo, por expresa delegación del Santo Padre, dió la bendición Papal á toda aquella muchedumbre arrodillada, con indulgencia plenaria para todos los que hubiesen confesado y comulgado.

A la media hora, se trasladó á la Iglesia la santa Imagen, entre frenéticas aclamaciones; y enseguida comenzó el desfile de peregrinos.

¡Ay que protestas de amor, al despedirse algunos peregrinos! ¡Qué adioses tan tiernos resonaban en el Templo! dice el ilustrado Sr. Cruz Busto, en su recuerdo de la romería.

Seguramente que todos los romeros exclamarían con el mismo Sr. Busto:

«¡Adios! Sol de Valvanera
¡Adios! Encanto del Cielo
¡Adios! Paloma hechicera
¡Adios! Mi gloria y consuelo.

¡Bendición eterna y prez
A tu atractivo divino!
¡Dichoso del peregrino
Que pueda verte otra vez!»

Así terminó la gran peregrinación á Valvanera, que celebró la noble y rica provincia de la Rioja, para conmemorar el más glorioso y trascendental acontecimiento de nuestra Historia: para dar gracias al Romano Pontífice por un singular favor que dispensó á su Iglesia; para consolar al augusto prisionero del Vaticano y protestar solemnemente de su inquebrantable adhesión á las enseñanzas del sucesor de San Pedro.

¡Loor y prez á sus organizadores! ¡Loor y prez al entusiasta y católico pueblo riojano, que supo solemnizar el XIII.º centenario de nuestra inestimable Unidad Católica, *con la manifestación más grande y más devota de fe católica que ha celebrado España, desde la peregrinación de Santa Teresa á Roma en 1876, de cara y perdurable memoria!* (1)

Los días 15 y 16 de septiembre de 1889, formarán época en los Anales de Valvanera: seguramente que ni en los mejores tiempos del Santuario, se habían visto tantos fieles reunidos en el angosto valle de las Venas.

La influencia de esta gran romería en la restauración del Monasterio, fué inmensa. Avivó la devoción; regularizó las peregrinaciones, y con las cuantiosas sumas que depositaron los romeros, no sólo pudo cubrirse el déficit ocasionado por los gastos de la carretera, sino que también se emprendieron muy pronto obras de verdadera importancia.



(1) Palabras del Sr. Morales, Dignidad de Arcipreste de la Catedral de Tarazona.

CAPÍTULO XII.

ESTADO ACTUAL. -- DESCRIPCIÓN DEL MONASTERIO Y SUS DEPENDENCIAS.

En gracia de los lectores que no hayan visitado á Valvanera, vamos á describir el Santuario en este capítulo, en el que de paso apuntaremos también algunos detalles, que de propósito omitimos en los anteriores.

Como en los años en que lo describió, y por cierto brillantísimamente, el sabio y docto catedrático de Zaragoza, lo primero que sale al paso del viajero, viniendo de Anguiano, es la Ermita del Santo Cristo, solar originario de Valvanera; pero como en la actualidad es preciso dar un buen rodeo y llegar hasta el Monasterio para poder visitarla, nosotros procuraremos imitar á la Naturaleza.

La carretera está hoy en inmejorables condiciones. El Gobierno, atendiendo á los inmensos beneficios que reportaba á los pueblos comarcanos esa obra, y á que, por otra parte, era imposible al Monasterio conservarla en buen estado, se incautó de ella en 1895, y la reformó completamente en años posteriores.

Esta carretera, al llegar á la Ermita, sube por entre dos gruesos muros, que la aprisionan. Nada tenemos que decir del inferior. El superior contiene el terraplén de la plaza nueva y el del camino del Santo Cristo. En éste no llega á flor de tierra, y por lo tanto, forma el desmonte un ancho talud, que está cubierto de verde y florida esparceña, y adornado con multitud de lilos, rosales y lirios, ofreciendo vistoso paisaje al fatigado romero. En la plaza no sólo se eleva á nivel, sino que forma un pretil como de 60 centímetros, todo él cubierto de grandes baldosas para que puedan sentarse los peregrinos.

Hemos de entrar por el estrecho paso que dejan el muro y la fachada oriental del Monasterio, si queremos visi-

tar la santa Ermita. Pero seguramente que nadie llegará á ella, sin admirar antes la artística fachada y la magnitud de la plaza nueva, construída en 1903.

Esta es un cuadrado de 29 por 38 metros. En medio tiene un gran depósito de agua, y, siguiendo la dirección del pretil, y á corta distancia del mismo, una larga hilera de árboles.

La fachada será la mejor vista del Monasterio, cuando esté bien recogida. Tiene tres cuerpos de tres pisos cada uno, y sobre todos ellos, una espaciosa galería con nueve arcos á Oriente y tres al Norte y Mediodía.

En el arco central de la parte de Oriente, está colocada la Imagen de piedra que se llevaron los de Tobía, después de la exclaustación. De los cuerpos, el del medio, que ocupa el camarín, es todo de sillares y tiene nueve ventanas; los demás solo tienen sillares en los ángulos y en las franjas que separan unos pisos de otros.

Como saben nuestros lectores, este edificio fué la primera vivienda de los Padres que vinieron de Montserrat; después se destinó á hospedería; y en la noche del 7 de abril de 1896 se abrasó todo, juntamente con el tejado de la Iglesia. Hoy, además del camarín, tiene espaciosas habitaciones en la parte del Mediodía; la del Norte, se destinará para cuadras, ínterin no se restaure la grandiosa hospedería, llamada de *Los franceses*.

Vista la plaza y fachada, vayamos á la Ermita. A ella nos conduce espacioso camino, que forma un pequeño declive. A mano derecha, y siguiendo la de la plaza, tiene otra hilera de árboles, intercalados con plantas de boj.

Un bonito pórtico, con tres arcos romanos, da entrada á la Ermita, hermosa capilla de 525 metros de ancha por 14 de larga. En la pared del testero, sobre un bonito altar, se venera la Imagen de Nuestra Señora; y detrás de este altar, en una hornacina empotrada en la pared, un devoto Crucifijo, traído de Santo Domingo de la Calzada en sustitución del antiguo, formado, según se cree, de la madera del roble venerando, y que todavía conservan los de Brieva.

Lo mismo el pórtico que la capilla, tienen elegante bóveda de ladrillo, echada en 1901; y ambos tienen las pa-

redes bien lucidas. El pavimento es de baldosa de cemento portland.

Una estrecha puerta, comunica con el Cementerio de los Padres, donde además de los nichos, puede admirar el devoto peregrino, la lápida funeraria que cubría los restos mortales del insigne Abad de Valvanera, Fray Melchor de Morales. Tiene una inscripción latina, que es un breve resumen de la santa vida de este siervo de Dios.

Otra puerta algo más espaciosa que la anterior, da salida á un pequeño jardín, y, continuando á mano izquierda, por el estrecho paso que dejan el risco y la Ermita, se llega á una cueva formada en la misma roca, donde pasó algunos meses el solitario Tiburecio Lanas. El año pasado, se colocó en este lugar una preciosísima Imagen de la Santísima Virgen, de marmol de Carrara, que llamamos *la Virgen de la Gruta*, (1) la que está cerrada por elegante verja de metal, dada de aluminio. A fin de que pueda visitarse esta Imagen, sin necesidad de pasar por la capilla, se ha echado á tierra la pared que cerraba el *callejón*, junto al pórtico, y en su lugar, se ha colocado otra artística verja de metal, regalo, como la anterior, de D. Gabriel Pérez Viniegra.

Para volver al Monasterio, tiene que seguir el romero el mismo camino que lo llevó á la Ermita; y de paso, si es que no lo hizo á la ida, puede contemplar á mano derecha el colmenar del Santuario, cuyos panales le recordarán los dulcísimos que ocultaban la santa Imagen; y verá también en la misma dirección, fundado sobre una pequeña colina, el prestiño ú horno que, aunque arruinado, se destina á los mismos usos que en tiempos antiguos.

Otra vez en la carretera, podemos visitar la Fuente Santa, para no vernos después obligados á salir de la Iglesia con la cristalina corriente. Debemos bajar por el delicioso camino, aunque algo pendiente, que indica el paso

(1) Rezando ante esta Imagen alguna de las oraciones aprobadas por la Iglesia á intención del Romano Pontífice, pueden ganar los fieles 80 días de indulgencia, por concesión del Excelentísimo señor Fray Gregorio María de Aguirre, Arzobispo de Burgos y Administrador Apostólico de Calahorra y la Calzada.

del pretil de enfrente, un poco más abajo del que nos saca de la plaza nueva.

Ya saben nuestros lectores, que esta fuente es la misma que brotaba al pie del bendito roble, en que se apareció Nuestra Señora. Nace casi á los pies de la Santísima Virgen; y después de correr oculta por medio del Templo, hasta las dos terceras partes del mismo, se desvía en dirección Sur, y, atravesando, también oculta y encauzada, la plaza y huerto contiguo, viene á aparecer por dos magníficos caños de bronce, colocados en el testero de un pequeño arco de mampostería, que al mismo tiempo que adorna la fuente, contiene la explanada del referido huerto. Se cuentan innumerables prodigios obrados por estas aguas, tanto en tiempos pasados, como en los actuales; pero nosotros no podemos detenernos á referirlos.

Vista la Fuente Santa, antes de salir á la carretera, puede pasar el romero al cubo, donde se colocó el altar-dosel, en la Gran Peregrinación. En medio de ese cubo, se ha plantado este año un roble, en recuerdo y memoria del venerando en que se dignó manifestarse á Nuño y Domingo la Santísima Virgen.

Ya podemos continuar hasta la portada de la santa Iglesia, sin encontrar al paso otra cosa que llame nuestra atención, que la sencilla tienda de objetos piadosos, los gruesos muros de la Iglesia y la fachada oriental del departamento que ocupa la Comunidad, donde, ya casi formando ángulo con la misma Iglesia, verá el romero una puerta que comunica con el claustro bajo.

La portada es de puro estilo ojival; y como todo el resto de la fachada, (1) de sillares encarnados. No sabemos á través de qué prisma pudo mirar el Sr. Alboro esta fachada, para afirmar en su *Monografía*, que los sillares son de piedra azul. En la portada, tiene alguna disculpa; pues realmente, cuando él visitó el Santuario en 1894, tenía una mano de azul. Modernamente, se ha picado y tiene bien recogidas las juntas.

Sobre la clave del arco, en bonita hornacina, se ve una pequeña estatua de San Atanasio, Arzobispo de Alejan-

(1) Al terminar, tiene ésta algunos bloques de toba.

dría, y Patrón del Monasterio. Se trata de sustituirla por otra de marmol, pues es una lástima que tan preciosa escultura, esté expuesta á la intemperie.

Entremos en la Iglesia. Como la portada, es de puro estilo ojival, y forma una cruz latina. Muros, haces de columnas y nervios diagonales con sus florones, son todos de piedra encarnada; las aristas de la bóveda, son de toba. Mide 29 metros por 9·5; y las capillas del Sagrado Corazón y San Benito, que forman los brazos del crucero, 7 metros en cuadro. Su altura tomada en el mismo vértice del ángulo central, es de unos 15 metros. Está toda entarimada, y tiene buen número de artísticos bancos, para comodidad de los romeros.

Pasemos á describir los adornos más notables. Como todas estas líneas generales puede observarlas el romero desde la misma puerta, para no vernos obligados á recorrer de nuevo la Iglesia cuãdo subamos al camarín, comenzaremos por el coro.

Es todo él muy sencillo, y está sostenido por montantes y cuchillos de madera, aunque no se ven, pues los cubre una hermosa bóveda de ladrillo. En la pared de la Iglesia, hay una puerta espaciosa, que da entrada al paño del claustro bajo, que antiguamente llamaban *santo*. Dentro del coro, llamará la atención del peregrino, el majestuoso órgano de 34 registros, magnífico regalo del beneficiado de la Catedral de Palencia, D. Crescencio Lumberras. Se encuentra éste sobre un segundo piso de madera, que por cierto quita toda la vista y mucho local al coro; y se inauguró el 7 de julio de 1897. ¡Lástima que no cupiese en el arco donde lo tenían los antiguos! Todo lo demás del coro, como sillería, facistol y barandilla, no merece la pena que nos detengamos á describirlo. De la barandilla, cuelga un precioso jephthá de terciopelo y seda adamascada, regalado á la Virgen por un judío de Tanger.

En frente de la puerta de la Iglesia, se admira un bonito altar, dedicado á la Purísima Concepción, con una preciosísima Imagen, regalo de los Marqueses de Campo Sagrado.

Sobre este altar, dentro de una hornacina, hay un cuadro de la Purísima, regalo de D. Juan Garnica, bene-

ficiado de Baños, que, según personas peritas, es de mucho valor y mérito artístico.

Pasando á las capillas, encontramos tres altares en cada una; como es natural, los dos principales de ambas, ocupan la pared del frontis, y están dedicados al Sagrado Corazón y San Benito. Los otros están en las paredes laterales, en estrechas hornacinas, que sirvieron de enterramiento para personas nobles y grandes bienhechores del Monasterio. En las de la primera, se venera la Dolorosa en uno; y en el otro, que es el más próximo al principal, San Francisco Javier. En esta hornacina, cuando se construya otro altar, mejor que el que ahora tiene, se colocará Santo Domingo de la Calzada, acabadísima escultura, regalo de D. Gabriel Pérez Viniegra.

La nave de esta capilla del Sagrado Corazón, tiene muy larga y triste historia. Se vino á tierra después de la exclaustación, no sabemos si por injuria del tiempo, ó de algunos pastores. Como era obra tan costosa, no se decidieron los Padres á restaurarla, hasta el año de 1890, en que les ofreció una considerable suma de dinero para el efecto, el entonces Excelentísimo señor Obispo de Calahorra, D. Antonio María Cascajares. Por desgracia, el oficial á quien encomendaron la ejecución de los planos trazados por el Arquitecto Provincial, no tenía los conocimientos que requería la magnitud de la empresa; así que salió bastante defectuosa, y hubo necesidad de rebajar al dicho oficial 6.000 reales, de los 19.000 en que se había presupuestado el importe total de la obra.

El tiempo vino á desmentir el testimonio del comisionado por el Arquitecto para que inspeccionase la nave, quien, reconociendo los defectos respecto al arte, se atrevió á responder de su solidez.

A diferencia de todo el resto de la Iglesia, no pudo resistir las consecuencias del horroroso incendio del 7 de abril de 1896, desplomándose por completo, el 23 de julio del mismo año. Fué, pues, necesario, hacer otro desembolso no menor que el de 1890, para repararla de nuevo, lo que se llevó á cabo y con toda la perfección del arte, el año 1897, bajo la sabia dirección del reputado maestro de obras de Logroño, D. Domingo Calvo.

En los altarcitos de la de San Benito, en el más próximo al principal, se venera un devotísimo Niño Jesús de la Columna, regalo preciosísimo, de la Marquesa de Campo Sagrado; y en el otro, la Santísima Virgen del Amor Hermoso.

Más aún que los referidos altares, adornan estas capillas los magníficos confesonarios góticos que tienen una cada una. También se ve en la de San Benito, una espaciosa puerta que comunica con el Monasterio por medio de una escalinata de piedra, con barandilla de metal.

Cortando el hacecillo de columnas de donde arrancan los arcos de esta nave y parte de los de la central, se encuentra el sencillo púlpito, que como el tornavoz, es todo de madera.

Acercándonos al camarín, para saludar más de cerca á nuestra Madre, llegamos al presbiterio. Su pavimento es de baldosa de cemento portland, semejando una hermosa alfombra, y está limitado por caprichosa barandilla de metal, pintada de aluminio. Como en todas las Iglesias, está algo elevado sobre el resto del Templo, y se sube por tres escalones centrales de portland jaspeado. Tiene á los lados dos espaciosos arcos. El de la mano izquierda (del observador), era antiguamente entrada de la grandiosa sacristía, cuyos sólidos muros y artística bóveda, todavía puede admirar el devoto peregrino. En la actualidad, tiene un pequeño altar dedicado al Niño Jesús, preciosísima Imagen, que conservó el P. Sobrón, durante la excomunión.

Fuéle revelado á la venerable Madre María de Agreda, que este Niño era fiel retrato de Jesucristo, y es tradición en la Casa, que, suplicándole una persona devota que socorriese á su familia muerta de hambre por la esterilidad de aquel año, llovió trigo de la mano del Niño en tal abundancia, que bastó para socorrer la dura necesidad de la familia. A este tradicional milagro, dice relación la cestita que tiene el Niño en la muñeca de la mano derecha, con algunos granos de ese cereal, pendientes de la misma.

El arco de enfrente, da entrada á la tienda de objetos piadosos, y á la sacristía de los primeros Padres de la res-

tauración, hoy destinada á guardar los estandartes y piadosos exvotos que ofrecen los fieles.

El retablo, principal adorno del Templo, ocupa todo el testero del mismo presbiterio, y como la Iglesia, es de puro estilo gótico. En el primero de los tres cuerpos que lo componen, además de las dos puertas que dan entrada al camarín y sacristía, tiene dos relicarios; uno á la parte de la epístola y otro á la del Evangelio. Las columnas terminan con preciosos chapiteles adornados con hojas de cardo bien doradas. También lo están, como casi todas las del retablo, las molduras de la cornisa que lo separa del segundo cuerpo. Este, además del arco de la Santísima Virgen, que también ocupa parte del tercero, y es la pieza más artística del retablo, tiene dos grandes hornacinas, y en ellas están colocadas las estatuas de San José y San Francisco, que también estaban en el retablo antiguo. Sobre éstas, en el tercer cuerpo, tiene otras dos algo más pequeñas, en las que aparecen San Bernardo y su santa hermana Santa Umbelina. Hay otra hornacina en el medio, con una preciosa Imagen de San Atanasio, regalo del Reverendísimo Abad de Montserrat, D. José Deás. Con el artístico chapitel de esta hornacina termina el retablo. Sobresalen también por encima de su arco todos los chapiteles de las columnas y ocho grandes dragones bien dorados y trabajados. La mesa de altar y el Tabernáculo, que no son menos artísticos que el retablo, están separados de éste como un metro.

Esta obra de arte se construyó en los talleres del señor D. Juan Ibargoitia, de Vitoria, en 1898, corriendo el importe de la misma á cargo del *solitario* Tiburcio Lanás.

Sobre las credencias hay dos preciosos ángeles de la misma talla que los del camarín. Ultra de estos adornos, tiene la Iglesia ocho arañas de cristal y una preciosa lámpara de metal, regalada por D.^a María Carmen Altuzarra.

Ya hemos dicho que el retablo, en su primer cuerpo, tiene dos puertas que comunican con el camarín, al que se sube por dos escalinatas, con barandilla, en la parte superior, para evitar alguna caída.

Antes de comenzar á subir estas escaleras, podemos visitar la hermosa sacristía, y en ella admirar los valio-

sos ornamentos de Iglesia de que está bien surtida, y también los riquísimos mantos con que se adorna nuestra Reina, en las grandes solemnidades del año.

El camarín, objeto de admiración para cuantos le visitan, es la obra más grandiosa de cuantas se han ejecutado desde la última restauración, en el Santuario de Valvanera. Es un cuadro, aunque imperfecto, de algo más de nueve metros, con una mano de pintura sencilla, pero muy bonita. Cuatro grandes ventanas con preciosas rejas de metal y artísticas vidrieras de colores, le comunican luz abundante. La cúpula, de grandes dimensiones, es elegantísima y esbelta, y de su centro pende hermosísima araña de metal dorado, con 30 luces. En los cuatro ángulos del camarín y sobre bonitas peanas, se elevan otros tantos ángeles con invocaciones á la Santísima Virgen, tomadas de la Letanía lauretana; hay otros dos de la misma hechura y talla á derecha é izquierda del arco, colocados sobre artísticas mesitas. En todo el cuadro, tiene el camarín un zócalo de azulejos de las fábricas de Sevilla, magnífico regalo de D. Gabriel Pérez Viniegra. Producen un efecto deslumbrador, especialmente cuando les hiere el sol por la mañana. Sobre este zócalo, de más de un metro de altura, se extienden en las paredes laterales, dos grandiosos lienzos, debidos al delicado pincel de los Sres. Fernando Amárica, de Vitoria, y Enrique Paternina, de Haro, y colocados el año 1903. En la franja inferior, tienen ambos un letrero, que explica el asunto del cuadro. Dicen así:—El del Sr. Amárica.—«Nuño, al ir á cometer el crimen, se encuentra al labriego, que fervorosamente ofrece su obra y trabajo al Criador. Tocado de este modo en el corazón por el Dedo de Dios, se arrepiente. Desde este momento, conviértese el criminal empedernido, en el virtuoso y penitente varón á quien, andando el tiempo, se había de aparecer la Imágen de Nuestra Señora, la Santísima Virgen de Valvanera».—El del Sr. Paternina:—«Por inspiración divina, el penitente Nuño, y en compañía del sacerdote Domingo, inténase en el agreste valle de las Venas. Venciendo obstáculos insuperables, descubren el frondoso y corpulento roble, en cuyo pie brota cristalina fuente, y que en su seno encierra la Sagrada Imágen de

Nuestra Señora de Valvanera. Al descubrir tan rico tesoro, llénanse de júbilo y alegría, y postrados la adoran reverentes».

El templete ó trono de la Virgen, es de madera, dada de marmol rojo, con vetas blancas y negras. Sobre los cuatro ángulos, en artísticas peanas, descansan cuatro ángeles preciosísimos, que miden más de metro y medio. Están de pie, con las alas extendidas y el rostro vuelto hacia la Virgen, en actitud reverente; y apoyado en la peana, y sostenido con el brazo, tiene cada uno hermoso candelabro de metal sobredorado, con cinco luces. En medio del templete, en la misma cima de una montaña de corcho, nace corpulento roble, de la misma materia que tiene en la copa algunas ramas con hojas de tela, muy bien imitadas. En el seno de este roble, representación del esbelto en que se apareció Nuestra Señora, se destaca María de Valvanera, radiante de hermosura. Preciosas coronas engarzan sus sienes; riquísimos mantos adornan el sagrado Bulto, y, desde el año pasado, un rostrillo de plata sobredorada, cubre el natural tallado en la misma madera. De la mano izquierda, en la que tiene un corazón de plata, cuelga una medalla del mismo metal. Besándolas y rezando tres Ave Marías por las necesidades de la Iglesia, pueden ganar los fieles 80 días de indulgencia—gracia que les otorgó el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Burgos, Fray Gregorio María de Aguirre, en su visita al Santuario en 1903.

El templete, prescindiendo de los ángeles, es regalo de Su Alteza la Serenísima Princesa de Asturias, D.^a María Mercedes (q. s. g. h.)

En una de las gradas que forma el pavimento, (que por cierto deja algo que desear), y ya dentro del arco formado en la pared, se ven tres candelabros de metal, con 19 luces; son regalo del Ilustrísimo señor Obispo de Osma, D. José María García Escudero.

Se construyó este suntuoso trono de la Virgen, en los años de 1897 y 98, bajo la dirección del contratista de obras de Logroño, D. Domingo Calvo; pero muchos de sus adornos, se colocaron en años posteriores. En él, además de D. Crescencio Lumbreras y D. Gabriel Pérez Viniegra, principalísimos bienhechores del Santuario, tienen parte

todos los riojanos; pues asciende á miles de duros el capital invertido en su fábrica y ornamentación.

Recorridos camarín é Iglesia, poco queda en Valvanera que pueda picar la curiosidad del romero y excitar su devoción.

Saliendo de nuevo á la plaza antigua, encontramos á mano derecha un ancho camino, que corre al pie de la fachada meridional del Monasterio, propiamente dicho, terminando con un esbelto arco romano, bien construído. Torciendo otra vez á mano derecha, á los pocos pasos, encontramos la *portería del Monasterio*. Contigua está la tienda de comestibles, y en ella, el malacate para la elaboración de los exquisitos chocolates de los Reverendos Padres Benedictinos de Valvanera.

Al Monasterio, se sube por amplia escalinata de piedra, con barandilla de madera que, por su elegante forma y grandiosidad, llama la atención de cuantos la contemplan de cerca. Renunciamos entrar en el sagrado recinto, por no ofrecer nada de interés; todo en él, es conforme á la pobreza monástica. Con este edificio, forma ángulo la actual hospedería, que es bastante desahogada; y separada de ésta, por un paso regular, se encuentra la de *Los Franceses*, cuyos gruesos y descarnados muros, están pidiendo pronta restauración.

Todo el Monasterio con sus dependencias, ocupa una extensión de 154 metros, necesitando, en muchas partes, de fuertes muros de contención. Su altura, debido á los vientos huracanados reinantes en Valvanera, no es considerable: la misma torre es baja. Esta tiene tres campanas. Una de ellas, regalo de los Marquesses de Campo Sagrado, pesa 38 arrobas; las otras dos, son verdaderas esquilas.

Esto es, amado lector, el Valvanera de nuestros tiempos, descrito á grandes rasgos, y con la pobreza de estilo que tú mismo habrás notado.

Hace pocos años, era todo un informe montón de ruinas: hoy lo vemos, con placer, restaurado en su mayor parte, y emulando al célebre Santuario de los mejores tiempos. Mucho es lo que falta; pero no es poco lo que se ha hecho. Y es de notar, que la obra actual es más admi-

rable y mucho más gloriosa que la de pasados siglos. Porque no están los tiempos para privilegios reales. De todas aquellas hermosas granjas y opulentos prioratos, que ayudaban al Santuario á levantar las cargas y sufragar los enormes gastos que supone la vida de una Comunidad respetable en medio de un apartado desierto, no ha quedado más que el recuerdo: ni siquiera perseveran los votos que hicieron algunas comarcas, de contribuir con determinada cantidad al sostenimiento y esplendor del culto de Nuestra Reina. Y, sin embargo, Valvanera, como decimos, está restaurada en su mayor parte. Nuestra Madre se ostenta en los Montes Distercios, coronada de gloria, sentada en un magnífico trono, quizá más rico, más hermoso y más bello, que el que le labraron nuestros padres; la voz severa de los hijos de San Benito, resuena en las bóvedas sagradas; los majestuosos acordes del órgano, llenan el Templo del Señor; y del altar santo, suben todos los días al Cielo fervientes oraciones, acompañadas de espesas nubes de incienso.

Creyeron en tiempos antiguos, que era empresa titánica la construcción del Santuario y sostenimiento del culto en Valvanera; y titanes fueron, en efecto, los que la llevaron á cabo. Reyes, Príncipes y títulos, todos de la nobleza riojana, se disputaban el honor de figurar en primera línea, entre los bienhechores de Valvanera. Pero hoy no es así; el óbolo del pobre, ha levantado el trono de la Virgen, Señora de los Montes Distercios.

Benditos sean, pues, de todas las generaciones, esos hombres de fe, que sin otro auxilio que su brazo y el favor divino, emprendieron la restauración del Monasterio. Benditos también, los que con sus limosnas, con su trabajo personal aportaron, siquiera fuese un grano de arena, á la común y meritoria obra de reedificar el Templo de nuestras montañas. La Santísima Virgen los acoja á todos bajo su manto, y los recompense largamente tan generosos rasgos de piedad y patriotismo.

Sólo falta, que la generación presente y las futuras, imiten el noble ejemplo de sus antepasados. Porque aún hay ruinas en Valvanera; y si somos devotos de María, si amamos las glorias de nuestra tierra, debemos trabajar

por restaurarlas. Por otra parte, la Comunidad no llega ni al exíguo número de monjes que tenía en tiempo de la exclaustración en 1835. Sólo cuenta actualmente, doce sacerdotes, un subdiácono y cinco Hermanos legos, con dos niños para el canto.

Cierto que, apesar de todo, las funciones de Iglesia se celebran en Valvanera con solemnidad y pompa extraordinaria; cierto que las romerías van tomando incremento, pudiendo competir con las de los más afamados Santuarios, si nó en número, al menos en devoción y piedad. Pero esto no basta; la Virgen exige más de nosotros; y si queremos que Valvanera recobre su pristina grandeza, debemos sacrificar algún gusto y hasta alguna privación, en honor de nuestra Madre. Porque la piedad se va haciendo muy cómoda, y nadie quiere visitar el Santuario, si nó encuentra en él buen alojamiento y trato esmerado.

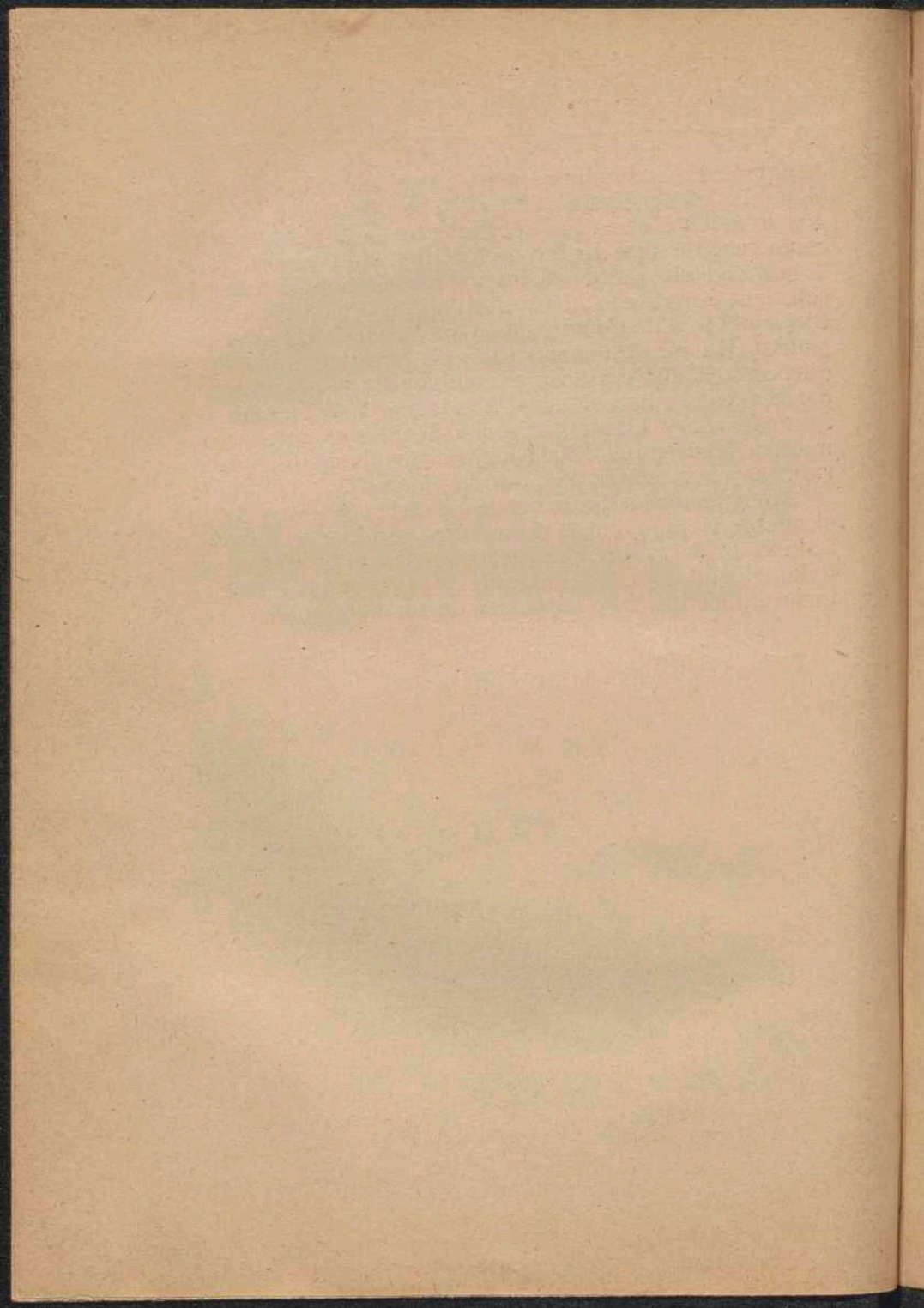
Estamos seguros que no ha de faltarnos el concurso de todos los riojanos, para la consecución de esos fines. Sería un baldón para la Rioja, cuya riqueza es ponderada de propios y extraños, que el Santuario de su Virgen adorada, que el Templo donde se postraron sus padres, y desde el que María de Valvanera bendice nuestros pueblos y campiñas, continuase indefinidamente arruinado, y sin esos atractivos que todos los demás Santuarios ofrecen al devoto peregrino. La falta de privilegios y donaciones reales, debe suplirla el entusiasmo y la facilidad de comunicaciones. Si nuestros padres hubiesen tenido la hermosa carretera que hoy llega casi hasta la misma puerta del Templo, seguramente que Valvanera hubiese sido en tiempos antiguos, mucho más artístico y mucho más grandioso de lo que hemos contado; uno de esos celeberrimos Santuarios que llenan la historia con el solo nombre. Nosotros la tenemos, y no será extraño que andando el tiempo, dispongamos de medios más rápidos y cómodos para visitar á Nuestra Reina. Ya que nó lo que ellos hubiesen hecho, por lo menos restauraremos lo que el tiempo y la revolución han echado por tierra.

No temamos que quede por la Santísima Virgen. Desde la restauración ha obrado María de Valvanera innumerables prodigios en favor de sus devotos, especialmente

de aquellos que acudían á arrastrar el material y colocarlo en el edificio. Hasta se ha visto recobrar la vista á ciegos de muchos años, con solo lavarse en la Fuente Santa, como sucedió á un vecino de Ezcaray. No romperá, pues, la larga cadena de beneficios con que de tiempo inmemorial tiene acreditado el glorioso título de Patrona de la Rioja y Sierra de Cameros, con que la saludaron nuestros padres. En nuestra mano está; de nosotros depende el que, como Madre cariñosa, escuche nuestras súplicas y socorra nuestras necesidades. Acudamos á Valvanera con santo fervor y loco entusiasmo. Seamos generosos con nuestra Madre, que Ella acogerá complaciente nuestros ruegos, y nos otorgará cuanto le pidamos.

Abriguemos la esperanza de que así sucederá, y de que el pueblo riojano, jamás desmentirá su amor y devoción á María de Valvanera, porque, como dice el Sr. Casas, «ante las glorias de esta hidalga tierra, palpitan con loco entusiasmo los bizarros corazones de sus habitantes».

FIN



APÉNDICE

Catálogo de los Abades de Nuestra Señora de Valvanera

Mucho nos quedaba todavía por andar, si hubiésemos de detenernos á tejer la cronología de los Abades, exponiendo las diversas opiniones de los historiadores del Santuario. Pero ni la índole de este pequeño trabajo, ni la mayor parte de los lectores á quienes lo dedicamos, admiten esas investigaciones por considerarlas inútiles y harto enojosas. Así, que nos limitaremos á copiar el Catálogo que pone el P. Rubio en su Historia, impresa en 1760; pues, á nuestro parecer, es sin duda alguna este autor, quien mejor pudo conocer la Historia de Valvanera.

No quiero decir una palabra sobre los Abades del primer período ó sea desde el establecimiento de los Benedictinos hasta la invasión agarena, pues no hay nada seguro.

No deja de ofrecer también sus dificultades el querer señalar los nombres de los primeros que gobernaron la Casa después de ese memorable acontecimiento, y mucho más el querer determinar los años que duró su gobierno. Nosotros hemos dicho algo sobre la materia en el Capítulo VI, para donde remito al lector.

Ahora, como muestra de imparcialidad, pondré los tres primeros sin fijar años. Los que les da el P. Rubio, me parecen de todo punto imposibles; y como no tengo ningún dato para corregir la plana, no quiero dividir entre ellos un considerable número de años, como si se tratase de una operación aritmética. La historia debe ser algo más seria que todo eso.

Años.

D. Sancho.

• Domingo.

• Munico.

• Domingo Segundo

1030

» Nuño	(1) 1042
» Alvaro.	1074
» Íñigo	1092
» Lope	1120
» Juan	1131
» Blas.	1140
» Domingo Mansilla.	1170
» Gómez.	1190
» Alonso.	1205

Este Abad lo añade el P. Rubio, fundado en una memoria que conservaba nuestro Archivo, en la que se leía «que un Abad de Valvanera llamado Alfonso, hizo Carta de Hermandad con los monjes Cartujos de Scala Dei y los de Valvanera». El citado Padre supone, que esta Carta se haría á poco de entrar en España los Cartujos, que fué en el año 1214; y llega á afirmar, que el Abad de Valvanera asistía á los Capítulos que dichos Padres celebraban en la Congregación Tarraconense.

D. Nuño Segundo.	1223
» Pedro de Nájera.	1237
» Juan Segundo.	1258
» Pedro de Yangüas	1270
» Nuño Tercero.	1280
» Juan Sánchez	1282
» Lupercio.	1300
» Blas Segundo.	1322
» Pedro Anguiano.	1353
» Martín.	1367
» Rodrigo de Matute	1390
» Sancho Orduña.	1407
» Domingo Castroviejo.	1419
» Juan Diez.	1430
» Juan Otel.	1434
» Juan González.	1439
» Juan Martínez.	1451
» Juan Matute.	1473

(1) En la Historia manuscrita lo pone en 1052. En el *Becerro* se encuentra en ambos años.

Años.

• Sancho Pérez	1481
• Pedro Fernández de Anguiano	1497
Ultimo Abad claustral. No quiso renunciar la Abadía, cuando se introdujo en Valvanera la reforma de Valladolid. Entonces se nombraron Presidentes que rigiesen la Comunidad durante el gobierno de D. Pedro de Anguiano.	
D. Diego Sobrerías, Presidente.	de 1509 á 1512
Fray Pedro de Arenzana, Presidente.	1512 • 1530
• Pedro de Arenzana, primer Abad trienal.	1530
• Martín Arriaga.	1532
• Martín del Rasillo.	1535
(Fué Abad cinco trienios (1), y alternando con el siguiente, llegó hasta el de 1561).	
Fray Martín de Belorado, (fué Abad cuatro trienios.)	1538
• Andrés de Lizana.	1561
• Francisco Lerena.	1564
• Prudencio de Calahorra	1567
(Lo era también en).	1575
• Antonio de Abalos	1581
• Francisco de San Millán.	
• Pedro de Torrecilla.	
• Pedro Porres.	
• Jerónimo Gante.	
• Jerónimo Cañas, (lo fué tres veces en diversos tiempos.)	
• Fernando Marrón.	
• Juan Salcedo.	
• Lorenzo Nieto.	1602
• Bartolomé Matute.	1605
• Benito Marín.	1610
(Lo era también en el de 1621, en el que murió, siendo elegido en su lugar, Fray Luis Ariz).	

(1) El P. Yepes afirma, que este Abad sólo gobernó doce años, nueve de ellos continuos, y que el siguiente, fué Abad quince. Ni siquiera sospechábamos estas discrepancias y otras de más bulto que se notan adelante, en Abades de la reforma: por eso no pedimos más datos á Silos.

En el Capítulo celebrado en 1613, se dispuso que fuesen los Abades cuadrienales.

	Años.
Fray Gregorio del Peso.	1613
» Juan de Valenzuela.	1617
(Murió este mismo año).	
» Miguel Amel.	1617
» Luis Ariz, (ya nombrado).	1621
» Luis Florez.	1625
» Pedro Martínez, (que falleció el año primero de su gobierno).	
» Atanasio Leiva.	
» Mauro Olavarrieta, (gobernó cuatro quadrienios, aunque no continuos).	1629
» Antonio Venegas.	1633
» Antonio Barnuevo, (lo fué por doce años).	
» Pedro Alarcos.	
» Benito Rodríguez (tres veces alternando).	
» José Bustos.	de 1673 á 1681
» José Alamo.	» 1681 » 1685
» José Ramirez	» 1685 » 1689
» José Goveo.	» 1689 » 1693
» José Ramirez, (segunda vez).	» 1693 » 1697
» Melchor de Morales.	» 1697 » 1701
» Miguel Gimenez Barranco.	» 1701 » 1705
» Melchor de Morales, (segunda vez).	» 1705 » 1709
» Melchor de Morales, (tercera vez).	» 1709 » 1713
» Benito López	» 1713 » 1717
» Baltasar de Vitoria	» 1717 » 1721
» José Colmenares.	» 1721 » 1725
El mismo, (por renuncia de Morales, elegido por cuarta vez).	» 1725 » 1729
» Miguel Miranda	» 1729 » 1733
» José de Espinosa.	» 1733 » 1737
» Manuel de Arellano.	» 1737 » 1741
» Miguel de Miranda, (segunda vez).	» 1741 » 1745
» Baltasar Laguado.	» 1745 » 1749
» Pedro de Mayoralgo.	» 1749 » 1753

Años.

» Melchor de Neira, (murió el mismo año de su elección)	» 1753
» Atanasio Paadin	» 1753 » 1757
» Melchor Brezosa	» 1757 » 1761
» Atanasio Paadin, (segunda vez).	» 1761 » 1765
» Pedro Sánchez.	» 1765 » 1769
» Miguel Puga.	» 1769 » 1773
» Miguel Orobio.	» 1773 » 1777
» Baltasar Laguado, (segunda vez).	» 1777 » 1781
» Antonio Fernández Vallejo	» 1781 » 1785
» Atanasio Luaces.	» 1785 » 1789
» Miguel Puga, (segunda vez).	» 1789 » 1793
» Atanasio Luaces, (segunda vez).	» 1793 » 1797
» Leandro Gorosabel.	» 1797 » 1801
» Carlos de San Millán.	» 1801 » 1805

Estos once últimos Abades, faltan en el Catálogo del Sr. Casas y en el del Sr. Alboro. Yo he podido llenar esa laguna, merced á los buenos oficios de los Reverendos PP. de Silos, á quienes de nuevo expreso el sentimiento de mi gratitud.

Fray José Pablo Fernández. de 1805 á 1814

En 1809, no pudo haber Capítulo General.

Fray Carlos de San Millán, (segunda vez).	» 1814 » 1818
» Bartolomé Mayor.	» 1818 » 1824
» Tomás Pérez.	» 1824 » 1828
» José Benito González.	» 1828 » 1832
» Antonio García Lomana.	» 1832 » 1835

Superiores después de la restauración

Reverendo P. Francisco Sobrón.	de 1883 á 1890
» Osorio Antonio Prado.	» 1890 » 1893

Priores

Padre Ramón Fábrega	de 1893 á 1895
» Vicente García.	» 1895 » 1900

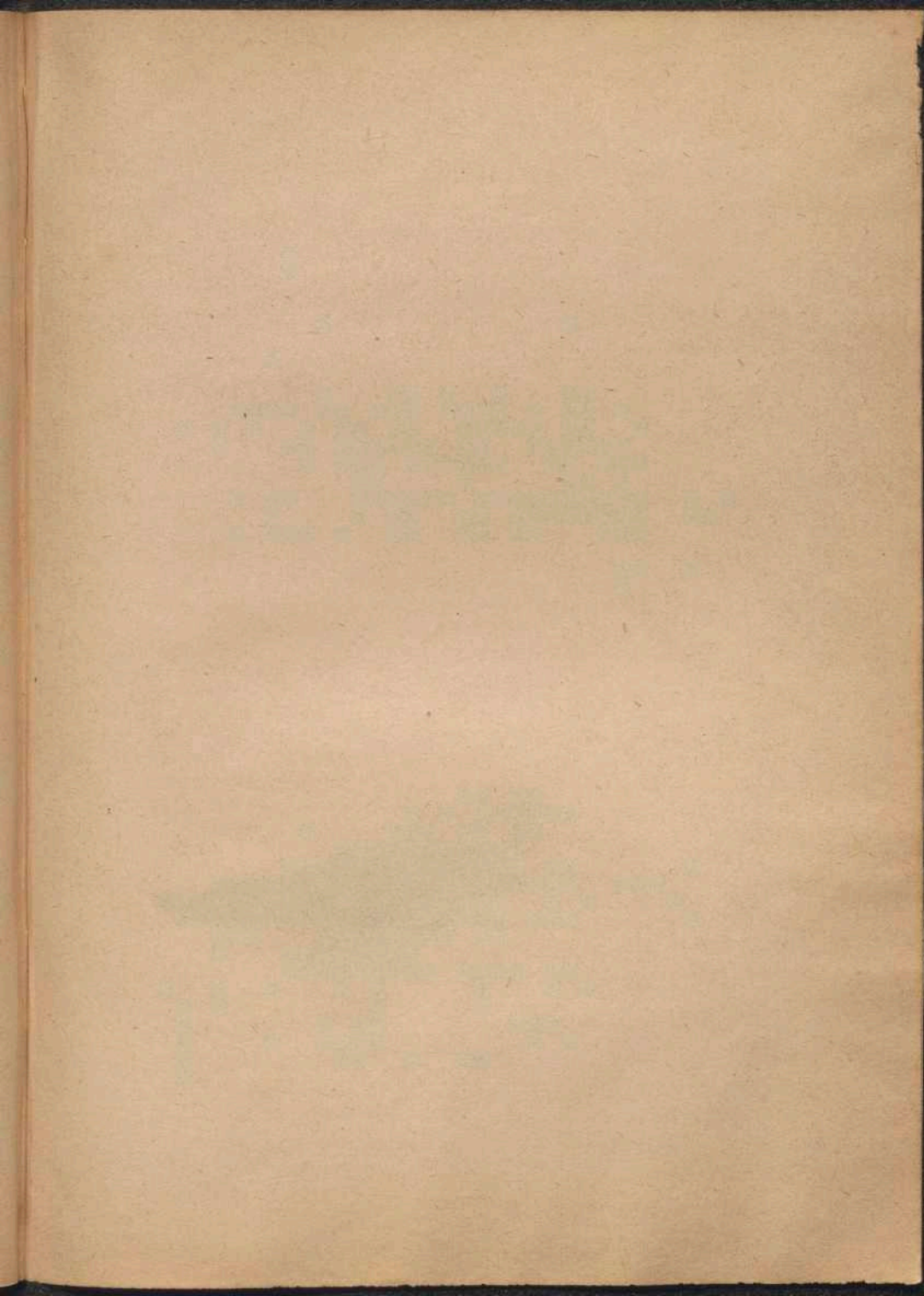
Priores Administradores de la Abadía de Nuestra Señora de Valvavanera

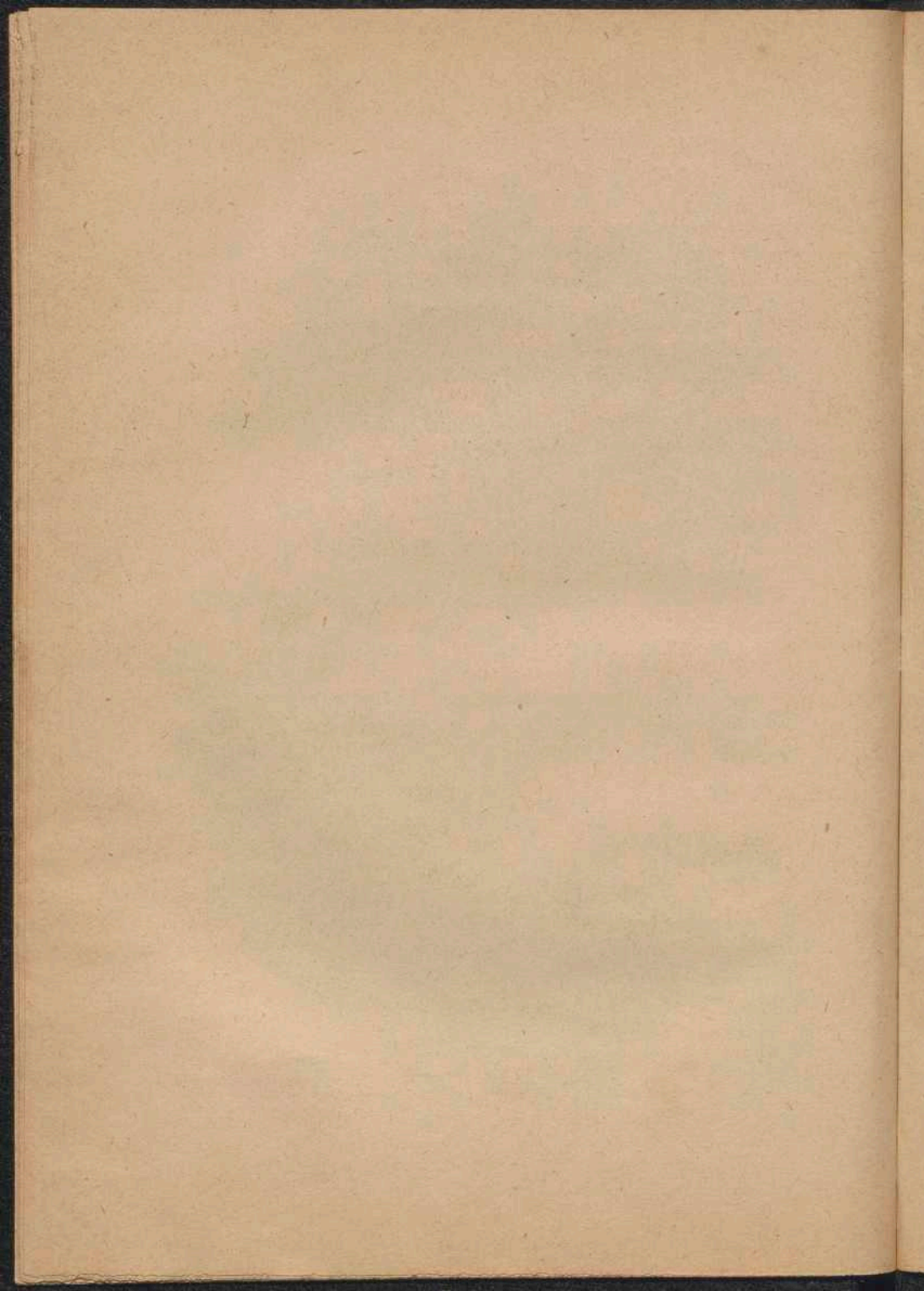
Padre Vicente García.	de 1900 á 1901
» Eugenio Alonso.	» 1902 » 1905
» Vicente García.	» 1905

«Desde el año 1212, (copiamos al P. Rubio), en que el
 »Papa Inocencio III nos concedió la Bula que ya dejamos
 »puesta, en que hace á nuestra Casa inmediata á la Silla
 »Apostólica, y toma debajo su protección nuestra Iglesia
 »y todas sus filiaciones..... los Abades de esta Casa se in-
 »titulaban Nos por la gracia de Dios y de la Santa Sede
 »Apostólica, Abad del Monasterio de Nuestra Señora de
 »Valvanera, y acudían á Roma por la Bula ó licencias per-
 »tenecientes á su Prelacia, porque antes las recibían del
 »Obispo Diocesano.

»Desde el año 1450, por privilegio del Rey D. Juan el
 »Segundo, se nombraban capellanes del Rey, y de uno y
 »otro dictado usaron hasta los años de 1530. El día de hoy
 »son patronos de las Capellanías que en la villa de Pe-
 »droso fundó el año de 1628 D. Juan de Pedroso, natural
 »de esta villa y vecino de Madrid. También son patronos
 »de la Capellanía y Obra pía que en la villa de Anguiano
 »fundaron D. Juan de Razola y su mujer Isabel de Enci-
 »nas. Y asimismo son patronos de la Capellanía, que en la
 »villa de Mansilla fundó D. Juan Fernández de Mansilla.
 »De la que en la villa de Matute fundaron Juan de Villos-
 »lada y su mujer Juana Hernández. Son examinadores de
 »los que optan á ella para que sus patronos no la puedan
 »conferir, sino en quien fuere aprobado por el Abad de
 »Nuestra Señora de Valvanera».

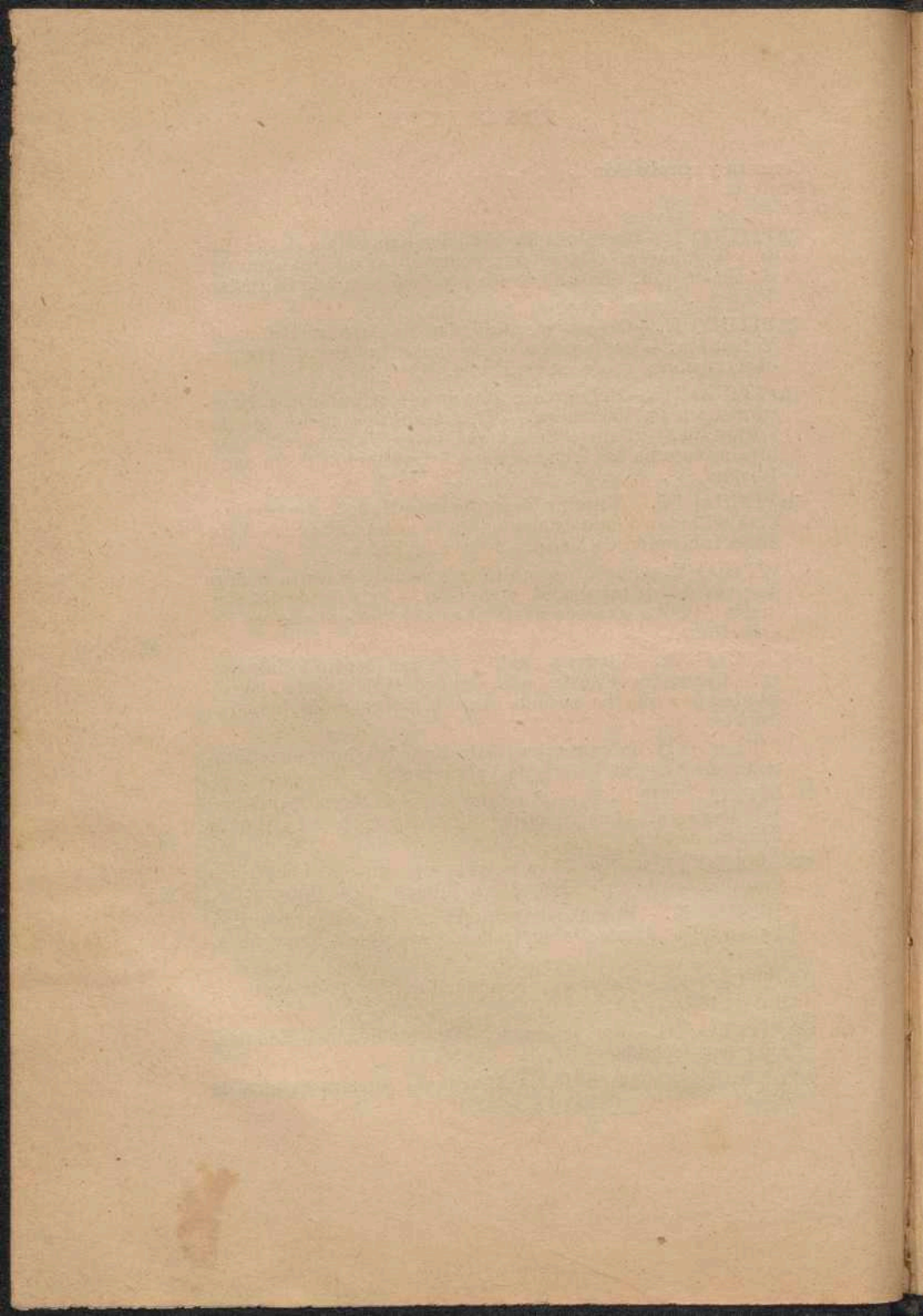
U. I. O. G. D.





ÍNDICE

Censura y aprobación	4
Protesta.	5
Prólogo.	5
CAPÍTULO I.—Breve reseña histórico-geográfica de la Rioja y Valvanera.—Carácter y costumbres de los naturales de esta región.—Su religiosidad y devoción á la Santísima Virgen	9
CAPÍTULO II.—Origen y antigüedad de Nuestra Señora de Valvanera.—Descripción de la santa Imagen.—Algunas observaciones sobre su escultura.	19
CAPÍTULO III.—Primeros cultos que se tributaron á Nuestra Señora de Valvanera.—Vida eremítica en los montes Distercios.—¿Estuvo San Atanasio en Valvanera?—Establecimiento de los Benedictinos.—Ocultación de la santa Imagen	30
CAPÍTULO IV.—Noticias biográficas de Nuño.—Le revela el Cielo el lugar donde estaba oculta la santa Imagen.—Milagrosa invención de Nuestra Señora de Valvanera.	41
CAPÍTULO V.—Fervoroso culto que recibió Nuestra Señora después de su milagrosa invención.—Principios del Santuario.—Otros sucesos hasta el establecimiento de los Benedictinos	52
CAPÍTULO VI.—Vuelven los hijos de San Benito á Valvanera.—Esplendor y lustre que alcanzó el Santuario.—Vicisitudes por que ha pasado hasta la época de la invasión francesa.	62
CAPÍTULO VII.—Personajes ilustres que han honrado el Santuario de Nuestra Señora de Valvanera	78
CAPÍTULO VIII.—Fervorosa devoción á María Santísima de Valvanera.—Las romerías.—Propagación del culto de Nuestra Señora.	89
CAPÍTULO IX.—Gracias y privilegios con que los Sumos Pontífices y Reyes de España enriquecieron al Monasterio.	105
CAPÍTULO X.—Ruina del Santuario.—La restauración.—Principales acontecimientos desde esa época hasta nuestros días.	111
CAPÍTULO XI.—La gran peregrinación (15 y 16 de septiembre de 1889).	138
CAPÍTULO XII.—Estado actual.—Descripción del Monasterio y sus dependencias	146
APÉNDICE.—Catálogo de los Abades de Nuestra Señora de Valvanera	161

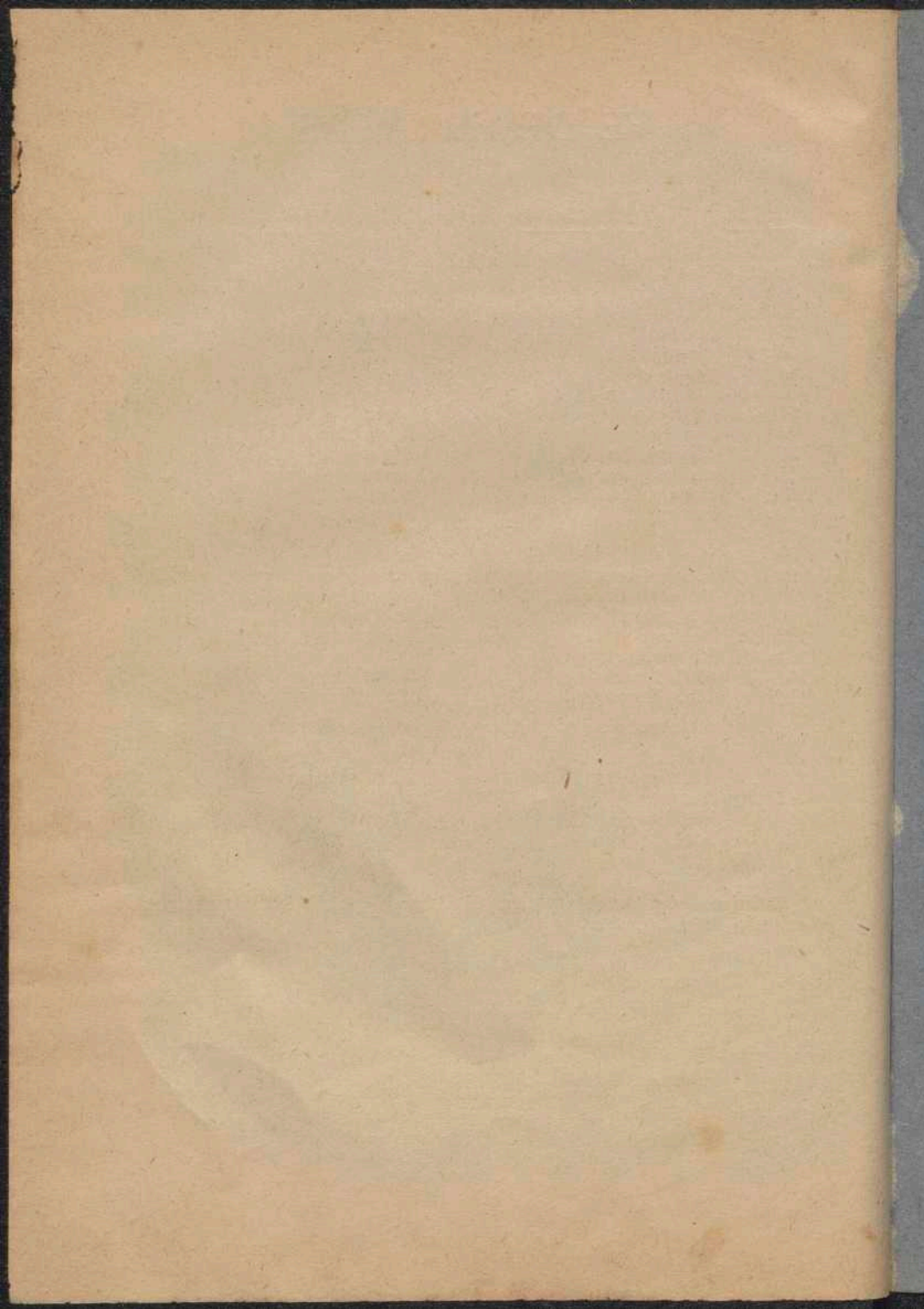


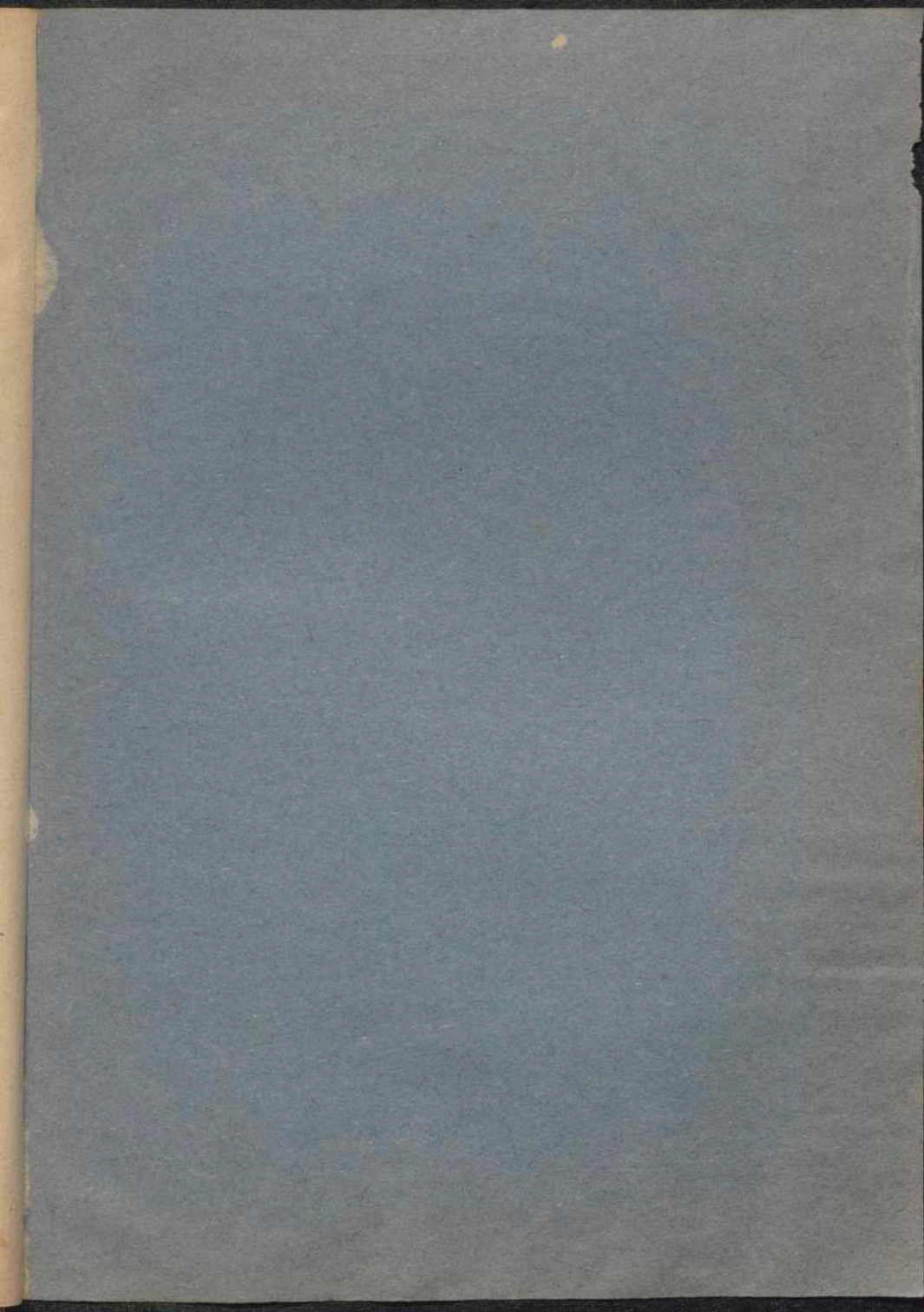
FÉ DE ERRATAS

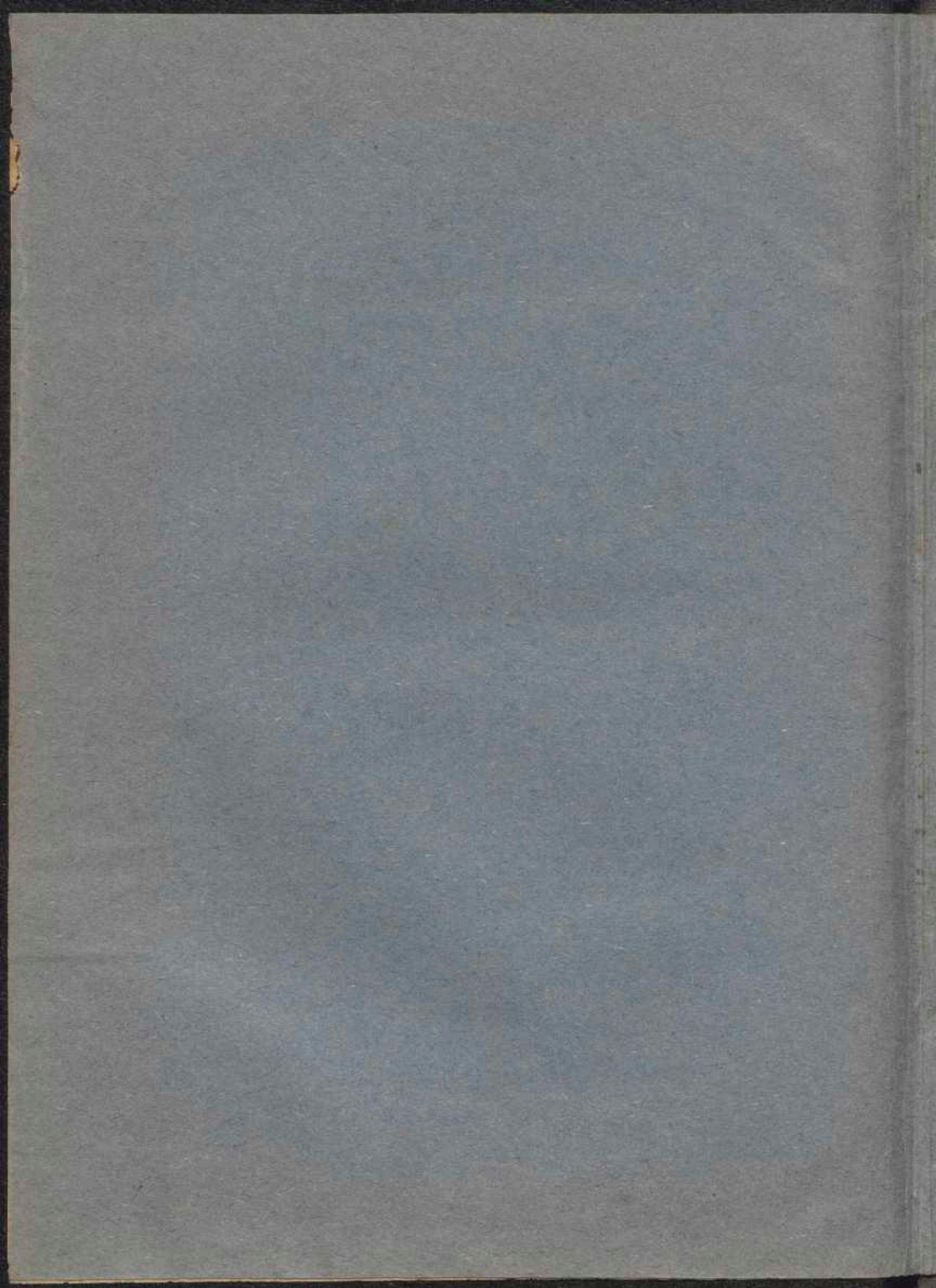
Pág.	Lins.	Dica	Léase
12	16	Plecia	Plencia
24	19	apreciar	precisar
25	16	distante de	distante del
25	32	no solo	no es solo
37	16	consejo	conseja
41	7	pasan	pasean
53	5	pronuncian	pronunciar
54	35	en la	en su
55	9	bendecia	bendecían
56	23	divulgando	divulgado
58	35	un tan pecador	un tan gran pecador
60	7	clara unión	clara visión
79	33	salvar	salvan
83	7	Vitoria	Vitoria
91	10	que aquellas	aquellas
92	8	D. Sancho el Mayor; después,	D. Sancho el Mayor, después
92	17	Reyes de Castilla, D. Alfonso	Reyes de Castilla. D. Alfonso
96	10	D. Castro	D. Casto
107	22	Bodas	Rodas
114	19	P. Pardón	P. Sardón
114	38	53.658 marcos	53.658 maravedís
115	1	235.619 marcos	235.619 maravedís
132	29 30	al pasar. Está el puente	al pasar Esta por el puente
138	9	todo un pueblo	todo su pueblo
139	2	Torelano Bruno	Jordano Bruno
141	26	tienen	tenían
141	29	1.800	18.000
142	38	Iragó	Fragó

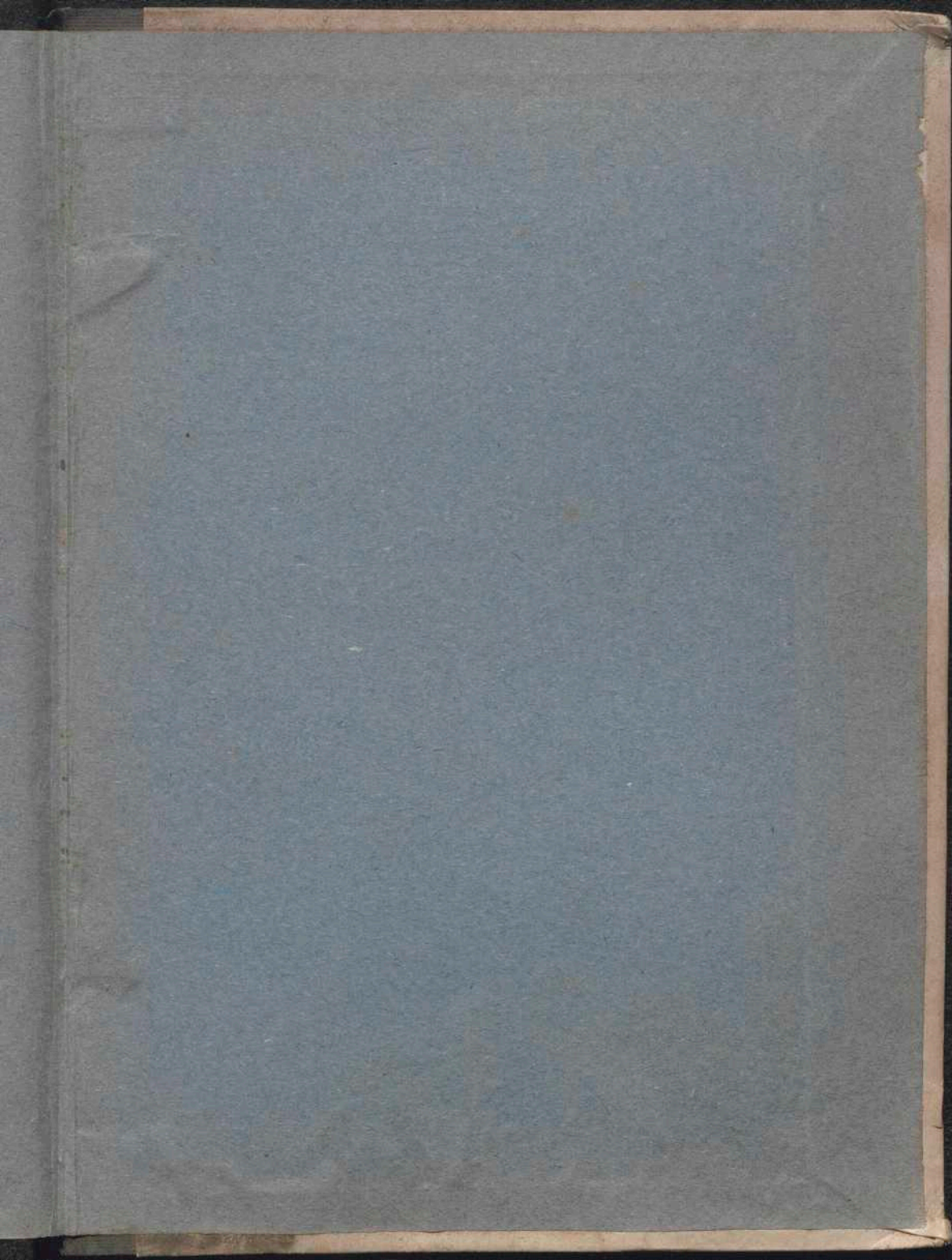
Omitimos algunas erratas, que fácilmente podrá subsanar el buen criterio de los lectores.











Biblioteca de La Rioja



10000456641

ESTA OBRA SE HALLA DE VENTA
AL PRECIO DE **UNA** PESETA EN
RUSTICA Y **DOS** ENCUADERNADA,
EN EL REAL MONASTERIO DE
LOS P.P. BENEDICTINOS DE
VALVANERA, Y EN LA
Librería Moderna
DE MARTÍNEZ Y
RUIZ,
LOGROÑO

R

14596